

EL MISTERIO DEL MUERTO EN EL MALETERO



MARGOTTE
CHANNING

**EL MISTERIO DEL MUERTO
EN EL MALETERO**



Dedico este libro,

A los sueños que se hacen realidad, y a los que no.

A las sonrisas tiernas, y a las carcajadas sonoras y llenas de energía.

A las lágrimas derramadas por una canción, un libro, o una película.

A mi pequeña familia, y a los buenos amigos.

A mis perros, los que se fueron, los que aún están conmigo y los que vendrán.

A la vida, en definitiva.

Muchas gracias por hacerme feliz.

Margotte

ÍNDICE

INTRODUCCION

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

CONCLUSIONES

INTRODUCCION

Era de noche y llovía. El hombre, en calzoncillos, estaba sentado y trabajaba concienzudamente a la luz de un flexo. En la mesa, sobre la que se inclinaba, esperaba un cigarrillo humeando a medio consumir, olvidado en un cenicero. Terminó de borrar el número de serie de la pistola con el punzón que sujetaba en su mano derecha, y lijó los restos hasta que solo quedó una mancha borrosa. Su móvil vibró y lo desbloqueó para leer el mensaje:

“Una hora” —después de leerlo, sonrió, contento de que por fin hubiera llegado su día, después de tanto tiempo. Se levantó y comenzó a vestirse con los pantalones y la camiseta negros. Al fin y al cabo, iba a matar a un hombre, y si le salpicaba la sangre, el negro era el color donde menos se notaría.

Roberto se despertó sintiendo que ella no estaba. Extendió el brazo porque todavía no había amanecido y la habitación estaba a oscuras, pero el otro lado de la cama estaba vacío, entonces se incorporó apoyándose sobre el codo para mirar hacia el baño, pero por debajo de la puerta no se veía luz. Bostezando se levantó, y, descalzo y desnudo, se dirigió al despacho de Natalia. Sabía que estaría allí porque cuando estaba nerviosa o preocupada, se ponía a trabajar. Efectivamente, en ese momento aporreaba el teclado de su ordenador como si se tratara de su peor enemigo, levantó la mirada al sentirle y se mordió el labio arrepentida,

—Lo siento, he intentado no hacer ruido—él observó al amor de su

vida, algo asustado por la capacidad que había puesto en sus manos para hacerle feliz o desdichado, aunque ella aún no fuera consciente de ello, o al menos no del todo. Se colocó detrás de su silla masajeando sus hombros y Natalia echó la cabeza hacia atrás, gimiendo mientras el deshacía alguno de los nudos que se le habían formado por la tensión,

—Tienes los hombros y el cuello agarrotados, deberías tranquilizarte. Cuando llegue mañana, hablaremos con él y le ofreceremos nuestra ayuda.

—Hoy—rectificó preocupada— su avión llega hoy, ya son las cuatro de la mañana. Ayer por la tarde hablé con Isabel, está destrozada porque no ha podido contarle nada—le miró— ya sabes que no pueden comunicarse por teléfono, y no sabe cómo reaccionará cuando se entere de lo del asesinato— Roberto hizo una mueca, y ella la vio—lo siento cariño, ya sé que sabes todo lo que estoy diciéndote, pero no podía dormir. He intentado no molestarte, pero ya me conoces. Cuando estoy así de nerviosa, tengo que hacer algo.

—Tenías que haberme despertado, te hubiera distraído.

—Sí claro, con lo cansado que estabas—él la calló de la manera más efectiva, con un largo y húmedo beso que se dieron con las caras al revés, lo que provocó algún problemilla de logística y que se separaran entre risas, aunque con la respiración agitada. Entonces, él tiró de su mano derecha para levantarla de la silla giratoria

—Ven—cuando lo hizo, él se sentó en su lugar, y la colocó sobre sus rodillas,

—¿Puedo preguntarte que haces, Roberto? — Natalia sonreía agarrada a sus anchos hombros.

—Relajarte, te puedo asegurar que después de la sesión que vamos a tener, vas a dormir a pierna suelta al menos un par de horas. Y ahora deja de hablar y bésame—ella lo hizo con el mismo entusiasmo que él, y sus amigos, Isabel y Germán, desaparecieron de su mente por unas horas.

UNO

Germán estaba deseando salir del puñetero avión, era una de las pocas cosas que le habían hecho dudar, antes de aceptar la invitación para estudiar durante tres meses en la Academia Nacional del F.B.I. en Quántico. Había estado a punto de contestar que no al saber que debía estar en el avión casi trece horas, porque, aunque pocos lo sabían, odiaba volar. Por lo demás, le había venido muy bien descansar de su trabajo y meditar, desde la distancia, sobre su relación con Isabel. Respiró hondo, emocionado, al pensar que volvería a verla enseguida. Aunque era cierto que no se habían comunicado en todo el verano, por decisión de los dos, esperaba que ella hubiera sentido lo mismo que él, una profunda añoranza, por ello Germán había decidido, que haría lo que fuera para que no volvieran a separarse.

La azafata se dirigió a él sonriente para que saliera primero, un privilegio debido a su profesión que le agradeció, antes de coger su mochila y salir dejando al resto de los pasajeros recogiendo sus equipajes de mano.

Mientras esperaba la maleta, encendió el móvil, y mandó un mensaje al inspector de la brigada y su amigo, Amaro, para avisarle de que había llegado. Le extrañaba que no hubiera contestado a los que le había enviado en los últimos días, y que ni siquiera los hubiera leído. Era muy raro porque normalmente le tenía frito a mensajes. Levantó la vista al escuchar que se ponía en marcha la cinta transportadora del equipaje, y estuvo observándola unos minutos hasta que vio su maleta, la recogió y salió del aeropuerto. También había avisado de su vuelta a Isabel antes de embarcar, en su caso, aunque había leído el mensaje, no le había contestado. Enarcó las cejas y dudó un momento si acercarse primero al trabajo, pero era una locura ir sin coche y con la maleta, además necesitaba una ducha, por lo que le dio al

taxista la dirección de su casa.

Eran las ocho de la mañana cuando, recién duchado, cogía su coche y salía del garaje de su casa, deseando enterarse de lo que ocurría.

La Brigada de Homicidios y Desaparecidos a la que pertenecía, y que dependía de la UDEV (Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta) era una unidad integrada por agentes especializados de la Policía Judicial y Científica. Había sido creada para ayudar a las comisarías que no dispusieran de grupos especializados de homicidios o desaparecidos, o a las que directamente les pedían ayuda, por la complejidad de algunos de los casos que se encontraban. Solían realizar investigaciones por toda la geografía española, y ayudaban, preferentemente, en aquellas en las que la policía local se había quedado atascada. Se suponía que eran los polis especialistas a los que debían llamar otros polis. De ahí que su jefe, entre otros, llevara presionando a Germán un par de años para que aceptara la invitación del F.B.I., porque aquel curso suponía mejorar la especialización de su grupo.

Cuando entró en el edificio, el policía que estaba en la entrada, y al que conocía de vista, apartó la mirada después de saludarlo, como si estuviera avergonzado. Enarcó las cejas extrañado por su conducta, pero le ocurrió lo mismo con todos los compañeros que encontró hasta su puesto. Además, había un silencio extraño en el edificio, nadie hablaba con nadie, todos estaban demasiado serios. Lo normal hubiera sido que alguno ya le hubiera hecho una broma por su viaje, y que todos lo hubieran saludado, pero parecían tener miedo de hablarle. Por fin llegó a su mesa, pero la mitad que le correspondía a Isabel estaba vacía. Frunció el ceño y se dirigió al despacho de Amaro y abrió la puerta sin llamar, pensando sorprenderle, pero el sorprendido fue él, porque sentado en el puesto de su jefe, había un desconocido.

—¿Quién es usted? —el extraño levantó la mirada y entrecerró los ojos, tenía el pelo blanco y abundante, y los ojos claros.

—Esa pregunta la debería hacer yo, pero yo sí sé quién eres—sonrió y por cómo lo hizo, Germán supo que algo con Amaro iba muy mal. El hombre le hizo un gesto para que entrara,

—Pasa y cierra la puerta, hace días que te esperamos—hizo lo que le pedía asombrado—siéntate Germán. Tenemos que hablar—buscó entre sus papeles hasta que sacó una carpeta, en la que pudo ver su nombre escrito. En ese momento, supo que aquel hombre trabajaba para Asuntos Internos.

— ¿Puedo saber tu nombre, ya que tú conoces el mío? —el extraño asintió, aunque la petición pareció molestarle

—Me llamo José Luis Peña, de Asuntos Internos—abrió su expediente como si lo fuera a consultar ante él, pero ese truco era muy viejo. Ya nadie tenía expedientes de papel, todo estaba en el ordenador y solo se imprimía si era necesario. Germán se recostó en la silla y cruzó una pierna sobre la otra, observándole tranquilo—tengo que hacerte unas preguntas sobre Amaro Iglesias—ese tío era imbécil, aunque fuera de Asuntos Internos, o quizás precisamente por ello.

—¿Qué preguntas? —lo miró fijamente, a este juego podían jugar los dos.

—Veo que no sabes lo que ha ocurrido, el inspector Iglesias ha sido imputado por el asesinato de Vicente Soria—su mirada maliciosa se fijó en los ojos de Germán, que sintió cómo todo su cuerpo se ponía rígido.

—¿Es una broma? —se levantó con el ceño fruncido, ya había

conseguido cabrearle. No había dormido en toda la noche, por lo que estaba agotado, y desde que había llegado, este gilipollas le estaba tocando los huevos.

—De broma nada, siéntate Germán—pero se negó a hacerle caso y permaneció de pie mirándole fijamente, con los ojos entrecerrados.

—Quiero hablar con Amaro, ¿dónde está? —le exigió con tono de cabreo.

—Provisionalmente, el juez que lleva el caso ha ordenado su arresto domiciliario como medida excepcional. En virtud de su puesto y de los años que lleva en el cargo, de momento no ha ido a la cárcel, pero acabará allí—estaba a punto de gritarle para que le dijera de una puta vez qué había pasado, cuando se abrió la puerta del despacho,

—Hola, Germán—otro desconocido, este más joven, alto y musculoso, entró y se acercó a él con la mano extendida para saludarle. Le pareció que intentaba disculparse por su compañero, como si fuera algo que tenía que hacer habitualmente,

—Hola, soy Francisco Juncal—Germán estrechó su mano y le contestó con un murmullo, entonces el recién llegado se dirigió al otro hombre,

—José Luis, si no te importa, sigo yo—el viejo pareció pensárselo, pero finalmente se fue, no sin antes dirigir una mirada a Germán prometiéndole que ahí no terminaba la cosa.

—Germán, siéntate por favor, sabíamos que venías hoy. Siento que hayas tenido que hablar con mi compañero, que está un poco anticuado—suspiró con aire de disculpa—te puedo asegurar que en el departamento las

cosas ya no se hacen así—asintió y se sentó, notaba un nudo en el estómago.

—Lamento lo que te voy a decir, porque sé que mantienes una gran amistad con Amaro, pero ha sido acusado del asesinato de Vicente Soria—Germán ya no aguantaba más.

—Pero ¿quién coño es Vicente Soria?

—Al parecer, el amante de su mujer—sintió que se le salían los ojos de las órbitas, pero ¿qué narices había pasado aquí?

—No creo que él haya matado a nadie, todo esto debe ser un error, quiero hablar con él—exigió

—De momento, siguiendo instrucciones del juez, no puede recibir visitas, está bajo arresto domiciliario. Y seguramente en pocos días, ingresará en prisión, porque las pruebas son abrumadoras. Como comprenderás ni el juez ni el fiscal, ni por supuesto la policía, quieren que este asunto llegue a la opinión pública.

—¿Puedo ver el informe? —el otro le sonrió amablemente, antes de negarse.

—Lo siento, pero no, lo lleva otro grupo de investigación con el que Amaro no tenía ninguna relación. Como es lógico en la investigación no puede intervenir nadie que lo conociera.

—Entiendo—tendría que conseguir la información de otra manera, no se iba a quedar sin saber qué había ocurrido.

—Se ha decidido que todos los que estabais destinados en esta brigada,

temporalmente, trabajéis bajo las órdenes del Inspector Samaniego, ¿lo conoces? —asintió, porque había trabajado con él en algún caso—bien, entonces, sube a verle. Estarás en esa planta hasta que todo se aclare. No tengo nada que preguntarte sobre el caso, porque sabemos que has estado fuera del país durante tres meses, pero sí queríamos decirte lo que les hemos dicho al resto de tus compañeros—le miró fijamente—que es mejor para vosotros que no obstaculicéis la investigación,

—No he recibido instrucciones por escrito, y hasta que no me entreguen el cambio de destino, no me moveré de mi puesto—nunca había aguantado las amenazas, aunque no podía rebelarse directamente si quería ayudar a su amigo.

—Por supuesto, la orden la tiene Samaniego, él te la entregará. Como estabas fuera, no han querido mandártela al correo, para no anticiparte nada hasta que no volvieras—asintió conociendo por primera vez, lo que le habían comentado otros compañeros sobre Asuntos Internos.

—Está bien, subiré a verle—salió a por la mochila que había dejado en su mesa, y se encaminó al ascensor, pero demasiado nervioso para esperarlo, subió corriendo por las escaleras. Se dirigió directamente al despacho del Inspector, observando cómo casi todos los polis lo miraban con lástima, o eso le parecía. Llamó a la puerta, y entró cuando se lo autorizó Samaniego que seguía igual que siempre, con el pelo cortado a lo militar, con un cuerpo que daba miedo de lo cuadrado que estaba, y con cara de mala hostia permanente.

—¡Germán, ya era hora! —se acercó a él, y le dio la mano, y por primera vez, le pareció que alguien se alegraba de verle. Se relajó un poco, y se quedó en medio del despacho de su nuevo jefe, mientras éste se acercaba a cerrar la puerta, pero antes de hacerlo, al ver a tres o cuatro polis que

pululaban por el pasillo cotilleando les dijo:

—¿No tenéis nada que hacer? —algo de lo que le contestaron no debió gustarle porque les dijo—¡no me toques los huevos Fernández!, o vas a hacer más vigilancias que en toda tu vida, ¡y eso mismo va por todos! —ante esa amenaza, la peor que podía hacer, la concentración se disolvió y todos volvieron a sus mesas. Luego Samaniego echó un vistazo a los lados del pasillo y cerró la puerta, Germán estaba asombrado, aquello parecía una película de espías.

—Y cuéntame ¿qué tal tu curso? —le miró asombrado, conocía bastante a Samaniego, y jamás le había preguntado por algo que no fuera sobre el trabajo, pero contestó tranquilamente al observar su mirada de advertencia. Mientras explicaba lo bien que le había ido, el inspector escribía algo en un papel, que luego le enseñó. En el papel ponía solo una palabra “micrófonos”. Cuando estuvo seguro de que había entendido que no podían hablar con libertad, el inspector continuó con su representación—por cierto, esta es la orden de tu cambio de destino temporal a este departamento—le entregó un sobre que él no se molestó en abrir, y tragó saliva, porque cada vez estaba más despistado. Pensando deprisa, decidió que los de AAIL, debían estar buscando cómplices de Amaro, o algo así.

—Hay unas cuantas técnicas nuevas que el F.B.I. está poniendo en marcha y que son muy interesantes—Samaniego le pasó otra hoja, en la que había escrito “esta noche a las 21h en tu casa, pero asegúrate de que no hay micros”, asintió mientras seguía hablando del curso en Quántico, mientras, Samaniego rompía los mensajes en mil pedazos.

—Bien, me alegro. Quiero que hoy te cojas el día libre, cuando vuelvas a trabajar, necesito que estés despejado. Hay que sacar mucho trabajo, pero te

noto totalmente ido, seguramente es por el viaje.

—De acuerdo—Samaniego asintió y le dio la mano, en su mirada, sintió lo grave que debía ser el problema.

Al salir hacia el ascensor, la vio, estaba sentada en una mesa junto a un rincón, ella lo miraba fijamente. Se levantó con su habitual elegancia y lo precedió al ascensor sin mediar palabra. Estaba muy delgada, y se había cortado la larga melena negra, ahora su pelo rozaba sus hombros con suavidad. Sus ojos color miel estaban apagados y rodeados de círculos oscuros, tampoco parecía haber pegado ojo. Germán suspiró al verla en aquel estado, pero al menos ella le contaría lo ocurrido.

DOS

Esperaron hasta que el ascensor cerrara sus puertas, fuera de la vista de todos, para fundirse en un fuerte abrazo que se vio interrumpido al llegar al garaje, allí, al ver que no había nadie, caminaron hasta el coche cogidos de la mano. Ninguno de los dos fue capaz de hablar, y sus manos solo se separaron para entrar en el vehículo,

—¿Te tienes que quedar? —ella negó con la cabeza mientras se miraban fijamente,

—No, le pedí permiso a Samaniego cuando supe que venías hoy y me lo dio sin problemas, pero también me dijo que era mejor que no fuera a buscarte al aeropuerto, por si te estaban esperando los de Asuntos Internos— miró a su alrededor y se inclinó hacia él—tenemos que hablar. Ya me ha dicho Samaniego que irá a tu casa esta noche—acabó susurrando en su oído, y él la miró con una sonrisa preocupada.

—Pero ¿qué coño pasa Isabel? —ella volvió a mirar a su alrededor antes de decir,

—Vámonos de aquí—él asintió y arrancó.

Isabel sabía que era inhumano que pasara más tiempo sin contarle nada, por lo que cuando salieron del garaje, le propuso,

—¿Vamos al parque? —él asintió, el parque al que solían ir estaba a

pocos minutos en coche de allí. Cuando llegaron, sin necesidad de hablar, se dirigieron a su banco preferido que estaba oculto tras unos arbustos, cerca de una fuente. Allí se sentaron, pegados el uno al otro, y por fin pudo abrazarla con todas sus fuerzas, y mantenerla así unos minutos, solo sintiéndola. Isabel emitió un sollozo sin poder evitarlo, pero se reprimió al notar que él se ponía rígido. Germán se preocupó aún más, llorar no era propio de ella, entonces comenzó a acariciar su espalda con gran ternura, transmitiéndole sin palabras sus sentimientos,

—Tranquila.

—Germán, ¡cuánto te he echado de menos! —se apartó de él limpiándose los ojos, y se sonó con un pañuelo de papel, cabreada consigo misma, porque se había prometido no llorar. Él sintió como si le hubieran dado un golpe en el pecho al ver su cara de tristeza y desesperación, pero sabía que tenía que tener paciencia y esperar a que estuviera preparada para hablar—ya estoy más tranquila, enseguida te lo contaré todo—él asintió y esperó. Isabel respiró hondo para relajarse y luego, frunció el ceño mientras recordaba...

—Desde que te fuiste, el verano ha sido frenético en el grupo, con las vacaciones, y con uno menos, te puedes imaginar...Amaro estaba de los nervios, a veces teníamos la sensación de que le iba a dar un ataque. Yo sabía, al igual que algún otro compañero, porque le habíamos escuchado discutir con su mujer por teléfono, que tenía problemas en casa—le miró, pero Germán le hizo un gesto de que no sabía nada.

—El caso es que, un día se presentaron los de Asuntos Internos, una pareja, José Luis y Kiko—sonrió irónica—lo típico, poli bueno y poli malo.

—Sí, he tenido la “suerte” de conocerlos, sigue.

—Bien, pues se metieron en el despacho con Amaro—se quedó pensativa un momento—no creo que ninguno de los compañeros, yo incluida, supiera quienes eran, ya sabes cómo funciona ese departamento—frunció el ceño y continuó— a los pocos minutos, salieron los tres y se metieron en el ascensor. Un rato después, escuchamos una ambulancia que entraba por el garaje, y ya no volvimos a ver a Amaro,

—¿Qué pasó?

—Llamé a Lola, la de recepción y me colgó, yo sabía que eso quería decir que los tenía delante y no podía hablar, así que bajé como si tuviera que devolverle una cosa, menos mal que es una chica lista y me siguió el rollo. Me dijo que no sabía qué había pasado, pero que todo el revuelo había ocurrido en el garaje, y que se habían llevado a Amaro a las celdas—Germán todavía pudo ver la incredulidad en su cara— aquello era una auténtica locura, había muchos polis que no eran de aquí, luego supe que habían llamado a otro grupo, de otra comisaría, para que no estuvieran contaminados según ellos, y tampoco conocía a los de la científica, que estaban tomando muestras.

—¿Te dejaron entrar en el garaje? —parecía incrédulo, pero ella le explicó lo ocurrido.

—Les dije que tenía que ir a por algo a mi coche, pero no me dejaron bajar hasta dos horas después, entonces crucé el garaje lo más despacio que pude. Los de la científica estaban trabajando en el coche de Amaro, el maletero estaba abierto, y estaban recogiendo todo tipo de muestras, vi cómo utilizaban Luminol—Germán irguió la cabeza y la miró fijamente.

—¿Viste si había sangre? —ella asintió muy preocupada.

—Sí, como su coche es blanco se veían muy bien las salpicaduras, parecía—se mordió los labios...

—Sigue

—Parecía que lo habían matado allí.

—¿A quién?

—Luego me enteré de que habían encontrado un cuerpo dentro del maletero, un tal Vicente Soria—dudó un momento—era el amante de Catalina, la mujer de Amaro—Germán se recostó en el banco incrédulo, nada de todo lo que estaba ocurriendo le parecía real—tengo un expediente con las informaciones que he ido reuniendo, pero no te hagas ilusiones, es bastante poco.

—Vamos a tu casa entonces.

—Espera—le sujetó por la muñeca para que no se levantara—hace días que me he dado cuenta de que nos vigilan, creo que, a todo el grupo de Amaro, se lo he dicho a Samaniego y opina lo mismo. Los dos pensamos que tenemos los teléfonos pinchados, y también hay micrófonos en su despacho, debemos ir con cuidado—Germán asintió,

—Sí, me lo ha dicho ¿y no te ha preocupado dejar el expediente en tu casa?

—Yo no he dicho que esté en mi casa, está en la de Roberto y Natalia. Les dije que seguramente iríamos esta mañana a por él, ella me está ayudando

con todo esto.

Natalia estaba en su despacho desde las 7:00 de la mañana trabajando. Como siguiera así, Roberto un día, se iba a ir de casa para siempre. Él había vuelto de una guardia en su trabajo, el Centro Nacional de Toxicología a las 5:00 A.M. Poco después ella se levantaba de la cama, y aunque había intentado no despertarlo, había sido imposible,

—¿Qué pasa? —ella se mordió los labios agobiada, pero se tenía que levantar.

—Duérmete—susurró, pero él, que era un pesado hasta medio dormido, miró el reloj

—¡Son las cinco!, no me puedo creer que te pongas a trabajar a estas horas.

—Roberto, duérmete por favor—acarició su mejilla con cariño—tengo muchas cosas que hacer antes de que vengan Isabel y Germán, te lo dije anoche por teléfono—él apretó la mandíbula, y no siguió quejándose, porque sabía que tenía razón. Él tenía unos horarios infernales en muchas ocasiones, y Natalia nunca se había quejado.

—Dame un beso antes de irte—ella asintió, y le dio un beso ligero en los labios. Cuando lo hizo escuchó un ligero ronquido, se había dormido en medio segundo, era típico de él. Sonrió mientras iba hacia la ducha.

Ya en el despacho que había habilitado en su casa, una hora después, volvió a repasar los datos que había conseguido después de muchas horas de seguimiento y vigilancia, y escribió el informe final del caso, que supondría su primer trabajo serio y, sobre todo, bien pagado.

Había tenido que estudiar tres largos años en la UDIMA (Universidad a Distancia de Madrid), para conseguir su título de Detective Privado, pero el esfuerzo había merecido la pena. Miró el reloj del ordenador, podía adelantar algo más de trabajo antes de que llegaran sus amigos. Estudió un correo renviado automáticamente desde su web, era una solicitud realizada por una esposa desconfiada, para que siguiera a su marido.

—¡Divertidísimo! —masculló, pero tenía que pagar su parte de las facturas, así que apuntó los datos para llamar más tarde a la posible cliente.

Se estaba preparando un café cuando llamaron a la puerta, había quedado con Isabel en que no utilizarían los teléfonos, porque su amiga pensaba que el suyo estaba pinchado. Les abrió encantada de verlos juntos de nuevo,

—¡Pasad por favor! — en cuanto entraron abrazó a Germán con fuerza, muy contenta de verle

—¡Germán, menos mal que has venido!, ¡no sabes lo mal que lo ha pasado Isabel! —le dio dos besos y lo miró a la cara, estaba preocupado, pero físicamente, igual que antes de irse. Luego abrazó con cariño a su amiga que estaba muy delgada, y que parecía no haber pegado ojo.

—Natalia ¿cómo estás? —Germán miró alrededor—¿y Roberto? — estaba deseando ver a su amigo.

—Yo muy bien, y él está durmiendo, ha tenido guardia esta noche— hizo una mueca, pero enseguida sonrió—ahora mismo le aviso

—No, no lo llames por favor, déjale dormir—Natalia levantó una mano para que no siguiera hablando

—Pasad al salón mientras lo despierto. Además, me dijo que lo hiciera en cuanto llegaras, tiene muchas ganas de verte—desapareció por el pasillo que llevaba a las habitaciones, y Germán e Isabel entraron en el salón que estaba a su izquierda. Sólo cinco minutos después, un Roberto en pijama y bostezando se presentaba ante ellos. Germán y él se saludaron y comenzaron a hablar, hasta que Natalia dijo en voz alta,

—¿Queréis un café?, además tengo bollos que he comprado esta mañana—todos asintieron.

—Venid a la cocina —Roberto era muy exigente con su cafetera, y prefería usarla solo él, Natalia sonrió porque sabía que no dejaría que ella la tocara. Dejó que él se adelantara para bromear con sus amigos,

—La cafetera es su niña bonita, se la regalé por su cumpleaños, pero no sabía el amor que surgiría entre ese aparato y tu amigo—Roberto ya estaba trasteando con ella, lo que hizo que Isabel y Germán sonrieran—Natalia señaló la mesa de la cocina—Germán esa es la carpeta de Isabel, si quieres puedes leerla mientras desayunamos, no nos vamos a ofender.

Afortunadamente la casa de Roberto tenía una cocina grande, en la que había una mesa enorme, en un extremo se colocó Germán y abrió la carpeta. Lo primero que le llamó la atención era que estaba escrito a mano, con la letra de Isabel por supuesto.

—¿Terminaste el trabajo Natalia? —Isabel se había sentado en el otro extremo de la mesa, frente a Roberto y Natalia. Aunque tenía la sensación de que Roberto, incluso con el café que se estaba tomando, se quedaría dormido de un momento a otro sobre la mesa.

—Sí, no te preocupes, pero aclárame lo que me dijiste el otro día ¿por qué no podemos hablar por el móvil, ni mandarnos whatsapps? —Isabel suspiró casi sin creer lo que estaba ocurriendo en su trabajo desde hacía unas semanas,

—Tenemos los móviles intervenidos, al menos los del grupo de Amaro.

—¡Qué dices! —Natalia abrió la boca incrédula, porque ahora, por su profesión sabía lo difícil que era conseguir que un juez autorizara pinchar un teléfono, tenía que estar muy justificado—tienen que ser algo muy gordo, para que un juez autorice que pinchen los teléfonos de varios policías.

—Depende, si los que lo piden son de Asuntos Internos, y le aseguran al juez que están persiguiendo a policías corruptos, lo normal es que cualquier juez acepte, ya que es por el bien de los ciudadanos. Imagínate que...no sé, que le dicen que somos una especie de mafia o algo así, lo primero que intentaría cualquier juez es proteger al ciudadano normal, después están los derechos de los polis, y no te creas, yo no lo veo mal. El problema es que no sé qué indicios le han podido mostrar al juez...—se calló al ver que Germán cerraba la carpeta y la dejaba ante él, pensativo.

—No me lo creo, ¿Amaro pegando dos tiros en la cabeza a un hombre atado y amordazado, y que era bastante más alto que él? ¿cómo lo llevó al maletero él solo? por no hablar de que el muerto estaba en forma—a Isabel le vino a la cabeza la imagen de su jefe, medía metro setenta, y tenía algo de

tripa, no excesiva, pero no era un fan de la vida sana ni del deporte.

—Tengo que hablar con él, es imprescindible para aclarar todo esto—
Isabel movió la cabeza pesarosa.

—Lo he intentado todo, incluso a través de su abogado, pero no le dejan tener contacto con nadie más, solo con él. Está solo en su casa, y en la puerta hay un agente permanentemente, además, en el portal del edificio hay dos zetas aparcados con más agentes. Creo que se van turnando para la vigilancia en la puerta, en cuanto a su mujer, se ha mudado a casa de su hermana.

—¿Y no hay nadie dentro con él? —ella negó.

—No, es muy raro, pero no.

—¡Es increíble!, va contra el protocolo que hay que aplicar con todos los presos. Me gustaría saber si se han llevado los cuchillos o todo lo que podría utilizar Amaro contra sí mismo, como dictan las normas.

—No se han llevado nada, lo he preguntado, desde el principio ha sido un caso muy raro. A pesar de lo que puedan decir, me temo que está mucho peor que si estuviera en prisión preventiva, porque así está totalmente aislado.

—¿Y las pruebas, podemos acceder a ellas? —señaló la carpeta—no comentas nada.

—Es que no sabemos nada, no ha trascendido ninguna información. No sé lo que tienen contra Amaro—Germán resopló, pero intentó mantener la calma.

—Está bien, voy a resumir, corrígeme si me equivoco, según lo que has escrito, se presentan los de A.A.I.I en el despacho de Amaro, de hecho, tú los viste llegar. Lo siguiente que ves, poco después, es que bajan con él en el ascensor. Se supone que, en ese momento, le piden que abra el maletero, y él lo hace, y el cuerpo está dentro.

—Si, así es, está confirmado por un compañero que llegaba con el coche, y lo vio todo.

—¿Te dijo cuál era la actitud de Amaro?

—Sí, dijo que parecía muy sorprendido, y que continuamente decía que le habían preparado una encerrona. Cuando le pidieron que mirara al muerto, y vio quien era, pareció quedarse bloqueado. Y desde allí, lo llevaron directamente a una celda.

—¿En ese momento?, eso no es normal, ¿y quién llevó el interrogatorio, los de Asuntos internos?, ¿tenía un abogado? ¿y cómo sabían que tenían que abrir su maletero?

—No lo sé. Al parecer los de Asuntos Internos tenían un chivatazo que los hizo actuar así. José Luis Peña le preguntó si no había llamado en varias ocasiones a Vicente Soria para amenazarle, Amaro no contestó, pero se rumorea que es cierto.

—¿Y no tenía coartada?

—Creo que llevaba viviendo semanas en un apartamento alquilado, y que su mujer y él estaban pensando separarse. Pero con seguridad, no sé nada, ten en cuenta que no he podido hablar con él.

—Tengo que verle, hay que conseguir entrar en su casa. No sé cómo lo haremos, pero ya se me ocurrirá algo, además también quiero hablar con su mujer, Catalina.

—¿La conoces? —asintió

—Sí, he estado varias veces en su casa, estoy seguro de que hablará conmigo. Es una buena persona, no sé qué está pasando aquí, pero lo averiguaré

Roberto, de repente, tuvo una idea que hizo que dejara su taza de café y frunciera el ceño,

—Germán, es posible que conozca a alguien que te pueda ayudar, para que puedas hablar con tu jefe—se encogió de hombros—no lo sé seguro, pero si alguien puede hacerlo, es él.

—¿Quién es?

—Es un chico de 25 años que he conocido hace poco, y que ha inventado un analizador de campo de sustancias toxicológicas, pero eso no viene al caso. Estuve hablando con él hace unos días y creo que deberías conocerle.

—¿Qué tiene que ver un analizador de campo con todo esto? —Roberto sonrió, estaba deseando ver la cara de su amigo cuando conociera a Leo.

—Deja que me dé un duchazo rápido y vamos a su casa. Hasta que no lo conozcas, no entenderás lo que te digo. Ni en tus sueños más increíbles, has imaginado que existiera alguien como él.

TRES

A pesar de que las chicas dijeron que también querían ir, Roberto prefirió que fueran solo ellos dos, porque no sabía cómo reaccionaría Leo si le visitaban más personas, como les explicó, era un chico muy peculiar.

—¿Cómo lo conociste?

—Me lo presentó un compañero que acaba de empezar a trabajar con nosotros, muy joven, con la carrera recién terminada, lo conoce porque de niños estaban juntos en clase. Es un superdotado, Iván, mi compañero, me dijo que siempre le estaban haciendo pruebas de inteligencia en el colegio, hasta que sus padres, aconsejados por el director, lo cambiaron a uno de superdotados. Pero ellos siguieron manteniendo el contacto, también me avisó que él lo entiende porque lo conoce desde pequeño, pero que siempre ha sido muy raro—echó un vistazo rápido a Germán antes de seguir hablando, pero le escuchaba atentamente—es una persona de las que no se encuentra uno habitualmente, increíblemente inteligente, y muy culto. Eso sí, solo estudia o lee sobre los temas que le interesan, en los que no, puede ser un auténtico ignorante, esto me lo dijo él mismo. Creo que a ti te va a encantar— Roberto aparcó su coche híbrido en una calle tranquila en la zona de Ciudad Jardín, junto a unos chalets coquetos y recientemente reformados.

—Es aquí, vamos—Roberto bajó y caminó hasta la puerta de la vivienda en la que tenían que entrar, y que estaba solo a unos metros del coche, allí no había problemas de aparcamiento.

—¿No cierras el coche? —Germán creía que se había olvidado de

hacerlo.

—Se cierra solo, en cuanto me aleje un poco—Germán miró el vehículo con admiración, el suyo era demasiado antiguo. Roberto apretó un botón que estaba encima de la cámara de seguridad, y sin preguntarles nada por el telefonillo, abrieron desde el interior la pesada puerta de hierro, y pudieron pasar.

En lugar de ir hacia la puerta de la casa que estaba frente a ellos subiendo unas escaleras, Roberto se dirigió a la izquierda, a una construcción que se había añadido con posterioridad a la vivienda. Llamó con los nudillos a la puerta, que abrió un robot, si se le podía llamar así. Germán se quedó mirando boquiabierto aquella especie de caja de herramientas con ruedas, mediante las cuales se desplazaba. De la caja, que debía medir un metro de alto por sesenta centímetros de ancho, salía un brazo articulado con una mano prensil con cuatro dedos, incluyendo un pulgar. Roberto pasó junto a C3PO, a quien conocía de la última vez, encantado de ver a su amigo atónito, incluso tenía la boca abierta, se volvió hacia él y le dijo,

—Este es C3PO, si quieres le puedes saludar—Germán lo miró pensando que le tomaba al pelo, pero se volvió hacia el robot deseando hacerlo

—Hola C3PO

—Hola—de la caja salió una voz metálica, luego, la mano cerró la puerta sin ninguna dificultad—venid, por favor—les invitó a acompañarle.

—Es como si hubiéramos entrado en un episodio de Fringe, de repente —susurró a Roberto, que asintió vigorosamente,

—Sabía que te iba a encantar, y aún no has visto nada.

C3 los llevó a una estancia muy grande y llena de estanterías que estaban repletas de artilugios de todo tipo, aunque ninguno de los dos habría sabido decir para qué servía lo que había en cada uno de los estantes. El autómatas continuó rodando, a buena velocidad, ya que les hacía caminar deprisa, y los llevó junto al dueño de la casa, Leonardo Selles.

Era un hombre joven, que no llegaría a los treinta, musculoso, de ojos verdes y largo pelo castaño, que llevaba recogido en una coleta. En ese momento estaba sentado y se protegía la cara con unas gafas de soldador, o eso parecían, con las que miraba algo, para ellos invisible, que había dentro de una gran caja de metacrilato encima de una mesa. Se quitó las gafas al verlos y se levantó, Germán notó que le observó casi con grosería, luego, cuando pareció conforme con lo que había visto, miró a Roberto, que había esperado prudentemente para hablar,

—Hola Leonardo, te agradezco que nos recibas, no sabía si tenía que mandarte un mensaje, pero recordé que ...

—Ya te dije que no me mandes mensajes, no los recibiría, mi teléfono está configurado para no admitirlos. Todo lo que se escribe y se recibe en un móvil, además de otros dispositivos, lo puede ver cualquiera mínimamente inteligente.

—Sí, por eso hemos venido sin avisar—señaló a Germán—este es mi amigo Germán Cortés, tiene mucho interés en hablar contigo—Leo se acercó al policía, parecía interesado en él,

—Te conozco—Germán frunció el ceño porque estaba seguro de que

no se habían visto nunca—quiero decir que sigo los casos en los que participas. Me gusta cómo funciona tu cerebro—alargó la mano para estrechar la de Germán que no sabía qué contestar, ahora entendía lo que le quería decir Roberto, sí que era peculiar.

—Gracias, supongo, pero ¿qué es eso de que sigues mis casos?, ¿te refieres a través de la prensa? —Leo hizo un mohín por la pregunta,

—No me ofendas, veo directamente vuestro ordenador, cuando quiero, por supuesto. Incluso alguna vez he hackeado el de tu casa, para saber quién era el asesino en alguna de tus investigaciones. Me relaja seguirlas, yo soy negado en eso tío, y tú eres muy bueno. La psicología para mí es lo mismo que, imagino, la ingeniería mecatrónica para ti—sonrió al ver la expresión de extrañeza de los dos hombres—¿queréis tomar un café, o un refresco? —Roberto asintió por detrás de la cabeza del genio a Germán, para que fuera consciente de que tenía mucha suerte. Cuando él había venido a aquella casa y se lo había presentado Iván, Leo no le había hecho ni caso.

—Sí, claro, yo un café solo—contestó

—Vamos a la casa—abrió una puerta que estaba unos metros a su izquierda, y cruzando el umbral, entraron en un pasillo de la vivienda. Enfrente estaba la cocina, totalmente robotizada. Roberto no había estado allí la otra vez y señaló una máquina que parecía una impresora industrial o algo así, y le preguntó:

—¿Esto qué es? —Leonardo sonrió como un niño, y se acercó a explicárselo

—Una impresora 3D para fabricar comida, he tomado de base la de los

americanos, y le he hecho algunas modificaciones. La mía no solo funciona con purés, hace unas hamburguesas increíbles.

—Algún día nos tienes que invitar a una—Leo miró a Germán con una sonrisa más grande,

—Por supuesto, vamos a por el café—le pidió los cafés mediante su voz a otra máquina, que ellos tampoco habían visto nunca, y enseguida, cada uno tuvo su taza y se sentaron en la mesa. Germán sabía apreciar el buen café, y aquél era uno de los mejores que había probado nunca.

—¡Está buenísimo!

—Muele los granos justo cuando va a hacer tu taza, por eso está tan bueno, y también corrige la acidez del café en el momento, según unos parámetros con los que la he programado, con un líquido de mi invención.

—¡Increíble! —Roberto asintió completamente de acuerdo. Germán terminó su taza, porque no podía demorar más el motivo por el que se encontraba allí. Necesitaba ayuda desesperadamente— Leo, me ha dicho Roberto que prefieres que te llamen así, ¿es correcto? —él asintió—bien, tenemos un problema, y necesitamos que nos eches una mano, he venido pensando que no había nadie que me pudiera ayudar, pero después de conocerte, estoy convencido que no hay nada que no puedas hacer. Pero, antes de nada, ¿puedo preguntarte en qué trabajas? —el genio pareció sorprendido.

—No tengo un trabajo fijo—los miró extrañado por la pregunta porque para él, el dinero, como averiguarían más adelante, no suponía un problema —tengo colaboraciones con varias empresas, pero en plan free lance, cobro

por trabajo realizado, y, si necesito dinero extra para alguno de mis proyectos, vendo una de mis patentes. Esas mismas empresas suelen estar interesadas en la mayor parte de mis inventos.

—¿Qué tipo de empresas?

—La NASA, AIRBUS, después de lo del Brexit, el MI6..., varían— tanto Germán como Roberto le miraban asombrados

—Pero ¿qué has estudiado? —Germán se adelantó a Roberto que había estado a punto de preguntar lo mismo.

—El curso pasado acabé Ingeniería Aeroespacial, e hice el primer año de Mecatrónica—

—¿Mecatrónica?, German ¿tú has oído hablar de eso? —el policía negó, no tenía ni idea de lo que era, solo que le sonaba a la peli de Transformers,

—Es una Ingeniería, y sirve para aprender a diseñar y construir cualquier dispositivo, o máquina del tipo que sea.

—¿Por ejemplo robots? —Germán lo que más admiraba era a la gente inteligente, Roberto tenía razón, le encantaba haber conocido a Leo,

—Sí, por ejemplo, robots...—asintió— sistemas de navegación por satélite, placas de control electrónico...cualquier cosa—se encogió de hombros.

—¿Y no te han ofrecido trabajo en cuanto terminaste la carrera?

—La NASA me lo ofreció cuando estaba a mitad de Aeroespacial,

querían que la continuara en Estados Unidos y que, mientras, trabajara para ellos. Pero, de momento, me gustaría quedarme en España.

—No lo entiendo, aquí las oportunidades no son comparables, ¿se te dan mal los idiomas? —Leo sonrió

—Hablo inglés y alemán, y chapurreo francés e italiano, aunque no con el mismo nivel que los otros.

Germán confirmó lo que pensaba desde hacía rato, que ese chico daba asco.

—Está bien, pues si te parece bien, te contaré nuestro problema— intercambió una mirada con Roberto, quizás no debería hacerlo, pero estaba desesperado—como has seguido mis andanzas, aunque todavía no sé cómo, imagino que sabrás quién es Amaro

—Sí, tu jefe, sé que te echa muchas broncas, porque no le sueles hacer caso—Germán asintió porque tenía prisa. No quería ni pensar cómo se sentiría Amaro, seguramente totalmente abandonado.

—Se ha visto implicado en un asunto feo, un asesinato. Yo lo conozco desde hace muchos años y no creo que haya sido él, pero realizaré una investigación honradamente. Te cuento esto porque necesito el informe del caso, ¿tú serías capaz de conseguirlo? —el genio lo miró condescendentemente, como si lo hubiera insultado, hasta que Germán continuó

—Está bien, está bien, ¿cuánto tardarás en darme una copia?

—Digamos que mañana por la mañana a las doce—suspiró aburrido—

y espero que, en esta ocasión, vuestros cortafuegos infantiles supongan algún reto, sino me voy a aburrir mucho, y odio aburrirme—puso una cara de hastío tal, que Germán no tuvo más remedio que sonreír.

—Está bien, entonces, si te parece bien, mañana vendremos a por él. Después de conocer el contenido del informe, te pediré un milagro científico, porque necesito hablar con Amaro. Está encerrado en su casa, y no tiene móvil, ni teléfono de ningún tipo a su disposición, y por supuesto tampoco ningún ordenador—el genio entrecerró los ojos,

—Interesante... ¿tiene televisor? —Germán, sin entender la pregunta, miró a Roberto que le observaba de igual manera, pero llevaban así toda la conversación.

—Imagino que sí.

—Entonces dalo por hecho—los dos asintieron ensimismados y convencidos de que hablaba totalmente en serio—si no os importa, estoy con un proyecto para un hospital que tengo que adelantar, porque lo necesitan urgentemente. Incluyó la cabeza para despedirlos, y se dirigió hacia la nave donde tenía su lugar de trabajo. Ellos se fueron al coche en silencio, cerrando la puerta tras ellos.

CUATRO

Mientras entraban en el coche Roberto escuchó el comentario de su amigo,

—¡Qué personaje!, es como si nos hubieran dejado hablar con alguien del futuro, y luego hubiéramos vuelto a la realidad—Roberto asintió sonriente y arrancó.

—¿Volvemos a mi casa?

—Sí, vamos, imagino que Isabel estará deseando saber qué ha pasado.

—¿Ya habéis solucionado vuestros problemas? —Germán lo miró con el ceño fruncido, pensaba que habían sido muy discretos y que nadie sabía nada.

—No te cabrees, ella no ha dicho nada, pero no había más que veros últimamente. Además, yo sabía que, si no, no te hubieras ido a Quántico. Recuerda que hemos quedado muchas veces amigo, y, mientras estabais bien, no te podías despegar de ella.

—Puede que ese fuera parte del problema, el hacerlo todo juntos—suspiró—no lo sé, le he dado muchas vueltas, y es posible, también, que yo haya sido demasiado absorbente. Creo que llegó un momento en el que se sintió algo agobiada, Isabel necesita libertad, aunque era ella la que decidía quedarse casi todas las noches a dormir en mi casa. Pero no sé si llegaremos, alguna vez, a vivir juntos.

—Hay parejas que no lo hacen nunca, o hasta que pasan muchos años, y eso no quiere decir que sean menos felices.

—Cierto. También es posible que no le haya demostrado suficientemente mis sentimientos.

—¿Tú? ¿lo dices en serio? —Germán asintió sin entender por qué su amigo se reía a carcajadas.

—Germán, no te engañes, todos los que os hemos visto juntos sabemos que estás enamorado hasta las trancas, como se dice vulgarmente. Y ella te corresponde, no lo dudes, aunque se te nota más a ti, eso es cierto.

—Ya—lo reconoció de mal humor, porque no le gustaba ser tan transparente.

—No te mosquees, yo estoy muy pillado por Natalia, ella lo sabe y todos vosotros también, y no me importa.

—Ya—repitió

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno—estaba mosqueado, no le gustaba hablar con nadie de esos temas, eso era lo que pasaba— ¿qué pasa, que vas a abrir un consultorio amoroso?, ¡venga Roberto, no me jodas y conduce! —pero su amigo siguió sonriendo, hasta que se decidió a decir,

—Me parece que ya sé cuál es el problema, Germán, “el terror de las nenas” o “el más ligón del colegio”, por fin ha caído, y lo ha hecho con una chica que no se le pone de rodillas.

—Roberto, no seas imbécil, yo no soy así—nunca lo había sido, o al menos eso creía.

—No, pero estabas acostumbrado a que las mujeres te persiguieran, y de repente, encuentras a una que no lo hace. Por primera vez eres tú el que persigue, y ella se deja querer, ¿no es así? —Germán no contestó, pero por la tensión que vio en su cara, Roberto leyó que lo que decía era verdad. Esperó a aparcarse antes de decirle lo que creía sinceramente—Escúchame, no le des más vueltas, Isabel te quiere tanto como tú a ella, preguntaba continuamente a Natalia si sabíamos algo de ti, y no hay más que verla cómo te mira cuando tú no la ves. Lo que pasa es que sois un par de cabezones, lo que a Natalia y a mí nos va a dar más de un quebradero de cabeza—dejó el tema porque se temía que su amigo estaba a punto de estrangularle, y ya le había dado bastante en qué pensar.

Isabel estaba releendo las hojas del informe que ella misma había escrito, y Germán no pudo evitar sonreír con ternura al verla. Estaba seguro de que ella pensaba que podría haberlo hecho mejor, cuando él no había tenido nunca un compañero que fuera mejor profesional que Isabel. Se levantó del sofá cuando notó que la observaban, porque no los había escuchado entrar,

—Hola, ¿qué tal ha ido? —Natalia vino de su despacho y, después de dar un beso rápido a Roberto, se quedó de pie con los brazos cruzados, esperando la contestación de Germán a su amiga.

—Muy bien, pero no te voy a contar nada—sonreía— prefiero esperar a ver tu reacción cuando lo conozcas mañana, tendremos que volver a recoger algo a su casa—ella lo miró con las cejas enarcadas, había conseguido excitar su curiosidad.

—Ya es tarde, ¿os apetece comer algo? —Germán miró a su amigo que era el que preguntaba, y luego a Isabel, porque lo que él realmente quería era estar a solas con ella. Pero ésta, desvió la mirada, eso le convenció de que quizás les beneficiara estar unas horas con sus amigos, dándoles tiempo para acostumbrarse de nuevo a estar juntos, y a recordar cómo eran las cosas entre los dos.

—Por mí sí—contestó divertido—pero no me digas que has aprendido a cocinar

—Era eso, o comer pizza todos los días, algo que a Natalia le hubiera encantado—la aludida sonrió sin contestar a la provocación, por lo que todos pudieron ver que le encantaba que Roberto cocinara— además con su trabajo, tiene unos horarios casi peores que los míos—se levantó—voy a hacer la comida, Natalia, ¿vienes a ayudarme?—ella lo siguió con una sonrisa traviesa, ya que era bastante inútil en la cocina, pero Roberto insistía en intentar enseñarla.

Poco después de la comida, se fueron, con la excusa de que Samaniego iba a ir a casa de Germán, lo que era cierto, aunque sería mucho más tarde. Lo cierto era que necesitaban estar un rato a solas antes de ver al inspector, los dos, mientras comían, habían sentido la tensión de los primeros tiempos, cuando todavía no se acostaban juntos. Subieron al coche en silencio, tras despedirse de sus amigos, y no intercambiaron palabra hasta llegar al piso de Germán. Una vez allí, Isabel miraba alrededor, como si le pareciera mentira volver a estar entre esas paredes. Germán le hizo un gesto para que permaneciera en silencio, y fue a su habitación donde guardaba un detector de micrófonos que tenía desde hacía tiempo, e hizo un barrido por toda la casa, pero no encontró ninguno, dejó el aparato encima de la mesa y observó

a Isabel.

—No hace tanto tiempo que estuviste aquí por última vez, por tu expresión parece como si no recordaras la casa.

—Parece otra vida, la verdad—dejó de mirar, y se centró en él—me hubiera gustado que, a tu vuelta, hubiéramos podido estar solos. Llevo tantas semanas esperando que volvieras, para que habláramos...—se pasó la mano por el pelo—perdona, no sé ni lo que digo, sé cuánto aprecias a Amaro, y yo también, haré lo que sea por ayudarlo—Germán se acercó despacio, a ella, hasta que los dos cuerpos estuvieron casi pegados el uno al otro.

—¿Qué te ocurre?—susurró—te comportas como si nunca hubiéramos estado a solas—ella negó con la cabeza—háblame por favor, Isabel—tomó sus muñecas entre las manos con suavidad, y levantó sus brazos lentamente hasta sus hombros, para que lo abrazara—está bien, no digas nada, quedémonos un rato en silencio, para que nuestros cuerpos se recuerden—la tomó por la cintura pegándola a él, ella dudó un momento, pero luego lo abrazó por la nuca y escondió la cara en su cuello. Él la separó un momento para cogerla de la mano

—Ven—la llevó hasta el sillón que había junto al sofá, y tirando de ella la sentó en su regazo, en la posición que habían mantenido tantas tardes de lluvia frente a la chimenea. Ella se acomodó sobre sus piernas, y dejó que la abrazara y acariciara su espalda lentamente. Pasaron unos minutos hasta que Germán sintió que el cuerpo de ella poco a poco perdía la rigidez, y, entonces, comenzó a hablar,

—Hablaré yo primero, si no te importa—inspiró profundamente para coger fuerza. Para él no era fácil, pero sabía que, para ella, era peor—te he

echado mucho de menos mientras he estado fuera. Solo podía pensar que, el separarnos fue la mayor tontería de mi vida, y aunque le he dado muchas vueltas, todavía no sé cómo llegamos a esa situación.

—Fue por mi culpa—susurró ella—estaba muerta de miedo, aún lo estoy, pero—él notó un estremecimiento la recorría—prefiero tener miedo y seguir contigo. Estos tres meses sin ti, sin poder tenerte a mi lado, ni olerte—inspiró profundamente junto a su cuello, intentando que el olor de Germán entrara en sus pulmones—han sido los peores de mi vida.

—Podías haber llamado—intentó que no sonara como un reproche,

—No sabía si querías que lo hiciera. Sé que no te sentó bien que yo dijera que no deberíamos tener relación este tiempo, para poder aclarar nuestras ideas—él la sacudió un poco, enfadado

—¿Cómo puedes pensar que no querría hablar contigo?, ¿tan mal te he sabido transmitir lo que siento por ti?—levantó su barbilla con delicadeza, para que le mirara a los ojos—te quiero Isabel, casi desde el principio, y esto nunca se lo había dicho a otra mujer antes—ella comenzó a llorar silenciosamente, emocionada, él le dio un beso en la frente, y volvió a dejar que se acurrucara contra él—no llores amor mío, por favor ¿Estás triste, o lloras de alegría?

—Es de alegría—confesó—estaba muy preocupada, pensaba que volverías con una novia americana, simpática y espectacularmente guapa—levantó la cabeza y lo miró, sonriendo entre lágrimas—yo también te quiero, lo que pasa es que es muy difícil para mí demostrarlo, tú lo sabes—Germán sonrió porque ella creyese que podría fijarse en otra mujer, siempre le había parecido increíble que no fuera consciente de su propia belleza. Con su

precioso pelo negro, y los enormes ojos color miel, para él era la mujer más bella del mundo, hizo que se recostara de nuevo y ella volvió a acurrucarse contra su pecho con un suspiro, feliz por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Samaniego venía de paisano y con la misma cara de mala leche de siempre, saludó con la cabeza a Isabel y se sentó en la mesa del salón junto a ellos. Como siempre hacía, fue al grano directamente:

—Bien, estoy aquí para transmitirte una conversación que tuve con Amaro, conseguí que me dejaran ir a su casa para hablar con él, con la excusa de que tenía que preguntarle por los casos que llevaba su brigada cuando lo detuvieron. Fui a ver al juez y y me firmó una orden para verlo—Germán se inclinó hacia él inconscientemente, como si así pudiera conseguir que hablara más rápido—le aseguré que haría lo que pudiera por él.

—Me pidió que, cuando volvieras, tú e Isabel os encargarais de investigar lo ocurrido, y que yo te ayudara en lo que pudiera—Samaniego lo miró a los ojos antes de continuar—dijo que sabía que tú creerías en su inocencia porque le conoces, que hay muchas pruebas que lo condenan, pero que te jura que todo es un montaje

—¿Entonces sabe quién puede ser el que le ha preparado la trampa?

—No se le ocurría nadie.

—¿Crees que la investigación está terminada?

—No lo sé, pero parece que lo tienen todo muy bien atado, los de

Asuntos Internos han estado husmeando por todos lados, hasta que han conseguido incriminarle totalmente. Entiendo que es su trabajo, pero ese José Luis Peña—movió la cabeza cabreado—un día casi llegué a las manos con él, insinuó que seguramente yo también tendría algo que ver con el asesinato—Germán no se sorprendió,

—Sí, he tenido que aguantarle esta mañana, es un payaso.

—En cualquier caso, Amaro estaba seguro de que, si tú no consigues salvarlo, nadie lo hará. Dice que su vida está en tus manos, y me juró varias veces que era inocente—Germán lo miró, porque sabía que había habido algunos problemas entre ellos, aunque nunca había sabido porqué. Siempre se había imaginado que era por culpa del mal carácter de Samaniego, era conocido por eso en todo el departamento—Sí, Amaro es un policía honesto, y una buena persona. No es posible que alguien le haga algo así, y los demás nos quedemos de brazos cruzados.

—Estoy de acuerdo—Germán asintió totalmente de acuerdo— ¿sabes algo de las pruebas que lo acusan?

—Eso es lo peor, empezando porque el cuerpo estaba en el maletero de su coche, añade que lo dispararon con su pistola, y esa es la prueba más incriminadora que tienen, además, en cuanto al móvil, el muerto era el amante de su esposa, y Amaro no tiene coartada para la hora en que se produjo el asesinato. Nunca he visto un caso con tantas pruebas contra el acusado.

—Sí, casi parece imposible que no haya sido él—Samaniego asintió—pero Amaro me conoce demasiado bien, no creo en los escenarios perfectos, y, además, estamos hablando de un hombre con 30 años de experiencia como

policía, y uno de los buenos. ¿Alguien se puede creer que, si alguno de nosotros quisiera cometer un asesinato, utilizaríamos nuestra propia pistola? —Samaniego enarcó las cejas y negó con la cabeza.

—Yo no lo haría, desde luego.

—Ni yo, ni ninguno de nosotros, que tuviéramos algo de cerebro claro. Y el muerto en el maletero de su coche, y aparcado en el garaje de la comisaría donde él mismo está trabajando...—mover la cabeza—eso es intragable.

—Sí, Amaro dijo que no te lo creerías. Bien, me alegro, entonces, os voy a dar para que investiguéis, un caso para el que nos piden ayuda desde un pueblo de Ávila, con esa excusa, podéis salir cuando lo necesitéis, y si os da tiempo, le dedicáis algo de tiempo. Mañana a primera hora, venid a mi despacho, los dos—miró a Isabel que le sonrió—y así despistaremos a nuestros amigos de Asuntos Internos, cuando escuchen las grabaciones.

—¿Cómo sabéis que hay micrófonos? —Samaniego sonrió

—Porque yo también llevo 30 años en el cuerpo, y sé cómo funcionan. Además, hace tiempo que tengo un detector en el despacho, y otro en mi casa.

—¡Qué previsor! —los dos sonrieron

—Sí, cuando llevas tantos años en esto, aprendes a la fuerza que tienes que tener cuidado.

—Otra pregunta Samaniego, ¿no conocerás a alguien de Asuntos Internos? —Samaniego asintió. Germán conocía la dificultad de hablar con

ellos, eran como fantasmas

—¿Sería posible hablar con él? —el inspector lo miró burlón,

—Más le vale, es mi yerno—él sonrió sintiendo cómo le traspasaba un rayito de esperanza, por fin.

CINCO

Cuando Samaniego se fue, los dos se miraron fijamente durante unos instantes antes de acercarse el uno al otro. Él frunció el ceño al verla temblar y acarició sus brazos, recorriéndolos con las manos,

—¿Qué te ocurre? ¿tienes miedo? —susurró inclinando la cabeza para hablar junto a su oído, porque ella había agachado la cara, como si no quisiera que viera su expresión,

—No—susurró

—¿Estás excitada entonces? —Isabel levantó la mirada hacia él, y Germán pudo observar la dilatación de sus pupilas, y sintió cómo todo su cuerpo se ponía rígido en respuesta. Llevaba tres meses esperándola, necesitando rozar su piel con la suya, no podía esperar—no puedo ser suave, no puedo Isabel...te deseo demasiado—carraspeó algo aturullado, aunque él nunca se aturullaba, pero ya no podía más, incluso cuando la había tenido en su regazo con la única intención de tranquilizarla, había estado tan excitado que la erección le dolía.

—Y yo a ti, te he deseado todos estos meses, y me he consumido todas las noches, imaginando cómo sería cuando volvieras, quiero que volvamos a estar juntos como antes—él la besó en la sien suavemente, al escuchar la tristeza en su voz.

—Está bien, hablaremos después—la cogió en brazos y la llevó a la habitación. Una vez allí, decidido a satisfacerla de todas las maneras en las

que pudiera hacerlo, la desnudó rápidamente, besando los trozos de piel que iban quedando al descubierto. Cuando le quitó el sujetador, frunció el ceño al ver una rojez que estropeaba su perfecta piel, y la rozó con el dedo como si pudiera curarla con una caricia. Ella, con los ojos cerrados, sonrió al notarlo.

—Túmbate—Isabel retiró la colcha y lo hizo, observándolo desnudarse, con aparente calma, aunque ella lo conocía bien y notaba su tensión por la forma en la que dejaba la ropa en la silla, de cualquier manera. Cuando terminó, se sentó a su lado y rozó con su dedo índice uno de sus pezones, lo que hizo que ella tuviera que sofocar un gemido, entonces su mano bajó hasta situarse a la puerta de su coño, pero ella tenía las piernas juntas.

—Ábrelas—pidió, ella lo miró, quería que se acostara con ella, que la penetrara, no aquello. Pero ya no podía controlar los leves temblores que sacudían su cuerpo, por lo que aspiró profundamente y separó lentamente los muslos. Germán acarició suavemente los blandos y húmedos pliegues.

—Tranquila —susurró, y a continuación, la penetró con un largo dedo. Ella se puso rígida y cerró los muslos

—No, así no—murmuró, aunque su cuerpo lo aceptaba dándole la bienvenida. No había nada que ella pudiera hacer para detener el lento avance de aquel dedo en su interior.

Germán sabía lo que hacía, no estaba seca, pero estaba mucho de estar lista para la penetración, sobre todo para la cabalgata que iban a tener después de tanto tiempo. Isabel luchó brevemente por contenerse, pero al final gimió embargada por el placer, su cabeza se movía de un lado a otro sobre la almohada, mientras sus gemidos llenaban la silenciosa habitación.

—Así, eso es —la animó, e introdujo otro dedo más. Ella arqueó las caderas sintiendo cómo iba dilatándola, sus músculos internos se contrajeron suavemente para ajustarse a él mientras crecía el fuego en su interior, y Germán sintió que un estremecimiento lo sacudía de arriba abajo, al observar cómo la recorría el orgasmo, antes de lo que esperaba.

Isabel sintió cómo la inundaba una ola de calor, seguida rápidamente de otra de un placer casi doloroso. Notaba la piel demasiado tensa, demasiado sensible. Sus pezones se irguieron y endurecieron, enhiestos y firmes. Los dedos de Germán profundizaron un poco más, acariciando los delicados tejidos internos. Ella volvió a arquear las caderas, absorbiéndole. Sus muslos se abrieron para permitirle un mejor acceso. El corazón le retumbaba en el pecho, y tuvo la sensación de que podría volar. Se aferró al brazo de Germán, hundiendo los dedos en su carne, en un intento de agarrarse a algo en medio de la tormenta que la azotaba. Oyó que él le decía algo, pero sentía tal fragor en los oídos que no pudo distinguir de qué se trataba, aunque percibía la ternura en su voz. Finalmente, sus dedos salieron de su cuerpo, y dejó escapar un leve sonido de disgusto hasta que sintió cómo él se tumbaba, y le pedía que abriera aún más las piernas.

—Creo que ya estás preparada, ya te he dicho que no podré ser suave— la besó en los labios y luego en ambas mejillas. Ella le miraba con la cara enrojecida por la pasión.

—Haz conmigo lo que quieras— se sentía feliz solo por notar la dureza de su pene contra su coño. Germán se apoyó en un brazo y con la otra mano buscó entre los dos cuerpos para guiar su verga, al tiempo que contraía sus glúteos y comenzaba a empujar lentamente dentro del cuerpo de Isabel.

—Tranquila, iremos poco a poco—Isabel recordó, en ese instante,

porqué tenía que prepararla siempre, sintió la anchura de su polla intentando penetrar en ella, y cómo él presionaba poco a poco, embistiendo innumerables veces, pero sin forzarla demasiado, para no hacerle daño. A Isabel se le enredó la respiración en la garganta y se sintió ahogada de nuevo en un mar de sensaciones. Se había sentido dilatada por los dedos de Germán que entraban en ella, pero aquel grueso miembro la llenó hasta el borde del dolor. Aunque estaba mojada, su vagina seguía muy sensible, y se tensaba cada vez más conforme Germán se iba introduciendo inexorablemente hasta la empuñadura. Soltó un leve gemido de pánico, sintiendo que se encontraba en la frontera que rayaba con el dolor. Germán se detuvo, conteniéndose como pudo, mientras su poderoso cuerpo temblaba

—¿Estás bien? —Su tono de voz fue ronco y apenas audible.

—Sí, es sólo que no sé por qué, ya no me acordaba de lo grande que eres—él soltó un par de carcajadas por lo bajo,

—Puedes con ello, ya lo hemos hecho antes. Y muchas veces si lo recuerdas—ella sonrió, aunque le parecía que el menor movimiento hacía que le doliera más.

—Lo recuerdo, lo recuerdo, no te preocupes—ironizó, él le dio un picotazo rápido en los labios, como agradecimiento por su muestra de humor, que hizo que se tranquilizase, y antes de seguir penetrándola, levantó una pierna de ella flexionándola, y manteniéndola así para que se abriera más a él.

Al notar que así lo aceptaba mejor, un sonido áspero salió de su garganta, y empezó a empujar con más potencia, cada vez más profundamente. El impacto sacudió todo el cuerpo de Isabel, y se aferró fuertemente a él, el brusco chocar de los dos cuerpos se mezcló con la ronca respiración de Germán y los suaves gemidos de Isabel.

Le había echado de menos, cerró los ojos con fuerza, y saboreó cada instante. Le encantaba su rudeza, y lo salvaje de su apetito. Le gustaban los gruñidos que escapaban de él, el calor y el sudor de su cuerpo al encogerse y embestir, con una fiera pasión sin complicaciones. Ojalá aquello pudiese durar siempre, pero era imposible debido a la urgencia de los dos.

Demasiado pronto su ritmo se incrementó, y retrocedió para luego volver a arremeter con gran fuerza. De repente, le levantó las dos piernas, y apoyó los tobillos en sus hombros. Con una exclamación ahogada, Isabel sintió cómo se hacía todavía más grande y más duro dentro de ella. Germán dejó escapar un grito áspero, una última embestida, y comenzó a estremecerse. Cuando dejó de temblar, cuando el último de los espasmos abandonó su cuerpo, Isabel abrió los brazos y él, débilmente, se dejó caer en ellos. Su peso la aplastó contra el colchón, pero era feliz, y estaba satisfecha, por lo menos de momento. Notaba los latidos del corazón de Germán retumbar lentamente contra su pecho. Su cabello oscuro, humedecido por el sudor, necesitaba un corte. Tenía el rostro vuelto hacia su cuello, donde depositaba ligeros besos de vez en cuando, y ella aún sonreía cuando él se tumbó de costado

—Te estoy aplastando, ven—se acercó para que la abrazara y posó una mano en su pecho, que él envolvió con la suya y acercó a su boca para besarla—mañana hablaremos, ¿quieres? —como contestación escuchó el ligero ronquido de ella, lo que le indicaba las largas noches que habría pasado sin dormir. Sonrió mientras añadía:

—Tomaré eso como un sí—cerró los ojos agotado, llevaba todo el día luchando contra el cambio de horario, y con lo ocurrido en su ausencia, pero por lo menos, volvía a tenerla entre sus brazos. Por fin volvía a estar en casa.

De común acuerdo, se ducharon cada uno en un baño, ya que habían vuelto a hacer el amor un par de veces más durante la noche, e Isabel le había reconocido, mientras le besaba con una sonrisa socarrona, que no podían hacerlo más, o no podría andar. Él también reconocía que le pasaba un poco lo mismo, en su caso tenía ganas, pero estaba agotado. Mientras tomaban un café decidieron ir primero a casa de la hermana de Catalina, la mujer de Amaro. Cuando Isabel dio un trago al café que él había preparado, casi lo escupe, se tapó la boca para no hacerlo y cuando consiguió tragarlo le dijo:

—Pero ¿qué es esto?; está asqueroso Germán! —él olió el suyo, que todavía no había probado, porque estaba buscando algo sólido que pudieran desayunar, y cuando bebió un trago pequeño, su cara se transformó con una mueca de asco.

—¡No lo sé!, se habrá estropeado,

—Pero ¿no has comprado desde que has llegado? —no la contestó, sólo la miró para que pensara lo que acababa de preguntar.

—Está bien, está bien—levantó las manos en actitud defensiva—era una pregunta—vale, pues luego tendremos que ir a comprar, así no puedes estar.

—Sí, vamos a desayunar en la calle, anda. Te invito, puedes comerte hasta un bollo si quieres—bromeó

—¡Cuanta generosidad!, no te creas, que no estoy acostumbrada, a lo mejor se me atasca tanta comida—Germán reía a carcajadas mientras bajaban en el ascensor. Antes de que ella se diera cuenta, la besaba apasionadamente, apretándola con fuerza, solo cuando llegaron abajo se separaron con la

respiración agitada.

—¿Y eso? —él miró sus labios y pasó el dedo con suavidad por ellos, había sido un poco bruto, los tenía rojos, luego la besó suavemente, como disculpa.

—Un anticipo hasta la noche—salió del ascensor dejándola en el mismo con cara de boba, mientras él sujetaba la puerta esperando que saliera.

Primero fueron a la comisaría siguiendo las instrucciones de Samaniego, ya que había que hacer el paripé frente a los de Asuntos Internos. Esperaron prudentemente a que su jefe los hiciera pasar, y entraron en su despacho, luego, tomaron asiento siguiendo sus indicaciones,

—Buenos días—Samaniego gruñía, como era habitual en él—os voy a mandar a ayudar en la investigación de un asesinato ocurrido en un pueblo de Ávila—les dio una carpeta—esto es lo que tengo impreso, pero lo tenéis entero en vuestros correos institucionales. En cualquier caso, como veréis, el marido era el principal sospechoso, pero tiene una coartada sólida. Estuvo en una gasolinera cenando mientras alguien mataba a su mujer.

—¿Nos ha pedido ayuda la Guardia Civil? —era algo raro.

—Sí, llevan atascados meses, y han pedido tu ayuda en concreto. Id allí y patead el terreno, a ver si podéis conseguir algo.

—Bien

—¡Moveros joder!, ¡ya teníais que estar en el coche! —Germán no pudo evitar una sonrisa divertida, pero Samaniego no se dio por aludido, parecía disfrutar.

—¡Venga, fuera de aquí!, quiero que dediquéis todo vuestro esfuerzo a solucionar ese tema, y no olvidéis que, si necesitáis algo, mi puerta está abierta, pero no para chorradas.

—De acuerdo jefe, hasta luego.

—Hasta luego jefe—imitó Isabel, la muy cabrona no podía evitar la risa. Hizo como que tosía, aunque Samaniego la miraba con su peor cara de mala hostia. Germán tiró de ella hacia fuera.

—¿Estás loca?

—Lo siento, es que no he podido evitarlo, ya me conoces, cuando me entra la risa no me puedo controlar,

—Ya, ya, vamos al coche, antes de que nos pillen los de Asuntos Internos y te dé por reírte—bromeó, ella le dio un tirón rápido de orejas, sin que nadie la viera, y que le dolió.

—¡Ayyyyyyyyyyyyyyyyyy! —se quejó llevándose la mano a la oreja derecha,

—Te jodes—luego se adelantó moviendo el culo, de la manera que sabía que le ponía a cien. A uno que estaba sentado en una de las mesas y al que no conocía, se le ocurrió mirarla el culo también, y luego sus ojos se cruzaron con los de Germán, que se aseguró con solo una mirada, que se le quitaran las ganas de hacerlo más. Cuando llegaba al ascensor tras ella, sonreía porque volvía a ser ella misma.

Él se sentó ante el volante como hacía casi siempre porque le ayudaba a pensar, a menos que estuviera terminando un caso, que ocurría lo contrario,

solo podía concentrarse en silencio y yendo de copiloto.

La hermana de Catalina, Eugenia, vivía en una de las grandes poblaciones que se habían construido en los años sesenta, en los alrededores de Madrid. Era una casita baja con patio, según iban acercándose a la casa, los ladridos del perro de un vecino se fueron haciendo cada vez más fuertes, hasta que Germán se volvió hacia Isabel, dando la espalda a la casa, obligándola a que se detuviera, y le dijo,

—Mientras yo lo encañono, tú le pones las esposas—seguramente aquella broma les salvó la vida, porque de repente, todo se transformó en una bola de fuego, cuya onda expansiva provocó que los dos salieran volando varios metros, y cayeran aturridos sobre la tierra de un descampado que había frente a la casa.

Germán levantó la cabeza desorientado, a pesar de la presión enorme y el pitido que sentía en sus oídos, se puso a cuatro patas para acercarse a ella, que estaba tumbada de costado, inconsciente. Miró hacia atrás, no quedaba nada de la casa, esperaba que no hubiera nadie en ella. Se arrastró como pudo hasta Isabel, y le quitó el pelo de la cara, le sangraba un oído, imaginó que a él le pasaría lo mismo, y palpó con cuidado su cuerpo, pero no parecía tener nada roto. Ella abrió los ojos:

—¿Qué ha pasado? —no la oía, pero entendió lo que le dijo por los labios, se encogió de hombros, porque no se sentía con fuerzas para nada más. Le pareció oír más pitidos, y vio las luces de los coches de la policía.

—Vamos, te ayudo a levantarte, viene la caballería.

Mientras los de las ambulancias los estaban atendiendo dentro de una

de ellas, Germán frunció el ceño al ver a José Luis Peña y su compañero bajarse de su coche. Rozó a Isabel discretamente para que lo viera, y ella asintió, Kiko pareció discutir con su compañero para que le dejara hablar con ellos, y el tal José Luis, se fue hacia los bomberos.

—Hola—Germán había empezado a oír, aunque había que gritarle un poco.

—Hola

—Imagino que el que estuvierais por aquí, es una casualidad—Germán sonrió sin ganas,

—No sé a qué te refieres, solemos venir mucho por aquí—Kiko sonrió como si Germán fuese un niño travieso,

—De acuerdo, pues que os miren bien los oídos, ella no sé, pero el tuyo está sangrando—el enfermero dio un respingo al escucharlo y comenzó a limpiar la sangre, mientras Isabel y Germán seguían con la vista al de Asuntos, que se acercó a su compañero que ahora hablaba con uno de los polis que ya habían acordonado la zona.

SEIS

Germán aceptó ir al hospital más cercano, sobre todo por Isabel a la que veía muy pálida. Aunque aparentemente no tenía nada roto, prefería que le hicieran un reconocimiento a fondo. Él se encontraba bien, exceptuando un fuerte dolor de cabeza y de oídos, que imaginaba que era lo mínimo que le podía pasar. A ella la llevaron en ambulancia, a pesar de que protestó, y él fue detrás en su coche. Luego, se quedó esperando en urgencias, y mientras lo hacía, llamó a Samaniego.

—Dime—tuvo que cambiarse el teléfono de oído, ya que con el derecho no oía nada,

—Hola, soy Germán, quería decirte que ha explotado una bomba cerca de donde estábamos Isabel y yo, investigando una pista del crimen de Ávila, pero que estamos bien. Imagino que habrá sido un escape de gas—habían quedado en que no se dirían nada importante por teléfono, y Samaniego no era tonto.

—¿Habéis ido al hospital?

—Sí, han traído a Martín, la están reconociendo ahora.

—Está bien, mantenme informado, y tomaros el día libre, pero quiero un informe por escrito de lo ocurrido.

—Por supuesto, lo tendrás ¿a las nueve te parece bien? —se hizo un silencio al otro lado de la línea, pero fue muy breve, enseguida entendió lo que quería decir.

—Por supuesto, a las nueve.

Terminó justo a tiempo de hablar con el médico, que le confirmó lo que imaginaba,

—Tiene una pequeña conmoción cerebral— al ver las pupilas de Germán sacó una linterna pequeña del bolsillo de su bata, intentando mirarle los ojos—como usted—Germán se apartó, sabía perfectamente que la tenía, pero le preocupaba ella.

—Estoy bien doctor, pero gracias—el médico se encogió de hombros

—Que no haga gestos bruscos hoy, y procure que esté tranquila, no hace falta que esté acostada, pero nada de deporte ni bailoteos—sonrió por su propia gracia, pero a Germán no le pareció gracioso. Al ver su expresión, el médico carraspeó— le he recetado unas gotas para los oídos, usted también las puede usar si quiere, le aliviarán la presión.

—Está bien, muchas gracias—Isabel salía de urgencias en ese momento andando lentamente, como si estuviera desorientada. Se despidió del médico y la cogió de la cintura para ayudarla a llegar al coche, aunque unos metros después se encontraba mejor.

—No te preocupes, me he mareado al levantarme, pero ya estoy bien.

—Es por los oídos, ahora vamos a por las gotas—ella asintió mientras entraba en el coche despacio, echó la cabeza hacia atrás, y se puso la mano en la frente. De repente, recordó algo, y miró el reloj del coche, luego a Germán, que se había sentado ante el volante y arrancaba el motor.

—Son las once y media, hay que ir a casa de ese chico, luego iremos a por las gotas

—No, primero las gotas—apretó la mandíbula decidido a no dejarse convencer.

—Puedo esperar—suspiró después de hablar, dejando la mano sobre sus rodillas

—Y él—contestó.

—¡Germán! —en cuanto levantó un poco la voz, se llevó la mano a la cabeza por el dolor, y él maldijo en voz alta por su cabezonería.

—¡Maldita sea, cállate por favor!, me da igual lo que digas, tardaremos cinco minutos, te lo juro. Si hace falta enseñaré la placa para que me atiendan pronto—ella sonrió divertida

—Ese truco es de poli viejo—se reclinó de nuevo en el asiento, respirando hondo.

Él apretó los dientes y condujo hasta la farmacia más cercana, mientras recordaba lo ocurrido. La verdad era que se había muerto de miedo, cuando la había visto tumbada e inconsciente, había sentido que se le paraba el corazón. Dejó el coche en doble fila en una de las calles más importantes de Madrid, y le dijo antes de bajar

—Cinco minutos—ella asintió y lo vio correr hacia la farmacia como si le persiguiera el demonio, sonrió, porque se había puesto en forma mientras había estado fuera. Abrió de nuevo el ojo izquierdo cuando escuchó cómo abría la puerta, y entraba como una exhalación.

—Cuatro minutos y medio, a ver chupa esto—ella abrió los ojos de nuevo y le dijo con bastante sorna,

—Creo haber escuchado antes esa frase, pero no en las mismas circunstancias—él la miró con el ceño fruncido,

—Muy graciosa—alargó una tableta naranja que miró desconfiada—no seas niña, abre la boca—ella lo hizo y dejó que le metiera aquello en la boca—es para el dolor de cabeza, me han asegurado que es mucho más rápido que la aspirina—él comenzó a chupar otra tableta, y volvió a arrancar. Hasta que llegaron a casa del genio estuvieron en silencio, pero antes de salir la cogió por la muñeca, para que no bajara todavía,

—Espera un momento, ¿te encuentras mejor? —ella asintió sorprendida porque el dolor de cabeza, aunque no había desaparecido del todo, se había atenuado lo suficiente para que fuera soportable—está bien escucha, si no estás tranquila, sin hacer movimientos bruscos, nos vamos a casa, estoy

pensando que nos vayamos ya...

—¡No seas pesado! —volvió a sujetarla, teniendo cuidado de no apretar demasiado su muñeca, porque si se sentía como él, que estaba seguro de que era así, le dolería todo.

—Isabel, ya has visto lo que ha pasado, tendremos que tener más cuidado, y te voy a cuidar, quieras o no.

—¡Está bien!, no me apetece hablar más. Además, no estamos seguros de que no haya sido un escape de gas, que nos haya pillado por casualidad— la voz algo temblorosa de ella producto de la impresión, hizo que no le contestara lo que ya sabía, que él no creía en las casualidades.

Bajaron del coche, a las doce en punto, y antes de que pudieran llamar, se abrió la verja de la entrada. Germán se quedó asombrado al ver allí a Roberto y Natalia, con cara de susto, junto a Leonardo.

—Pasad, por favor, debéis estar hechos polvo—Germán miró a Isabel que se había quedado boquiabierta, por el comentario de Leo.

—Leonardo, te presento a Isabel, mi compañera, él asintió serio, y tomó la mano de ella manteniéndola, a juicio de Germán, demasiado tiempo entre las suyas,

—¿Te encuentras bien, no deberías estar en la cama?

—Estoy bien, muchas gracias—pasaron dentro y C3P0 cerró la puerta, observado por una atónita Isabel.

—Pero ¿cómo os habéis enterado? —Germán se dirigió a Roberto que apartó la vista algo avergonzado, y contestó Natalia

—A primera hora suelo escuchar un rato la emisora de la policía— Germán resopló agotado, y levantó la mano para que no siguiera hablando

—No he oído nada—Isabel lo miró divertida, ella lo sabía porque Natalia se lo había contado hacía tiempo, además la policía sabía que muchos detectives privados lo hacían.

—¿Qué pasa, no se puede escuchar? —Leonardo parecía sorprendido porque Germán se hubiera molestado, e Isabel le contestó,

—Es ilegal, aunque sabemos que hay gente que lo hace, venden unos aparatos...

—No hace falta nada más que un móvil, si queréis os puedo preparar los vuestros para que la escuchéis, sin necesidad de nada más—Isabel se quedó absorta mirándolo, nunca había conocido a un verdadero cerebritito.

—Déjalo—Germán prefería no saber más —¿tienes el informe? —Leo le sonrió divertido,

—Claro, no me llevó más de veinte minutos saltarme los tres tristes cortafuegos que tiene vuestro sistema—no tuvo más remedio que sonreír al escucharlo, era como un niño alardeando. Los llevó a una especie de salón, donde había una mesa muy larga con varias sillas—sentaros si queréis, aquí es donde hago las reuniones de trabajo.

—¿Tienes empleados? —miró a Germán sonriente.

—No, no los necesito, las reuniones son con empresas, ellos suelen traer, a veces, a varios expertos para valorar alguno de mis inventos, y así poder tasarlos. También traen abogados.

—¿Y tú no tienes abogado?

—No suelo necesitarlo, si tengo dudas consulto a alguno, pero normalmente, con leer el contrato es suficiente, ya he firmado muchos.

—Entiendo, tengo una pregunta, ¿por qué nos ayudas?, si no he entendido mal, cobras por hacer estas cosas,

—Al principio tenía curiosidad, lo reconozco, pero ahora...—dudó un momento—lo he pensado mucho, y la verdad es que me gustaría ir con vosotros, en alguna ocasión, a una vigilancia o algo similar. De hecho, para lo que vamos a hacer con vuestro amigo, y que podáis comunicaros con él, tengo ir yo,

—Me parece bien, siempre y cuando no sea algo peligroso para ti.

—Vale—sonrió feliz, y Germán lo miró con el ceño fruncido, no le gustaba demasiado esa situación, pero estaba desesperado.

Se sentaron, y Germán comenzó a leer un documento de Word en una Tablet que le había entregado Leo.

—¿Quieres leerlo tú a la vez? —Isabel asintió mientras preguntaba,

—¿Puedo? —salió un momento de la habitación y volvió con otra Tablet, en la que insertó algo parecido a un pen, y luego tecleó algo. Cuando terminó, se la pasó a Isabel y ella se sentó dándole las gracias. Mientras ellos leían, Roberto pensó que sería mejor dejarles tranquilos unos minutos,

—Leonardo, ¿te importaría enseñarnos algunos de tus inventos? Natalia está deseando verlos. Leonardo apartó su mirada de Isabel, y asintió levantándose y caminando hacia la nave donde trabajaba, seguido por los otros dos.

El informe era denso, estaba bien fundamentado, y era completo, aparentemente no dejaba flecos pendientes. Cualquiera que lo leyera, aún sin ser policía, sabría que Amaro lo tenía fatal. Cuando terminó de leerlo, se quedó abstraído analizando todos los datos en su cabeza.

—Con esto lo condenan seguro—asintió a las palabras de Isabel, estaba de acuerdo con ella. Isabel vio su mirada perdida, y tomó su libreta y el boli de su bolso, se había quedado hecho un asco con la explosión y la caída, pero lo de dentro estaba intacto.

—Está bien, empecemos—él asintió—si te parece, vamos a apuntar lo primero las pruebas incriminatorias, luego iremos viendo.

—De acuerdo, te dicto—buscó el pasaje del informe donde se hablaba de las pruebas—La pistola con la que se cometió el asesinato, es la reglamentaria de Amaro, y además solo tiene sus huellas. Tiene un móvil muy claro, ya que su mujer tenía una relación extramatrimonial con el

muerto, Vicente Soria, que trabajaba como dentista en la misma clínica que ella, y Amaro reconoció en el interrogatorio haberle amenazado de muerte en alguna ocasión—Germán murmuró algo, pero no lo escuchó bien— No tiene coartada. Y además de todo esto, el muerto aparece en el maletero de su coche, junto con su pistola reglamentaria—Después de terminar de leer todo, él mismo estaba asombrado—Nunca he investigado, ni he estudiado ningún caso, en el que hubiera tantas pruebas directas contra el acusado.

—Sí, ¿qué vamos a hacer? —Isabel pensó que le diría, que quizás tendrían que plantearse que Amaro fuera culpable, pero como siempre, Germán no pensaba como los demás. Es más, la respondió sorprendido,

—Demostrar que es mentira, por supuesto. Es imposible que todo esto sea cierto. Hay que enterarse de la causa de la bomba, y de si ha habido muertos, y es evidente que, a nosotros, no nos lo van a decir. Pero creo que Leonardo estará encantado de ayudarnos—Isabel sonrió recordando lo emocionante que era trabajar con él, no sabía cómo era posible que se le hubiera olvidado. Nadie tenía la facultad que tenía Germán para resolver misterios, es más nunca había conocido a nadie con su agilidad mental. Le había enseñado mucho mientras habían estado juntos, porque con él nunca se dejaba de aprender.

—Vamos con los otros, quiero hablar con Leonardo—ella le siguió hasta la nave, allí, Leonardo tenía a Roberto y Natalia sentados a la mesa a su lado, los dos llevaban unas gafas oscuras que les tapaban también los laterales de los ojos, mientras él observaba algo en su ordenador. Natalia y Roberto reían divertidos, Germán enarcó las cejas al verlos.

—Están viendo un monólogo de un cómico, el programa crea la ilusión de que estás en un teatro. Tienen además en los oídos unos auriculares sin cables, que consiguen que el sonido sea envolvente, lo que incrementa la sensación de que estás allí. Lo tengo que perfeccionar, pero de momento

estoy muy contento con el resultado.

—Quiero que me expliques cómo podríamos comunicarnos con Amaro, es muy importante—Él tecleó algo más en el ordenador, y se levantó yendo al otro extremo de la mesa,

—Está bien, tengo un dispositivo, que todavía no ha salido al mercado, y que transforma cualquier pantalla plana, en un dispositivo táctil. Si en esa casa hay wifi, como en casi todas las casas, podrás preguntarle lo que quieras y él contestará, si todo va bien, pulsando en la pantalla la respuesta correcta.

—Eso parece ciencia ficción—Leonardo sonrió.

—Casi lo es, todavía no está a la venta, lo ha diseñado un amigo mío.

—Ah!, ¿no es un invento tuyo?

—No, la verdad es que no, pero me dio un par de prototipos hace tiempo por si los necesitase.

—Bien, de acuerdo, pero ¿ese dispositivo funciona a distancia? — Leonardo se rio sin poder evitarlo

—¡No!, hay que sujetarlo con unas pinzas que lleva en la base, en el centro del borde superior del televisor, porque imagino que tendrá tele— Germán asintió, aunque no tenía ni idea de si la tenía, pero esperaba que sí— el dispositivo emite una luz que tiene que apuntar hacia la pantalla. La posición es importante, porque funciona mediante infrarrojos—Germán asintió,

—¿Y cómo vamos a conseguir que llegue a sus manos?

—Mira—se dirigió hacia uno de los estantes metálicos, cogió un dron minúsculo, y se lo enseñó—este es Bond, lo utilizo para trabajos de precisión como este. Solo me tenéis que decir donde tiene que volar, y él le llevará el dispositivo. Además, este dron está preparado para actuar por la noche, tiene incorporada una cámara con luces IR de visión nocturna—Germán asintió, aunque no tenía ni puta idea de a qué luces se refería, pero decidió que sería

mucho más eficaz, no poner en duda ninguno de los conocimientos técnicos de Leonardo,

—Sí, mejor por la noche, así no nos verían—miró la hora en su reloj— a las nueve tengo visita en mi casa, y no puedo faltar, cuando termine volveremos si te parece bien, para llevar a Bond a dar una vuelta—observó a Isabel, que todavía estaba pálida, pero parecía algo más despejada. Ella asintió y se levantó. Era la hora de comer, pero no le vendría mal echarse un rato en la cama, por lo menos hasta que viniera Samaniego.

—¡Estupendo! —todos miraron a Leo alucinados, porque parecía un niño al que le hubieran prometido que iría a ver a Papa Noel. Los cuatro se despidieron de él. Ya fuera, Germán había cogido a Isabel de la mano, acompañándola al coche, Natalia y Roberto les seguían, observando con qué cuidado la trataba el poli,

—Es encantador y muy interesante estar con él, pero no he conocido a un friki más grande en toda mi vida—Natalia sonreía divertida mientras pensaba en voz alta.

—Sí, pero estamos en sus manos, si no puedo hablar con Amaro, me será mucho más difícil averiguar la verdad—Germán hablaba mientras abría la puerta a Isabel, aunque ella le decía que no era necesario. Cuando la cerró, Roberto se acercó para susurrarle.

—Necesitáis descansar—él asintió, su amigo tenía razón

—Por supuesto, ahora comeremos algo, y nos echaremos la siesta, intentaré que esté todo el tiempo posible en la cama—se despidieron con un abrazo como hacían siempre, mientras Natalia daba un beso a Isabel que había bajado la ventanilla para despedirse, y le decía

—Cuídate cuñada—la policía sonrió sin fuerzas, de repente se sentía muy cansada, y le dolía todo. Se llamaban así desde que se habían conocido, y habían comenzado a salir como las parejas de los dos amigos.

—Sí, no te preocupes, es una ligera conmoción, en cuanto llegue a casa me echaré un rato—Germán arrancó el coche, e Isabel apretó un momento la mano de su amiga para tranquilizarla—tranquila.

—¿Dónde vamos? —giró la cabeza para mirar a Germán.

—A tu casa, en la mía no hay comida ni de nada, y no estamos como para ir a hacer la compra—ella asintió y se acomodó mientras el coche arrancaba y ella combatía su malestar. Aunque no lo reconocería ni muerta, estaba deseando acostarse.

SIETE

La ayudó a acostarse después de conseguir que se tomara un vaso de leche, porque le dijo que no podía comer nada. La desnudó y luego la arropó con el máximo cuidado, como si fuera lo más delicado del mundo, aunque la había visto entrenarse en el gimnasio hasta el agotamiento para poder seguir el ritmo de su dura profesión.

—Puedo sola—se sentía algo avergonzada, porque los dos habían sufrido la misma onda expansiva, y, sin embargo, ella estaba mucho más afectada—estoy bien no te preocupes, solo tengo algo de frío.

—Calla—la miró preocupado— se nota que estás muy dolorida, te he traído otra pastilla—la había dejado en la mesilla, junto con un vaso de agua por si lo necesitaba. Se la dio, y fue al baño, en cuya puerta solía colgar lo que se ponía por la noche, y volvió sonriendo con una camiseta de él.

—Siéntate un momento—cuando empezó a ponérsela le preguntó— ¿Y esto? ¿me la habías robado? —pero ella solo se encogió de hombros.

—Germán, me acuesto como mucho un par de horas, y sólo si tú te tumbas conmigo,

—No, mientras voy a aprovechar para...—ella se irguió muy seria

—Si no te acuestas ahora mismo me levanto y me voy contigo a estudiar el expediente, que sé que es lo que quieres hacer. Luego, cuando nos levantemos, acordaremos lo que le vamos a contar a Samaniego—él asintió desnudándose, los dos sabían que era más seguro para el inspector si no le decían la verdad. Si en algún momento alguien le preguntara algo sobre la investigación, le estarían obligando a mentir, y no querían crearle problemas, después de todo, les estaba ayudando. Se tumbó junto a ella y la abrazó, sus largos años de vigilancias le habían enseñado a despertarse cuando era

necesario. Se despertaría, como mucho un par de horas después.

Cuando se levantaron decidieron repartirse el trabajo para ser más efectivos, Isabel buscó noticias sobre el caso, es decir, todo lo que se hubiera publicado, y él volvió a leer el expediente.

—¡Menos mal! —levantó la vista de su portátil al escucharla, ya que cada uno trabajaba con el suyo—no ha muerto nadie en la explosión—giró la pantalla para que él también lo viera. Leyó la noticia atentamente, aunque los bomberos esperaban haber encontrado dos mujeres, por lo que les habían dicho los vecinos, después de terminar la búsqueda y limpiar los escombros, no había cadáveres. Germán leyó la noticia con el ceño fruncido.

—¿Qué crees que habrá pasado? —Isabel parecía estar algo mejor, al menos había recuperado un poco el color,

—¿Te refieres a la explosión?

—No, a que no han dado señales de vida, se han evaporado—él leyó la noticia extrañado

—Es raro, le preguntaré a Amaro, a ver si se le ocurre algo. Es posible que hayan huido—ella asintió.

—Si quieres, puedo ir leyendo el expediente del caso de Ávila, está en el correo. No deberíamos dejarlo de lado, por lo menos hay que intentar cubrirle las espaldas a Samaniego.

—Claro, vete echándole un vistazo—miró el reloj del portátil—en una hora o así, me iré a mi casa, ¿vas a venir?

—Pues claro ¿qué te has creído? —sonrió al verla indignada.

—Nada, no te mosquees.

Después de trabajar hora y media aproximadamente, recogieron y se fueron a casa de Germán, a la espera de que llegara Samaniego. Éste lo hizo

puntualmente, a las nueve en punto, y llenó el salón de Germán con su presencia. Lo primero que hizo, fue preguntarles cómo estaban, luego Germán fue al grano

—¿Se sabe algo del explosivo? —el inspector se encogió de hombros

—Aún no, pero he hablado con el jefe de los bomberos que estuvo allí y a él le parece un escape de gas—los tres sabían lo raros que eran esos escapes —¿habéis descubierto algo?

—Todavía no, no nos ha dado tiempo—Isabel agachó la mirada observando su refresco—pero en cuanto sepamos algo te lo diremos—el inspector asintió.

—Se me ha ocurrido algo—lo miraron expectantes—como sabía que nos íbamos a ver, he realizado una pequeña investigación para saber si a algún preso de los encarcelados por Amaro, lo hubieran soltado recientemente.

—¿Y qué has descubierto?

—Hay dos de los que ha recibido, en algún momento, amenazas de muerte, os he traído la información. Son dos hermanos, uno murió de cáncer hace un año, pero el otro salió hace un par de meses—abrió la carpeta que les había llevado y leyó el nombre en voz alta, y luego le pasó la documentación a Germán—se llama Tobías Gutiérrez, su alias es “el Depredador de Lavapiés”

—¿Lo han soltado? —Samaniego asintió—¿cuánto tiempo ha estado dentro?

—Catorce años y medio.

—Lo recuerdo perfectamente, yo todavía no era policía, violó y mató a seis chicas ¿no? —miró la foto del criminal, que estaba dentro de la carpeta,

—Sí, pero solo pudieron probar su intervención en la última víctima, Verónica Gutiérrez, y fue por una casualidad, porque pasó un hombre por allí

mientras paseaba a su perro, y lo vio cuando se estaba llevando algunos de los trofeos que recogía de las chicas. Al ver al perro y su dueño, salió corriendo y se dejó allí el condón con el semen, cuando normalmente siempre lo recogía de la escena del crimen. Amaro consiguió localizarlo semanas después gracias a la descripción del dueño del perro, entonces la prueba de ADN lo inculpó sin ninguna duda, y lo condenaron. Fue una pena que no pudiéramos condenarle por el resto de las víctimas, pero ya sabes cómo funciona esto.

—Sí, tendré que estudiar el patrón que seguía, para ver si puedo encontrar elementos comunes—frunció el ceño al leer su historial— aunque creo que utilizaba arma blanca, ¿no?

—Sí, no será fácil buscar esos expedientes, al ser antiguos están en la base de datos antigua, y con los de Asuntos Internos encima...

—No te preocupes, me arreglaré con los periódicos y con Google, tranquilo—su nuevo jefe asintió y se levantó

—Seguiré observando y escuchando por si me entero de algo más, y si es así me pondré en contacto con vosotros, pero, sobre todo, quería saber cómo estabais,

—Muchas gracias, estamos bien, ¿verdad? —miró a Isabel que asintió con vigor, aunque se le notaban las ojeras. Le acompañó a la puerta, y luego se sentó junto a ella.

—¿Qué opinas? —él lo pensó antes de responder.

—No mucha gente es capaz de preparar una venganza durante tantos años, pero no podemos descartar nada, a ver qué dice Amaro.

—Sí, deberíamos irnos ya

—Espera un poco—se levantó hacia la ventana, a lo mejor estaba siendo algo paranoico, pero tenía una sensación extraña. Apagó la luz del salón, y se acercó a la ventana lentamente colocándose de manera que no

podieran verle, pero que él sí pudiera observar la calle. En uno de los coches aparcados frente a su casa, había dos individuos, cuyas figuras se veían perfectamente, porque habían cometido el error de aparcar bajo una farola,

—Tenemos vigilancia—Isabel se levantó

—No te acerques, miran de vez en cuando hacia la ventana—se deslizó hacia un lateral para que no lo vieran—vamos a dejar las luces apagadas unos minutos, con un poco de suerte pensarán que nos hemos ido a dormir. Se sentó junto a ella en la mesa,

—¿Qué vamos a hacer?, no podemos llevarlos hasta la casa de Leo.

—No, si ponemos el plan en peligro, no iremos, no te preocupes.

Permanecieron unos minutos en silencio hasta que se le ocurrió algo, y cogió su móvil

—Roberto, necesito que vengas a mi casa a recogernos, pero tienes que entrar por el garaje—esperó la contestación de su amigo— yo te abriré con el mando, tú sólo avísame cuando estés llegando—Sí, Natalia puede venir, casi mejor, porque una pareja llamará menos la atención. Gracias Roberto, hasta ahora—colgó y dejó el móvil en la mesa.

—Voy a coger algo de ropa, mañana iremos a por lo que necesites a tu piso, es evidente que no podemos quedarnos en nuestras casas mientras dure esto

—Vamos, te ayudaré no creo que tarden mucho en venir

—No, estaban en casa, como mucho veinte minutos. Lo mejor será pedirle a Natalia que mañana recoja algunas de tus cosas, lo suficiente para unos días—Isabel asintió mientras caminaba delante de él, ya andaba con normalidad, aunque él sabía que todavía tendría dolores.

En cuanto tuvieron el bolso hecho, bajaron al garaje, y se quedaron a cierta distancia de la rampa de acceso, para que no se les viera desde la calle cuando entraran sus amigos.

—No lo hemos hablado, pero imagino que pensamos lo mismo, que son de AAI—Germán asintió a las palabras de Isabel, mientras los dos permanecían de pie, tensos, esperando,

—Sí, no hay que ser muy listos, desde que me contasteis todo esto, esperaba que nos vigilaran. Saben que soy amigo de Amaro, y es su modus operandi—Isabel asintió, al fin y al cabo, eran los polis de los polis.

El teléfono de Germán vibró y él miró el mensaje,

—Ya llegan—apretó el botón del mando, y la puerta del garaje comenzó a elevarse, enseguida apareció el coche de Roberto que se detuvo junto a ellos, fuera de la vista de la calle. De todos modos, esperaron a que se cerrara la puerta, entonces Roberto y Natalia bajaron del coche preocupados.

—¿Qué pasa Germán? —Roberto los miraba con el ceño fruncido, había venido en chándal, seguro que era lo que llevaba en casa cuando lo habían llamado, Natalia se había puesto unos vaqueros y una camiseta.

—No os preocupéis, son los de Asuntos Internos.

—¿Se supone que si nos dices eso no debemos preocuparnos? —la voz de Natalia había sonado algo más que ligeramente histérica, Isabel se acercó a ella,

—Tranquila Natalia, es su procedimiento habitual, cuando están investigando a uno de nosotros por un delito grave, normalmente extienden dicha investigación a todos sus amigos, o sus compañeros de departamento, depende. Y todos saben que Amaro y Germán, a pesar de estar todo el día discutiendo, son muy amigos—Germán sonrió, al igual que los demás, pero Natalia no parecía muy convencida.

—¿Os habrán puesto micrófonos en casa? —le asustaba un poco saber cómo funcionaba ese departamento de la policía.

—De momento no—lo había vuelto a comprobar esa misma mañana—pero nos tendremos que acostumbrar a comprobarlo todos los días, hasta que

solucionemos esto. ¡Vámonos antes de que nos descubran! —se dirigió a Isabel— tú y yo, iremos en el asiento de atrás tumbados.

—¡Qué pillín eres Germán, cualquier momento es bueno para meterle mano! —afortunadamente las salidas de Natalia, siempre espontáneas, solían restar tensión a momentos como este. Todos soltaron una risita con la que consiguieron relajarse, e Isabel se tumbó primero, pegándose todo lo que pudo al fondo del asiento. Germán lo hizo pegado a ella, enlazándola por la cintura intentando no aplastarla.

—¿Estás bien, puedes respirar?

—Sí, tranquilo—levantó el pulgar en el gesto que solían hacer en cualquier operación policial, y Germán dijo,

—Cuando queráis chicos—Roberto miró a Natalia, que echó los seguros de las puertas, y asintió a su vez. Tenía la mandíbula apretada porque todavía no se podía creer que, dos policías honrados tuvieran que salir así de su casa, solo porque quisieran averiguar la verdad y hacer justicia. Roberto puso un momento la mano sobre su rodilla intentando tranquilizarla, y ella le sonrió, entonces él arrancó de nuevo el vehículo, y dio la vuelta al garaje para salir.

—Allá vamos—Germán le había dado su mando, por lo que lo utilizó al llegar ante la puerta, y esperó a que se abriera, luego, con tranquilidad y lentamente, como le había aconsejado su amigo, salieron. Natalia y él pudieron ver cómo los dos ocupantes del vehículo que estaba aparcado enfrente, a escasos metros, los miraban para ver quién iba en el coche, pero enseguida apartaron la mirada. Afortunadamente había colado. Pero, a pesar de ello, no se atrevieron a hablar hasta que doblaron la siguiente calle y pudieron asegurar que no les seguía nadie.

—No nos siguen, pero para asegurarnos, quedaros unos minutos tumbados.

—Por nosotros estupendo, como dice Natalia este es un buen momento para satisfacer mis instintos con Isabel—ésta soltó una risita nerviosa, al igual que Natalia. Pero Roberto, al volante, no fue capaz de hacerlo, aunque agradecía la sangre fría de Germán.

Por fin llegaron a la casa de Leo, que los esperaba muy nervioso, les abrió la puerta en cuanto bajaron del coche, debía estar vigilando la cámara de la calle.

—Ya creía que no veníais—vio el bolso que llevaba Germán y les dijo:

—¿Os quedáis aquí? —Germán miró a Isabel, quien negó con la cabeza. A él tampoco le parecía buena idea, al fin y al cabo, no lo conocían de nada,

—Creo que no amigo, buscaremos un hotel.

—En un hotel os pueden localizar, aquí no, es imposible. Entrad, luego lo hablaremos—abrió la puerta del todo y tecleó una secuencia de números en el teclado que había junto a la cámara, lo que Germán no le había visto hacer la otra vez. Leo observó su mirada y le explicó

—Es para que la cámara de la entrada comience a grabar todo lo que suceda en la calle, por si os localizan—Germán negó con la cabeza, siempre que le parecía que no se podía sorprender más con él, se superaba a sí mismo.

—Podéis veniros a casa, tenemos una habitación de sobra—Natalia lamentaba no habérselo ofrecido antes, pero la verdad era que no se le había ocurrido—además allí tenéis todo lo que podáis necesitar para vuestro trabajo.

—Bueno, luego lo vemos, como dice Leo, tenemos que darnos prisa, son cerca de las once. Amaro no se solía acostar pronto, pero eso puede haber cambiado, imagínate, debe estar hasta las narices de no poder salir, y no poder comunicarse con nadie.

—¿Cómo vamos a ir?

—¡Lo tengo todo organizado!, venid—Lo siguieron hasta el garaje, donde tenía una furgoneta con solo las ventanas delanteras acristaladas, la parte trasera era toda de metal. Era un vehículo muy grande, la puerta trasera estaba abierta y dentro había una especie de pasillo central donde Leo había montado una mesa anclada al suelo, y sobre la que había colocado su mochila, el dron que les había enseñado, y su ordenador junto con una caja de herramientas. A cada uno de los lados de la mesa había tres asientos, por lo que cabían todos perfectamente. Germán observó el tamaño de la furgoneta con los ojos entrecerrados,

—¿Quién va a conducir?

—Yo no puedo, tengo que manejar el dron y alguien tiene que estar pendiente por si nos pillan los polis—Isabel se volvió para no soltar una carcajada, pero Germán se sintió obligado a contestar,

—Oye que nosotros somos polis, tenlo en cuenta.

—Claro, claro. —los miró a todos y preguntó—pero ¿qué os parece?

—Me parece que has pensado en todo, Roberto, ¿tú crees que podrías conducirla? —su amigo asintió, pero intervino Natalia,

—Si no os importa, lo haré yo, porque me saqué el año pasado el carnet tipo C, de camiones, así que a esta pequeñaja la controlaré bien.

—Natalia me dejás alucinada—ella sonrió a Isabel,

—Sí, no os había dicho nada porque estaba convencida de que suspendería, pero aprobé a la primera. La verdad es que siempre había querido sacármelo, y ahora por fin lo he conseguido—Roberto la miraba sonriente.

—Bien, entonces, ¿a qué esperamos?

—Primero vamos a planificar lo que vamos a hacer, espera un momento Leo—lo sujetó por el hombro antes de que subiera, ese chico era

hiperactivo y un kamikaze—antes de hacer cualquier cosa, todos, lo tenéis que consultar conmigo—se volvió a mirar a Natalia—y Natalia, primero daremos una vuelta para ver dónde está el coche o los coches de policía, porque lo más seguro es que haya dos, y luego decidiremos dónde aparcamos. Hay un parque enfrente, y puede ser una buena idea hacerlo detrás de los árboles creo recordar que desde allí estaríamos bien camuflados, además desde allí, puedes mandar el dron, miró a Leo—¿no hay problema para que vuele de noche? —Germán quería estar seguro antes de montar todo el tinglado,

—No, tiene un sistema de localización por satélite, pero además lleva una cámara con visión nocturna. Esa imagen la veremos en directo a través de mi tablet, y también lo manejaré con ella—sacó una especie de pinzas que emitían una luz rojiza—estas son iguales a las que lleva el dron, para que tu amigo las sujete a la pantalla de la televisión.

—Vale vale, escucha, antes de nada, tengo que hablar con él para poder explicarle lo que tiene que hacer, ¿podremos hacerlo desde la furgoneta?

—Sin problemas, las pinzas son para que él pueda contestar, pero yo puedo hablar con cualquiera que tenga una pantalla plana frente a él—por un momento a todos se les pusieron los pelos de punta, pero no tenían tiempo para pensar en ello.

—Está bien, pues vamos allá—todos fueron subiendo y sentándose en la furgoneta, Natalia ante el volante, y Roberto a su lado. El resto detrás, y se adentraron en la oscuridad de la noche.

OCHO

Como había dicho Germán, finalmente aparcaron junto al parque que había frente a la casa de Amaro, la vivienda era un quinto piso de un edificio de siete plantas. Leo y él bajaron para, después de cruzar a través de la arboleda, señalarle la ventana de su amigo a la luz de las farolas. Habían detectado al pasar dos coches de vigilancia, cada uno aparcado en una de las aceras de la calle, pero, desde donde estaban, los policías no podían verlos. Leo estuvo observando el edificio y las calles aledañas, con unos prismáticos de visión nocturna,

—¡Esto es mucho mejor que un videojuego! —Germán sacudió la cabeza alucinado, en ese momento le parecía que estaban en manos de un niño de doce años. Lo sujetó por el brazo para que no traspasara la última barrera de árboles, porque estaba tan emocionado que parecía dispuesto a cruzar la calle hasta llegar al edificio de Amaro,

—Es que no puedo ver bien el callejón de la derecha, parece el mejor sitio para que vuele el dron, una vez allí estaría fuera de la visión de los polis —se quejó, Germán al entender, tiró de su brazo hacia la derecha,

—Ven por aquí, así podrás ver bien la calle—se movió de lado, hasta llegar aproximadamente a la mitad de la hilera de árboles, desde donde se podía ver perfectamente el callejón que decía. Apartó una rama de un abeto para buscar el piso de su amigo, y se lo señaló—mira, esa es la ventana del baño de Amaro—estaba situada a un costado del edificio y daba al pequeño callejón que decía Leo. Y efectivamente, no era visible desde la calle donde estaban aparcados los zetas—si conseguimos que vaya al baño y abra la ventana ¿podrías hacer que el dron aterrice en el alféizar?

—No es necesario, es más fácil que se quede unos segundos suspendido

en el aire, lo que él tarde en coger lo que le mandamos, incluyendo tu nota— Germán asintió, en el último momento se dio cuenta de que sería mucho mejor y le daría más confianza a Amaro, si recibía una nota de su puño y letra.

—¿Cómo lo has colocado al final?

—Lo he pegado con celo encima del dron. Bond tiene un compartimento para llevar cosas, pero es más fácil que lo encuentre así ¿no?,

—Sí, es primordial que lo hagamos lo más rápido posible. Por cierto— se fijó en las farolas en la calle—¿tiene que volar con luz?

—Sí, es más seguro que tenga el faro central encendido, pero, como hay farolas, cuando pase por encima de los polis, lo puedo apagar,

—Está bien—se encogió de hombros—hay que intentarlo. Espera, déjame mirar los coches—había dos hombres por coche, no parecía faltar más que el que estaba de guardia. Ya sabían, por el informe, que la vigilancia se componía de cinco hombres, y el del piso se iba turnando con los de los coches para descansar. Volvieron a la furgoneta decididos a empezar con el plan.

Amaro se había hecho una tortilla porque era de lo poco que sabía cocinar. Ante la imposibilidad de pedir una pizza ni nada del exterior, ya que no tenía teléfono ni ordenador porque se los habían confiscado, tenía que conformarse con la compra que le traía un policía todas las semanas, y que se delimitaba a los alimentos más básicos, como era normal.

La imagen del canal de televisión que tenía puesto desapareció y la pantalla se fundió en negro de repente, extrañado, cogió el mando, pero por más que pulsaba la tecla, la imagen no volvía. Abrió el compartimento de las pilas y las sacó y las metió de nuevo, a veces era suficiente para que el mando volviera a funcionar, entonces volvió a apretar el número del programa, y casi

se le cae el mando al suelo, al ver lo que había escrito en la pantalla:

“Amaro, soy Germán, ya he vuelto y te voy a ayudar. Tranquilo, necesito que hagas lo siguiente, ve al baño y cierra con llave, luego abre la ventana. En unos segundos, un dron se quedará volando sobre el alféizar, junto a su faro tiene un rollo de papel sujeto con celo con unas pinzas dentro, cógelo y el dron se irá. Luego cierra la ventana y desenrolla y lee el papel, en cuanto sigas las instrucciones que te he escrito, podremos comunicarnos”

Amaro no se lo podía creer, y sonrió por primera vez en semanas, se levantó del asiento con un vigor desconocido en él desde hacía mucho tiempo y se fue al baño. Cerró la puerta con llave, y abrió la ventana, esperando.

—¡Vamos, ahora! —Leo asintió e hizo que Bond se elevara, estaban detrás de la espesa línea de árboles—tiene que ser más alto, sino te verán desde los coches—avisó Germán que hablaba mientras miraba la calle. Bond no hacía ruido, al principio Leo mantuvo la luz encendida, pero cuando comenzó a atravesar la calle, la apagó. Ni siquiera Germán, que sabía dónde estaba, podía verlo. En ese momento, uno de los hombres del coche salió,

—¡Cuidado! —le susurró Germán. El genio que miraba la pantalla de su tablet para saber dónde estaba su creación, volvió a asentir, y echó un vistazo a la calle, mientras mantenía a Bond en suspensión.

—Me meteré en el callejón y esperaremos, pero en principio, a menos que vaya hasta allí, no puede verlo—Germán asintió, el poli se estiró y caminó hacia edificio.

—Es posible que vaya a sustituir al que vigila el piso, se estarán turnando cada dos horas.

—Voy a aprovechar que los demás siguen en los coches. En el callejón tengo que encender unos segundos la luz, para no equivocarme de ventana—Germán observó por encima del hombro de Leo lo que grababa la cámara de Bond, y en ese momento vieron cómo se abría la ventana del baño, entonces

el dron se dirigió hacia allí y Germán pudo ver de nuevo a su amigo. Estaba casi irreconocible, parecía diez años mayor de lo que era, había adelgazado mucho, y estaba muy pálido, algo normal teniendo en cuenta que no salía de casa desde hacía semanas. Las manos de Amaro desequilibraron durante un momento el dron, al despegar el rollo de papel, cuando vieron que ya lo tenía en su poder, Leo hizo que volara de vuelta hacia ellos.

Amaro sintió que le palpitaba el corazón como si fuera a salirse del pecho, cuando escuchó el timbre de la puerta. Debían ser las doce, a esa hora siempre llamaban para ver si estaba bien, sabía que no seguían instrucciones, sino que los policías tenían miedo de que cometiera alguna locura. Salió a abrir con aquello en el bolsillo del pantalón, y el policía puso cara de alivio al ver que respondía a la llamada.

—Perdón señor, nos hemos asustado al ver que tardaba en abrir.

—Estaba en el baño—contestó, el otro hombre asintió, era un hombre joven al que no conocía de antes. En realidad, no conocía a ninguno de ellos, los habían elegido a conciencia.

—Hasta mañana entonces, si necesita cualquier cosa...

—Nada, gracias. Hasta mañana—tenía que agradecer, a pesar de todo, que no le hubieran perdido el respeto, y que los que le vigilaban hubieran asumido esa extraña situación de arresto domiciliario, con normalidad. Volvió al baño y se encerró dentro, se sentó en el borde de la bañera mientras separaba el trozo de papel de aquellas extrañas pinzas y leyó la nota de Germán, sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas, ante la señal de confianza, cariño y fidelidad que significaba que hubiera montado todo esto. Él sabía que cuando Germán volviera no se iba a quedar quieto, de hecho, había sido su única esperanza durante estas largas semanas,

“¡Hola jefe!

No te voy a escribir ninguna tontería para que lloremos los dos, eso ya tendremos tiempo de hacerlo. Solo quiero que sepas que haré lo posible por demostrar que eres inocente. Y ya sabes lo cabezón que soy. El artilugio en el que iba envuelta esta nota es muy importante, tienes que colocarlo en borde superior de la pantalla de tu televisión, con la luz roja hacia abajo apuntando a la pantalla, y sujetarlo con las pinzas, así la pantalla se transformará en una táctil, y podrás contestarme. Si ves que entra alguien u ocurre algo, basta con que separes el dispositivo de la pantalla y lo escondas. No tengo contacto visual contigo, porque como imaginarás tienes dos zetas vigilando tu casa.

Nada más, haz lo que te digo, y ahora hablaremos.

¡Ah!, por cierto, en la pinza hay un botón, para que el invento funcione tienes que presionarlo hasta que se encienda una luz. Se me había olvidado decírtelo, menos mal que tengo a mi lado a la lista de Isabel que me lo ha recordado”

Amaro sonrió mientras rompía el papel en varios trozos y lo echaba por el inodoro, tirando luego de la cadena. A continuación, presionó el botón y aquel extraño cilindro metálico emitió una luz roja, parecía algún tipo de infrarrojos. Se dirigió a la televisión, y lo colocó como le había dicho, luego se echó hacia atrás. Al principio no notaba nada, pero después, fue como si el material del fondo de la pantalla, que seguía siendo negro, se moviera en forma de extrañas olas, y luego todo se aquietó de nuevo y, de repente, aparecieron unas letras verdes, fluorescentes.

—Hola Amaro, detectamos que ya lo has encendido. Si todo está bien, en la parte baja de la pantalla te tiene que haber aparecido un teclado virtual, ¿es así? —en la furgoneta todos esperaban expectantes, observando la tablet

—Sí—la contestación había aparecido en la pantalla.

—¡Dios mío, Leo eres un genio! —el aludido, ante el piropo de Isabel, pareció avergonzarse un poco. Germán sonrió contento y continuó tecleando.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, no te preocupes, ¿sabes algo de mi mujer? —Germán apretó los labios.

—No, lo siento, pero lo averiguaré, tranquilo. ¿Necesitas algo?

—Que demuestres que soy inocente.

—Lo conseguiremos, no te preocupes.

—Lo sé, si hay alguien que puede hacerlo eres tú. Pregúntame lo que quieras Germán, sé que necesitas saberlo todo para poder averiguar lo ocurrido.

—Está bien. ¿Amenazaste de muerte al menos un par de veces a Vicente Soria?

—Sí.

—¿Lo hiciste porque se acostaba con tu mujer? —no podían andarse con tonterías, tenían mucho de qué hablar, y muy poco tiempo.

—Sí, fue una estupidez, me fui de casa porque estaba enfadado, pero tú me conoces, jamás mataría a nadie, fuera cual fuera la provocación. Yo no lo maté, es una encerrona.

—Nos está ayudando Samaniego, gracias a él podemos dedicarnos a investigar lo tuyo—silencio, durante unos segundos parecía que Amaro estaba pensando qué contestar

—No esperaba que nadie, excepto tú, creyera en mi inocencia. Dale las gracias de mi parte.

—Mejor que no sepa que hemos podido hablar, no queremos meterle en líos.

—Claro

—Otra cosa, ha estado mirando los expedientes de los presos que has

encarcelado, y hay uno que acaba de salir a la calle, hace solo tres meses. Eran dos hermanos, pero uno ha muerto de cáncer, el otro es Tobías Gutiérrez “El Depredador de Lavapiés”. Iba diciendo que te arruinaría la vida en cuanto saliera, ¿crees posible que tenga algo que ver? —debió pensar unos segundos porque dejó de escribir.

—Puede ser. Me había olvidado de él, no sabía que había salido. Sí, es un elemento de cuidado, convendría que lo investigaras.

—Lo haré, tengo alguna pregunta más... ¿utilizaron tu pistola para el asesinato?

—Creo que sí, cuando me pidieron que les diera la pistola y la placa, me acompañaron al despacho y fui a cogerla del cajón, que estaba cerrado con llave, pero allí no estaba, y como habían eliminado el número de serie...

—Pero ¿no te la llevaste el día anterior? —eso era muy importante,

—Sí, se lo dije, que la mía no podía ser porque yo nunca la dejaba en la comisaría, de hecho, recordaba habérmela llevado, pero ahora ya no sé qué pensar Germán...dudo de todo.

—En el informe ponía que había aparecido en el maletero junto al cadáver.

—Sí, los de Asuntos Internos me hicieron abrirlo, estaba el muerto y al lado la pistola.

—También dice que a la hora que falleció Vicente Soria, tú estabas solo en un apartamento en el que te alojabas desde hacía semanas,

—Sí.

—¿No hay nadie que pueda confirmarlo?

—No

—De acuerdo, otra cosa ¿se te ocurre dónde puede estar tu mujer?

—Puede estar en la cabaña

—¿Qué cabaña?

—La que tenemos en Canencia.

—No sabía que tuvierais una cabaña.

—Es de Catalina y de su hermana, la heredaron de sus padres, pero por temas familiares está sólo a nombre de Eugenia. No sé la dirección exacta, aunque sé ir por supuesto.

—Está bien, la buscaré. ¿hay algo más que necesites?

—Sólo que hagas justicia, y que cojas al hijo de puta que me ha hecho esto.

—Lo haré jefe. Volveré, guarda bien la pinza. Mañana no creo que podamos venir, pero si te parece, espéranos pasado a la misma hora.

—De acuerdo, y gracias Germán.

—De nada.

Cortaron la comunicación y se hizo el silencio en el grupo, mientras Natalia arrancaba la furgoneta y salían de allí.

NUEVE

Al final, aceptaron la invitación para quedarse unos días en casa de Roberto y Natalia. Roberto se había ido la noche anterior a trabajar, ya que tenía guardia en el Centro Nacional de Toxicología, y dejó a los tres hablando relajadamente hasta las tres de la mañana,

—¿Queréis que os eche una mano con la investigación?, sé que, sin los recursos de la comisaría, va a ser difícil sacarla adelante, sin las bases de datos, y sin un lugar fijo donde trabajar...—se encogió de hombros—podéis utilizar esta casa como vuestra oficina, además, para cualquier otra cosa en la que os pueda ayudar, contad conmigo.

—Natalia, no quiero que tengas problemas por mi culpa, entre otras cosas porque Roberto es capaz de caparme—la mujer de su mejor amigo lo miró, como si estuviera valorando si se cachondeaba de ella.

—Roberto está de acuerdo conmigo, lo digo en serio Germán.

—Ya—la miró fijamente, pero ella le mantuvo la mirada—está bien, déjame que lo piense, mañana hablamos—ella asintió y bostezó, todo seguido

—Me voy a la cama, no aguanto más.

—Buenas noches, y muchas gracias Natalia—los dos se despidieron de ella agradecidos, encima de la mesa junto al sofá les había dejado un rato antes las llaves de su coche, para que lo utilizaran mientras lo necesitaran. Además, se había guardado las llaves de la casa de Isabel para encargarse, al día siguiente, de ir a buscarle un bolso con ropa.

Tanto Isabel como Germán estaban derrumbados sobre el sofá, bebiendo un par de chocolates que les había preparado antes de irse a la cama.

—Deberías dejar que nos ayudara, es una excelente investigadora. La

he visto trabajar mientras no estabas, y es muy buena, muy profesional.

—Estoy seguro, pero te digo lo mismo que a ella, déjame que lo consulte con la almohada.

—De acuerdo—se fueron a dormir a la habitación de invitados, y en cuanto se tumbaron, se quedaron fritos. Germán aguantó el tiempo suficiente para poner la alarma de su móvil, estaba tan cansado que no se fiaba de sí mismo para despertarse sólo.

Parecían haber pasado cinco minutos cuando escuchó el sonido del teléfono, maldijo en voz baja y lo apagó. Isabel levantó la cabeza, lo miró con cara de odio, estado que solo se le pasaría si desayunaba, y metió la cabeza bajo la almohada mientras lo amenazaba,

—Apaga eso, o te pego un tiro—él se colocó de costado y admiró su cuerpo perfecto, para él al menos lo era. Apoyando la cabeza en su mano se sorprendió de haber podido vivir sin ella, aunque fueran tres meses, y de haber pensado, en un momento de enfado, que podría hacerlo durante más tiempo, cuando Isabel significaba la felicidad para él. Se estiró al levantarse, preparándose para lo que tenía que hacer, ahora comenzaría lo que ocurría siempre que dormían menos de seis horas, la destapó y la cogió del brazo izquierdo para levantarla.

—¡Ni se te ocurra!, ¡no me toques! —mientras ella empezaba a nombrar a todos los ancestros familiares de Germán resistiéndose, la cogió en brazos y la llevó a la ducha. Había descubierto hacía mucho tiempo que era la única manera, cuando estaba tan cansada, de levantarla.

La duchó esquivando los golpes que le lanzaba de vez en cuando, y luego lo hizo él, mientras ella seguía apoyada contra la pared de la ducha de pie, con los ojos cerrados. A ratos parecía dormir, pero él se mantuvo vigilante por si acaso, porque en alguna ocasión que se había confiado se había llevado un bofetón por sorpresa, luego le puso el albornoz.

—Vamos a desayunar—la llevó de la mano hasta la cocina, donde Germán se sorprendió al ver a Natalia, que lo miró, divertida, al escuchar la única palabra que dijo su amiga,

—Mierda—luego observó cómo Isabel, enfurruñada como una niña, se sentaba y apoyaba la cabeza sobre los brazos, Germán se acercó a su anfitriona,

—No tenías que haberte levantado—observó el estupendo desayuno que les había preparado

—Es para sobornarte y que digas que sí. Quiero ayudar Germán, sois parte de nuestra familia, y si yo tuviera problemas, me gustaría poder contar con vosotros,

—Está bien, está bien, de acuerdo, ya lo había decidido, pero me dejo sobornar encantado—hizo una mueca— voy a despertar a la fiera—llenó una taza de café con leche y se la llevó, pasándola varias veces bajo la nariz de Isabel, que levantó la cabeza y le miró con los ojos entrecerrados y cara de mala leche.

—Toma amor mío—ella le arrancó la taza de las manos, y después de gruñir algo parecido a un “gracias” comenzó a beber, Germán se retiró divertido a por un plato con comida.

Natalia movía la cabeza incrédula, por más veces que viera el comportamiento de su amiga recién levantada cuando había dormido poco, nunca dejaría de asombrarla. Habitualmente era encantadora, tranquila y muy educada, pero cuando estaba así, era mejor no acercarse, el único que se atrevía y la sabía llevar, era Germán. Éste puso un plato de comida ante Isabel, y cuando se lo hubo terminado, y estaba con la segunda taza de café, se volvió a comportar como un ser humano,

—Gracias Germán—él, que estaba desayunando junto a ella y frente a Natalia, se inclinó y la besó en la mejilla. Los dos se sonrieron, al igual que

Natalia, feliz de verlos juntos de nuevo—he estado pensando, ¿No podría Natalia investigar lo de la tarjeta de Ávila? —Germán negó con la cabeza y ella entendió por qué antes de que dijera nada,

—Es verdad, es imposible que consiga nada de un banco—miró a Germán, sabiendo que se le había ocurrido lo mismo que a ella

—No creo que sea buena idea...—dejó la frase sin terminar mirándola.

—A mí sí, ¿por qué no?, así no tenemos que ir a la comisaría, y los de AAI no nos pueden seguir el rastro.

—Le estamos pidiendo que cometa un delito—Natalia miraba a los dos sin intervenir, porque no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—Germán por favor!, ¡venga ya!, ¿y lo de ayer con el dron no lo fue?

—Tienes razón—suspiró con fuerza aceptando la realidad, al parecer no tenían otra opción— pero nos dijo que no le llamáramos ni le mandáramos un whatsapp, y no creo que nos dé tiempo a ir hoy, he quedado con el Guardia Civil de Ávila—Natalia por fin se enteró de lo que querían decir, así que decidió intervenir,

—Dime lo que necesitas que haga, y luego me acerco a su casa, y se lo digo. Así, cuando volváis, os podéis pasar por allí. Adelantaríais tiempo...— sugirió

—Sí, está bien—Germán asintió — luego te apunto los datos de la tarjeta y el titular, y lo que necesito que averigüe.

Tardaron algo más de una hora en llegar a Sanchidrián, pueblo de Ávila donde había ocurrido el asesinato, por el camino, Germán aprovechó para pensar en el caso, ya que no le había dedicado nada de tiempo,

En esta ocasión, conducía Isabel, ya que él se lo había pedido, porque necesitaba pensar sin distraerse con nada. Por ese motivo Isabel, que ya lo conocía, había puesto una emisora con música relajante. Estaba dándole

vueltas a todas las posibilidades en su cabeza, mientras miraba abstraído por la ventanilla, cuando lo interrumpió,

—La gasolinera nos pilla de camino ¿quieres ir primero?

—No, quiero ver el lugar donde se cometió el asesinato, además mientras le decías a Isabel las cosas que necesitabas de tu casa, he hablado con el investigador, un tal Israel, que nos estará esperando. Cuando llegemos nos llevará hasta la casa y nos abrirá. Me ha dicho que sigue todo precintado, ya que aparte del marido, no vivía nadie más en ella.

—¿La esposa no tenía familia?

—Sólo una tía y un par de primas, que aseguran que el asesino es el marido—sonrió irónicamente mientras la miraba—pero no sé si esa declaración la inspira la verdad, o el fondo de inversión de un millón de euros que le dejaron los padres a la chica, más la casa y las tierras.

—Eres un cínico—acusó sonriente Isabel.

—Sí, lo reconozco, el que no se vuelva cínico después de años investigando asesinatos, debe ser mucho más inteligente que yo—ella lo miró por un momento por encima de sus gafas de sol, pero no hizo ningún comentario. Él volvió a mirar por la ventanilla más tranquilo, Isabel poco a poco volvía a ser ella misma, bromista y fuerte, y él sentía algo que se parecía sospechosamente a la felicidad, a pesar de todo.

—¡Para, para! —la gritó, y ella frenó bruscamente. Estaban ante un puesto de la Guardia Civil que parecía una vivienda normal, porque la pintura de las letras con el nombre de la Benemérita estaba casi borrada.

—Es aquí—Isabel asintió. Bajaron del coche y se dirigieron a la entrada, la puerta metálica estaba abierta, sujeta gracias a una papelera. Continuaron por un estrecho pasillo hasta que encontraron un despacho, donde había un Guardia Civil uniformado tecleando algo en un ordenador.

—Buenos días—sacaron las placas, y él se levantó para saludar. Era

joven y parecía algo nervioso.

—Buenos días, me parece increíble que hayáis venido, porque he hecho más peticiones en otras ocasiones, y nunca me han mandado a nadie— a Germán ya le había explicado que entre dos compañeros daban cobertura a veinte pueblos, y que, aunque no tenían que investigar delitos graves, con excepción de este brutal asesinato, siempre tenían mucho trabajo, a pesar de lo cual nunca habían recibido ayuda de ningún sitio.

—Nos alegramos de poder ayudar, yo soy Germán, y esta es mi compañera Martín—ella prefería, para los temas profesionales, que la llamaran así, ya que, extrañamente, tenía menos problemas por ser mujer si la llamaban por el apellido. A Germán le parecía increíble que a estas alturas siguiéramos con estos temas, pero era la realidad.

—Sí, sí, encantado—Israel les estrechó la mano sonriendo como si le hubiera tocado la lotería. Germán pensó que, si esperaba ver algo espectacular en su investigación, se iba a decepcionar.

—¿Podríamos ir ahora a ver la casa donde apareció la muerta?

—Claro que sí, por supuesto.

—¿Tenemos que coger el coche?

—Sí, porque está en una finca lejos del pueblo, esperad un momento que cojo las llaves de la casa—las cogió de un armario metálico, y luego salieron. Iba a coger su todoterreno, pero Martín le dijo,

—Si quieres vamos en nuestro coche—el Guardia Civil pareció dudar, pero enseguida asintió

—De acuerdo, además el camino está muy bien hasta allí, no es necesario un todo terreno—se subió al asiento trasero, y les fue indicando hasta llegar a la finca.

—Las tierras de los cojonudos son las mejores de toda la comarca—ellos lo miraron sin entender—perdón, es cosa de los pueblos, ya sabéis. El

mote de la familia es los cojonudos, porque eran los ricos de por aquí y se creían más que nadie, y tienen ese mote desde hace generaciones.

—Sí, sé que siguen utilizándose los mote en muchos pueblos— Germán lo había visto en muchos pueblos, Israel asintió.

—Ahora gira a la derecha, coge ese camino bordeado de chopos— entraron en un camino de tierra, mucho más ancho que el anterior, al final del cual había una verja donde comenzaba la gran finca de la difunta Amelia Vertel. Israel bajó para abrir la cancela, que estaba cerrada con una enorme cadena con candado, y esperó a que el coche pasara para volver a cerrarla.

Isabel miró a su alrededor al bajar del coche, la casa estaba a unos trescientos metros de la verja, y detrás había una gran finca. Era un sitio muy bonito, pero con los árboles tan grandes, y al estar tan aislado, daba un poco de repelús,

—Imagino que todos los de por aquí sabían que Amelia Vertel era rica, ¿tenía relación con la gente del pueblo? —Israel negó con la cabeza,

—No, a ninguno de los cojonudos les gustaba juntarse con ellos. Como se dice vulgarmente, se creían superiores, los padres y la hija, todos.

—¿Y el marido?

—Es de Ávila capital, se conocieron allí—se encogió de hombros mientras abría la puerta de la casa, que tuvo que empujar con fuerza porque estaba algo hinchada—es de la humedad, la madera, por aquí, si no se trata continuamente se estropea, y hace meses que no viene nadie—cuando consiguió abrir, los dejó pasar y continuó hablando—al principio me pareció que era el marido, no por nada concreto, quizás porque estaba muy tranquilo, y porque nadie más parecía tener motivos. Pero la coartada de él es firme, he hablado varias veces con la chica que lo atendió en la gasolinera, y sigue diciendo lo mismo. Además, es una testigo muy fiable, tiene una memoria

excelente.

—Bien, es un gusto encontrar una así, esas no abundan.

—No, imagino que no—sonrió—el dormitorio del matrimonio está al final del pasillo—mientras lo seguían, Germán seguía hablando, observando el polvo acumulado en el suelo, y los muebles.

—Y ¿dónde está el marido, ¿por qué no está viviendo aquí?

—Se ha ido con sus padres, dijo que se quedaría allí mientras terminaba la investigación. De todos modos, no creo que vuelva, decía que no podría volver a dormir aquí, después de encontrar a su mujer asesinada en su cama—Germán recordó las fotos del cadáver que había visto. La habían acuchillado mientras dormía, además habían robado todo lo que había de valor en la casa, y luego, se habían ido dejando las puertas abiertas, así las encontró el marido. La cerradura de la verja y de la puerta de la casa estaban forzadas sin violencia, pero las dos tenían un mecanismo muy sencillo, cualquiera podía aprender a forzarlas por internet. Ya en el dormitorio, observó la cama de frente y en posición diagonal, analizando las manchas de sangre que había en la pared, y miró a Isabel que se había acercado al cabecero y lo observaba a pocos centímetros.

—¿Qué opinas? —era muy observadora, además de lo obvio, le gustaba mucho como compañera, se complementaban muy bien.

—Parece que la mataron aquí, por las salpicaduras de la sangre—sacó el móvil y comenzó a fotografiarlo todo, ellos preferían hacer sus propias fotos. Isabel era la encargada de hacerlas, entre otras cosas, porque se le daba mucho mejor que a él,

—Sí, eso dijo el forense.

—Y de acuerdo con el informe, se llevaron todo lo que había de valor en la casa, hasta el televisor—Israel asintió de nuevo.

—Y las cerraduras estaban forzadas—volvió a asentir, pero comenzó a

ponerse colorado.

—No quiero llevarte la contraria Israel, vamos a investigar este asunto con todos nuestros recursos, pero tengo curiosidad. Si no encontraste ningún indicio de que hubiera algo más que un simple robo, ¿por qué piensas que es un asesinato premeditado?

—No lo sé, pero me obsesiona este caso, creo que hay algo que no he visto y que está ante mis narices—sacudió la cabeza como si no supiera explicarse mejor— me daría mucha rabia, si un asesino no fuera a la cárcel debido a mi inexperiencia—Germán lo admiró, pocos policías serían capaces de reconocer algo así.

—Está bien, eso es suficiente para mí, si tu olfato te dice que no es un robo, a mí me vale—Isabel asintió muy seria—iremos a ver a la chica de la gasolinera, y luego a Ávila al marido—el guardia les observó recorrer cada centímetro de la habitación, y abrir los cajones de la cómoda, y el armario, luego, metódicamente, hicieron lo mismo con el resto de la casa. Trabajaban cada uno en un trozo, dividiéndoselo sin hablar. Se notaba que llevaban años juntos y que cuando entraban en una habitación automáticamente cada uno se iba a un lado de ella, Germán a la izquierda, Isabel a la derecha. Y luego cambiaban los papeles y cada uno repetía lo mismo en el lado del otro, lo que suponía el doble de esfuerzo, pero así se aseguraban de que no se les pasaba nada por alto.

Por fin terminaron y se quitaron los guantes que se habían puesto antes de entrar, y salieron. Como habían imaginado antes de ir, era prácticamente imposible encontrar algo después de la cantidad de gente que habría pasado por allí, pero ellos necesitaban siempre, como se decía en el argot policial “ponerse los zapatos del asesino”, lo que era una mala traducción de una frase que solía decir la policía de Scotland Yard. Germán era de la misma opinión, si no intentas pensar como el asesino, es imposible que soluciones

ningún caso. Estaba sumido en sus pensamientos, pero escuchó el murmullo del Guardia Civil dirigiéndose a Isabel, y cómo ella le contestaba,

—Muchas gracias, pero tengo pareja—el hombre asintió incómodo, aunque parecía a punto de insistir. Germán sonrió, como un tiburón antes de morder, con todos los dientes, porque le dieron ganas de acercarse al guardia y darle una hostia. Pero no era la primera vez, ni sería la última que intentaban ligarse a Isabel delante de él, en la escena de un crimen.

—Martín, ¿nos vamos?, todavía tenemos que hablar con el marido, y luego con la testigo de la gasolinera.

—Claro, cuando quieras—se dirigió al puesto de piloto sonriendo con la cabeza baja, porque sabía que, aunque intentaba controlarse, Germán llevaba fatal los intentos de cualquier compañero de ligar con ella—entró en el coche y se puso el cinturón, Germán entró tras ella y susurró con cariño:

—Bruja, como disfrutas—ella casi suelta una carcajada, pero pudo evitarla a tiempo, porque en ese momento, entraba el Guardia Civil en el asiento trasero.

DIEZ

Fernando García no se desvió de la declaración que había hecho ante la Guardia Civil, y que había que reconocer, no había modificado en ningún momento. Estaba viviendo, junto a sus padres, en un modesto piso del centro de Ávila, y ahora mismo no tenía trabajo. Sus padres, dos pensionistas, estaban pasándolo mal por lo ocurrido a su nuera, y porque la Guardia Civil hubiera considerado sospechoso, aunque fuera al principio, a su hijo, pero Fernando parecía tranquilo. Se sentaron frente a él en la mesa donde acababa de comer la familia, en el salón, mientras los dueños de la casa se fueron a la cocina a tomar café, para dejarlos solos. Era un hombre joven, tenía treinta y dos años, bien parecido, moreno, de metro ochenta y de complexión normal, y hablaba de forma educada.

—Ese día habíamos discutido, ya se lo dije al Guardia Civil, por eso cogí el coche y me fui. Conduje sin rumbo fijo un rato, y acabé en aquella gasolinera—Germán observó los platos con los restos de comida que quedaban sobre la mesa, eran restos de cocido.

—Una comida contundente, ¿cocina bien tu madre? —él sonrió

—¡Es la mejor! —sonrió— mi pobre mujer se enfadaba mucho cuando se lo decía, pero nadie cocina como mi madre. Además, como Amelia tenía tendencia a engordar, estaba todo el día comiendo ensaladas y todo el rollo ese para adelgazar. Discutíamos mucho por eso, porque, yo entendía que ella quisiera adelgazar, pero ¿por qué tenía que ponerme a mí a régimen? —Isabel asintió comprensiva.

—Claro, te entiendo, a mí me pasa lo mismo—Germán la miró burlón, ¡a ver quién era el guapo que la ponía a ella a régimen!, él desde luego ni lo

intentaría. Nunca. Nadie que tuviera dos dedos de frente se interpondría entre Isabel y la comida.

—Entonces ¿te quedaste allí hasta las dos de la mañana?

—Sí, ya sé que es raro, pero no quería venir a casa de mis padres, luego se preocupaban un montón, y había sido una simple pelea. Ni tampoco que me vieran por el pueblo, todo son cotilleos—parecía triste y agobiado—ahora siento mucho haberme ido, claro, y cuando la encontré muerta, no se pueden imaginar, me mareé y me caí al suelo, todo me daba vueltas.

—Tengo otra pregunta ¿por qué apagó el móvil?

—Para que no me machacara a llamadas, mi mujer se ponía como loca cuando discutíamos, y luego no me dejaba en paz hasta que volvía con las orejas agachadas—Germán asintió, tenía sentido.

—¿Y no se le ocurre nadie que tuviera manía a su esposa, o incluso que la hubiera amenazado?

—No, ¡qué va! llevábamos una vida muy normal, con las únicas que no se llevaba demasiado bien era con su tía y sus primas, porque siempre le estaban pidiendo dinero y ya estaba cansada. Me había dicho que no iba a darles ni un euro más—German frunció el ceño, porque no se hablaba de eso en el informe, pero anotó en su libreta investigar a la familia de Amelia.

—Le agradezco la información, tengo su teléfono por si tenemos que preguntarle algo más—Germán se levantó—nos tenemos que ir, si se le ocurre cualquier cosa que nos pueda servir, avísenos por favor.

—Por supuesto—los acompañó hasta la puerta, y se fueron. Como hacían siempre, esperaron a estar en el coche antes de hablar, después Isabel le preguntó,

—¿Qué opinas? —él movió la cabeza, porque no estaba seguro,

—No lo sé, parece que no le moleste que le sigan preguntando lo mismo después de tanto tiempo, debe ser un tío muy paciente. Tenemos que

interrogar a Diana, la testigo, podríamos ir a verla y comer allí. Yo no sé tú, pero he estado a punto de pedirle a la madre un plato de garbanzos—ella se carcajeó como sabía que haría, y puso rumbo a la gasolinera, que se encontraba a treinta kilómetros.

Diana Blasco, la chica que trabajaba en el restaurante de la gasolinera, era una mujer joven y atractiva, rubia y con los ojos negros. También resultaba muy simpática, en cuanto los vio, les hizo una seña para que entraran y se sentaran donde quisieran. Como siempre hacían en esos casos, buscaron una mesa donde pudieran tener intimidad, aunque no había mucha gente,

—¿Quieres que haga fotos del local discretamente?

—Sí, a pesar de que luego me echas la bronca por su poca calidad, yo las haré de la carta con los precios—cuando vio que era cierto, se fue mascullando algo sobre lo friki que era.

—¿Vais a pedir algo, o solo habéis venido a hacer fotos de mi carta? — Germán levantó la mirada y la observó un momento, luego sacó la placa para que la viera,

—Queríamos hacerle unas preguntas sobre el asesinato de Amelia Vertel, pero habíamos pensado comer antes, así damos tiempo a que se vayan yendo el resto de los comensales, ¿le parece? —ella asintió sonriente.

—Claro, sin problemas, y ¿ya saben lo que quieren pedir?

—Todavía no, denos unos minutos por favor—ella se fue respondiendo a la llamada de otra mesa.

—¿Qué te ha dicho?

—Quería saber qué estábamos haciendo, la verdad es que debemos parecer bastante locos en ocasiones.

—¿Sólo en ocasiones? —ironizó ella, cogió la carta y comenzó a mirarla—¡Dios! ¡qué hambre tengo! —analizó los platos unos segundos antes

de decir—yo ya sé lo que quiero.

—Y yo—levantó la mano derecha para llamar la atención de la camarera, que vino y les tomó nota. Isabel la observó con una sonrisa impersonal,

—Parece simpática—se había ido a llevar la comanda a la cocina, diciendo que traería enseguida las bebidas.

—Sí, es verdad lo que dijo Israel, parece muy colaboradora, no se ha inmutado cuando le he dicho que luego queremos hablar con ella, y por qué.

—¿Y te parece raro?

—No—se encogió de hombros—pero yo en su lugar estaría hasta los huevos, Israel dijo que había venido unas cinco veces a hablar con ella.

—Sí, yo también estaría harta, pero hay gente que es muy respetuosa con la policía, y están hartos y no lo dicen.

—Cierto—levantó la vista hacia la camarera—muchas gracias—Diana ya estaba allí con las bebidas.

Comieron rápidamente, ya que aún tenían que volver a Madrid, y Germán quería seguir trabajando en el caso de Amaro algunas horas más. No quería restarle importancia al caso de Ávila, e intentaría dedicar tiempo a los dos, pero su prioridad era Amaro porque estaba seguro de que era inocente. Después del postre, preguntaron a Diana si podría sentarse con ellos, y ella avisó a su compañera que se encontraba tras la barra, para que estuviera pendiente de las mesas, luego se sentó frente a él y junto a Isabel.

—Muy bien, pregunten, por favor,

—¿Te importa que nos tuteemos?, eres tan joven que me parece raro que nos hablemos de usted—

—Claro—Germán solía dejar los interrogatorios, en algunas ocasiones, a Isabel, si consideraba que el interrogado se abriría más con ella. Y este parecía ser uno de esos casos.

—Muy bien, entonces te voy a preguntar por el trece de marzo pasado. Esa noche, Fernando García estuvo aquí cenando, y alargó la cena, porque, según sus palabras no quería volver a su casa, ya que acababa de tener una fuerte discusión con su mujer. Según su declaración, estuvo bastante rato hablando contigo y te lo contó—en ocasiones era mejor no hacer una pregunta directamente, sino exponer un hecho, intentando que el interrogado diera más información.

—Sí, era un hombre muy agradable, y parecía triste, como disgustado —se quedó pensativa unos segundos, como si recordara—me dijo que su mujer se ponía como una fiera cuando discutían, y que prefería estar unas horas fuera de casa—Isabel asintió comprensiva sin hablar—estuvo cenando y se quedó hasta el cierre.

—¿Cuántas horas se quedó? —la pregunta la hizo Germán, porque le había venido una idea a la cabeza

—No lo sé, llegaría como a las diez, aproximadamente, y se fue cerca de las dos, porque cuando cerramos no puede quedarse nadie dentro, y cerramos a esa hora.

—Fuiste muy amable con él porque estuvo varias horas contándote sus problemas, y a nadie le apetece escuchar tristezas durante tanto tiempo.

—Estoy acostumbrada, ¡no sabes las cosas que escucho en este trabajo!

—Me lo imagino. Y otra pregunta, según el informe, no tuviste ninguna duda para recordarle, semanas después, en la rueda de reconocimiento ¿Es así, no dudaste?

—No, lo recuerdo como si fuera ayer, porque tengo muy buena memoria.

—¡Qué suerte!

—Sí, ¿verdad? —vio una seña que le hacía su compañera—perdonad, pero se acaba nuestro turno, tengo que recoger.

—Por supuesto—se levantaron, porque ya habían pagado antes de comenzar a hablar con ella—muchas gracias Diana, has sido muy amable—ella asintió con una sonrisa y comenzó a recoger las mesas para dejarlas limpias. Germán se dirigió a ella de nuevo,

—Perdona otra vez, solo una curiosidad, ¿Te cambian el turno de vez en cuando, es decir, hoy tienes el de mañana, y ese día tenías el de noche?

—Sí, cambiamos todos los meses. Ese mes tenía el de tarde—la sonrió y se reunió con Isabel que le esperaba en la puerta.

—Es verdad que parece tener una memoria envidiable, porque acordarse de uno de tantos que vendrán diariamente...—le miró, pero Germán fruncía el ceño ensimismado, sonrió porque conocía esa expresión. Las piezas le empezaban a encajar, eso significaba que seguía conduciendo ella, así que se dirigió al asiento del piloto y arrancó sin hablar para no desconcentrar al artista.

Iba a poner música, cuando vio que él cogía el móvil,

—¿Israel? —escuchó un momento y volvió a hablar—sí, como tú decías, una testigo muy fiable. Quería preguntarte si has investigado a la tía y las dos primas de Amelia Vertel—escuchó, y luego volvió a hablar—de acuerdo, no te preocupes, haremos lo que podamos, pero mándame los datos de ellas al correo electrónico, por favor. Sí, te mantendremos informado, por supuesto, sí, adiós.

—¿Qué te ha dicho? —la miró pensativo

—Dice que no tenían ningún móvil para matarla, ya que heredaba el marido.

—Claro, es verdad—pero Germán hizo una mueca mientras movía la cabeza—¿qué pasa?

—En el caso de que el marido fuera condenado por haber matado a su

mujer, podría ser desheredado. Esa situación está contemplada por la ley, se llama “indignidad para heredar”, ella lo miró con la boca abierta un momento, y luego volvió la vista a la carretera

—¡Te lo estás inventando!, ¡venga ya! —él rio sin poder evitarlo.

—¡Que no, que es una figura jurídica que existe!, y utilizándola, si un juez lo admitiera, se podría llegar a desheredar a los herederos legales, exista o no testamento.

—¿En serio?, ¿en los casos en los que los herederos, hayan asesinado al familiar del que heredan?

—No solo en esos casos, si por ejemplo lo han calumniado, también, o en el caso de padres a hijos, por dejación de sus funciones, por ejemplo, por abandono, hay varias causas...

—¡No tenía ni idea!

—Desgraciadamente no se aplica en todas las ocasiones en que se debería, pero me da la impresión de que aquí se encargaría la familia de ella de denunciar.

—¿Quieres decir que han podido matarla ellas para que él pareciera culpable, y así poder heredar?, es algo retorcido ¿no?

—Sí, pero es una posibilidad, quiero decir, ¿quién va a pensar que son las culpables? De todas maneras, no digo que hayan sido ellas, solo es una idea, todavía no las conocemos, pero hay que pensar en todas las posibilidades—se recostó y cerró los ojos como hacía siempre que pensaba en el coche. Isabel tenía que reconocer que las mejores ideas se le ocurrían siempre cuando viajaban. En algún caso, habían cogido el coche sin rumbo, ella conduciendo, y él recostado en el asiento pensando, y había dado con la solución horas después.

Con la música haciéndoles compañía, recorrieron el camino hasta la casa de sus amigos. Abrió la puerta del garaje y aparcaron en la plaza de

Natalia, para luego dirigirse al ascensor. Mientras subían, Isabel buscó la llave que le había dado su amiga para esos días, por si volvían, y ellos no estaban en casa. Estaba cerrando cuando sonó el móvil de Germán, él lo cogió y frunció el ceño.

—Sí jefe, sí, no, acabamos de llegar de Ávila—miró a Isabel— no, todavía no tenemos nada claro, en cuanto lo tenga te lo diré. Sí, claro, adiós.

—¿No es raro que te llame por teléfono? —Germán se encogió de hombros

—Es posible que lo haya hecho para que no parezca sospechoso que no hablemos nunca.

—Es cierto, si no tuviéramos ningún tipo de comunicación también sería raro.

—¡Natalia! —se dirigieron hacia el salón, pero no había nadie, entonces les llegó su voz desde el fondo del pasillo.

—¡Hola!, ¡estoy en el despacho!, ¡venid por favor! —se acercaron a verla, Natalia se lo había montado fenomenal. La habitación tenía mucha luz, era amplia, y su sillón parecía comodísimo.

—Si tuvieras un sillón igual en la comisaría, te quedarías dormida todas las mañanas—Isabel le dio un codazo divertida y entró a hablar con su amiga. Parecía muy satisfecha, mientras esperaba a que su impresora terminara de escupir una serie de hojas,

—¡Un momento, que llevo todo el día detrás de esto! —sacó las hojas y se las dio a Isabel, que comenzó a leerlas.

—¿Qué tal vuestro día? —Germán sonrió asintiendo,

—Vamos avanzando, estamos en ese momento en el que parece que se empieza a encarrilar todo.

—Te entiendo, es una gozada, cuando las cosas comienzan a tener sentido.

—Sí—se acercó a Isabel para echar un vistazo a los papeles que estaba leyendo—es una orden de excarcelación por enfermedad.

—Sí—Natalia asintió—del Depredador de Lavapiés, tiene sida y está terminal. El informe médico asegura que no durará más de tres meses, y que los pasará en cama—Germán asintió.

—De todas maneras, quiero hablar con él, podría haber contratado a alguien para incriminar a Amaro—Isabel le pasó los papeles mientras le daba vueltas a lo que había leído. Natalia tiró de ella con suavidad mientras Germán estaba concentrado, leyendo,

—Isa, ¿podría ir yo a hablar con él?, puedo decir que soy una periodista, lo hago muy a menudo con mi trabajo, y nunca he tenido ningún problema. Además, os traería la entrevista grabada, a nadie le suele molestar que lo grabe,

—Por mí no hay problema, pero Germán...—lo miró, él que era un zorro levantó la vista y sonrió

—Me parece bien siempre y cuando llames primero, por si no te recibe bien, y que no te pongas en peligro. Si tiene ganas de conceder una entrevista, vas, sino no,

—¡De acuerdo! —Germán siguió leyendo,

—No dice nada de su familia, Natalia entérate de todo lo que puedas de su familia, amigos, de todo...

—Por supuesto

—¡Hola! —era la voz de Roberto—¿no hay nadie? —salieron los tres al pasillo, Roberto estaba en la entrada. Natalia se acercó para darle un beso ligero en los labios, y le cogió el maletín, dejándolo en el salón. Había veces que se traía trabajo para después de la cena.

—Hola chicos, ¡qué bien que estéis aquí!, tengo noticias sobre la autopsia de Vicente Soria—todos lo miraban con la boca abierta, mientras su

amigo disfrutaba. A ninguno se le había ocurrido que, en este caso, Roberto, pudiera ayudar.

ONCE

Pocos minutos después estaban sentados en los dos sofás que, uno frente a otro, acomodaban a los cuatro amigos. Natalia había traído refrescos, y estaban preparados para escuchar las novedades.

—Roberto habla ahora o calla para siempre—Germán estaba deseando, como todos, saber qué había averiguado

—Veréis, en el trabajo me he dado cuenta de que tenían que haberle hecho una autopsia completa, vamos, que nos habrían mandado todas las muestras para analizarlas. Entonces, investigué quien las había analizado, y busqué el informe, pero no estaba metido en la base de datos—miraba directamente a Germán, que fruncía el ceño—eso ocurre cuando el juez o nuestro director se lo pide específicamente al técnico, y lo suelen hacer para evitar que haya filtraciones, y principalmente, cuando el caso todavía está bajo secreto de sumario.

—Es decir que, en este caso es normal.

—Sí, entonces fui a hablar con la técnico que realizó los análisis, y me confirmó que Vicente Soria antes de recibir los disparos, había sido sedado. Es decir, que, al introducirlo en el maletero del coche, ya estaba drogado, por lo tanto, no habría habido lucha.

Germán se irguió en el asiento, no notaba cómo todos los ojos se habían vuelto hacia él, sólo imaginaba la escena,

—Eso cambia las cosas, porque era difícil creer que, sea el asesino quien sea, hubiera metido a Vicente Soria en el coche aún vivo, y matarlo luego sin que se resistiera o gritara—entrecerró los ojos pensando— pero si estaba inconsciente, lo metieron en el maletero y luego lo mataron sin que se llegara a despertar. Utilizarían un silenciador, por supuesto, y vaya sangre fría

hacerlo en el garaje del edificio donde estaba Amaro—murmuró.

—¿Fue allí donde lo hicieron? —Natalia había sentido esa curiosidad desde el principio

—Sí, he sabido que la hora de la muerte fue de madrugada. Tuvo que ser en el garaje donde el dejaba el coche, porque él dijo que a esa hora estaba en el apartamento. En cuanto a las llaves del coche, al asesino no le hacían falta, con cierta experiencia, nada más fácil que abrir un maletero. Lo que demuestra que estaba todo planificado desde hacía tiempo.

—Pero—Natalia miró a sus amigos—la pistola..., decíais que estaba al lado del cuerpo.

—Sí, eso es un problema, desde luego—miró a Roberto—¿os han pasado detalles del resto de la autopsia?, sé que es habitual, por si alguna de las muestras da algún resultado extraño para que lo tengáis en cuenta,

—Sí, solo hay dos cosas reseñables, una es que murió por efectos de uno de los dos disparos, lo que es lógico ya que los recibió en la cabeza, y la segunda, es la confirmación de que lo mataron en el maletero. Al parecer hubo dudas, al principio, sobre si lo habían movido post-mortem, pero no es así, las manchas de sangre del coche son claras, el asesinato se produjo allí.

—Entiendo, gracias Roberto—su amigo negó con la cabeza.

—No te preocupes, le he dicho a la técnico, que, si le vuelven a enviar algo, o se entera de lo que sea, que me lo diga—Germán asintió, y miró al resto,

—Habría que llamar a Leo por lo de la tarjeta, Isabel ¿quieres hacerlo tú? —ella sonrió asintiendo

—¡Qué malo eres Germán! —Natalia sonreía—cómo utilizas el atractivo de Isa cuando te interesa—él sonrió con inocencia

—No sé a qué te refieres—Natalia le miró con las cejas enarcadas, pero no dijo nada porque Isabel estaba hablando, aunque volvió en unos segundos.

—Dice que todavía no tiene nada, pero que no porque no haya podido entrar en el sistema informático del banco, sino porque le ha surgido un trabajo muy urgente, y ha tenido que posponer nuestro encargo.

—¿Qué trabajo puede ser más urgente que esto? —Isabel lo miró burlona

—Nada, una tontería—se rio al pensar en la cara que iban a poner todos — se ha estropeado un satélite de comunicaciones y le han pedido ayuda. Está trabajando con otros genios como él, pero de otros países—todos se quedaron con la boca abierta, mientras Isabel disfrutaba,

—Me ha tenido que colgar porque estaba hablando con la NASA y con la Agencia Espacial Europea a la vez, además de con los otros cerebritos—sonrió divertida mientras se sentaba—no me importaría estar ahora mismo en su casa viendo lo que ocurre. Este chico tiene una vida increíble, me ha explicado que tiene un teléfono solo para las urgencias de los satélites, y que le pagan una cantidad fija al mes, solo por estar siempre disponible. Aparte luego les factura las horas efectivas de trabajo.

—Después de todo, lo que está haciendo sí parece importante, tendremos que esperar—reconoció Germán, alucinando como todos los demás.

Un par de horas después, Roberto y Natalia habían salido, y Germán e Isabel estaban en el salón ordenando los datos como solían hacer en todos los casos. En esta ocasión trabajaban con el de Ávila cuando a él le sonó el móvil porque entraba un whatsapp, era de un número desconocido, sintió cómo el corazón se aceleraba, y volvió a leerlo despacio,

—¿Qué pasa? —Isabel había notado la tensión que se había apoderado de él, se inclinó hacia la pantalla y leyó en voz alta—“Solo espero que pase todo esto, y podamos volver a comer otra paella en familia”—miraron fijamente el teléfono, pero se había quedado mudo, no había más mensajes.

Luego desvió la mirada hacia Germán—¿de quién es?

—De Catalina, la mujer de Amaro.

—¿Hay alguien a quien podamos pedir que investigue el teléfono?, no podemos hacerlo desde la oficina—a pesar de que habían revisado esa tarde la casa de sus amigos y no había micrófonos, Isabel sentía la necesidad de hablar en susurros.

—No, el único que podría ayudarnos es Leo, pero evidentemente no es el momento, además, estoy seguro de que han apagado el teléfono después de mandar el mensaje—miró hacia la pared—¡espera!, ¿qué dijo ayer Amaro de una cabaña? —ella miró sus notas,

—Sólo que estaba a nombre de su cuñada, aunque pertenecía a la familia, pero no donde estaba.

—Hay que mirar en el Registro de la Propiedad.

—¿En cuál de ellos? —él movió la cabeza,

—Tendremos que ir primero al General, el de toda España, y luego desde allí que nos dirijan al que sea. Iremos mañana, ahora es imposible.

—¿Y si hacemos la petición online?

—Tardarían un par de días en darnos los datos, así, si nos dicen en qué provincia está la vivienda, podemos ir al Registro correspondiente, y conseguir la dirección en el momento.

—Me parece que tú sueñas.

—Venga, no seas pesimista—se estiró, aún sentado en la mesa—estoy agotado, pero podríamos hacerles algo de cena a Natalia y a Rober, ¿no te parece?

—Bueno, hacérsela o pedirla—él rio al escucharla,

—No te preocupes, quiero que nos sienta bien a todos, así que cocinaré yo.

—Muy gracioso—pero tenía razón, era pésima cocinando.

—Si, ¿verdad? — se levantó, y cogiéndola por sorpresa hizo que echara su cabeza hacia atrás para estamparla un beso largo y húmedo, que provocó que ella se sintiera temblar por dentro, y luego se fue tan tranquilo a la cocina.

—Voy a ver que encuentro que pueda aprovechar, dentro de nada será la hora de cenar—Isabel apoyó la cabeza en su mano derecha, mientras observaba como se movía caminando por el salón hasta desaparecer, cuando lo hizo, suspiró y volvió la vista a su ordenador. Le acababa de llegar un correo con el informe de los Tedax, lo leyó y luego siguió a Germán a la cocina, y se quedó de pie en el umbral mientras observaba cómo sacaba la comida de la nevera.

—Tenemos el informe de los Tedax sobre la explosión.

—¿Tan pronto? —se giró asombrado, era imposible.

—Sí, bueno, es un primer informe, pero bastante concluyente, dice que fue provocado por una fuga de gas.

—¿Quién lo ha mandado?

—No reconozco el correo y no pertenece a la policía, pero creo que ha sido Samaniego, parece que sigue decidido a ayudarnos—Germán asintió y comenzó a pelar patatas, Isabel se fue a traspasar al ordenador todos los datos de su libreta. Era algo que siempre le servía, le ayudaba a poner en orden su cabeza.

Los dueños de la casa llegaron justo a tiempo, Germán había terminado de preparar la cena, y todos disfrutaron de ella dándose un descanso de la investigación. Después de cenar, todos ayudaron a colocar la compra que habían traído de un conocido supermercado. Roberto y Natalia, como era habitual, estaban discutiendo o más bien, él intentaba protegerla y ella no se dejaba, sobre todo si era algo que tuviera que ver con su trabajo. El problema parecía ser la visita que iba a hacer al día siguiente al “Depredador”, Germán

no quería verlos discutir y menos por algo que tenía que ver con él,

—Escuchad, por favor—intervino porque parecían a punto de enfadarse de verdad—iremos nosotros a hablar con él— Natalia estuvo a punto de hablar, pero se anticipó—escucha Natalia, Roberto tiene razón, era un individuo muy peligroso, te dije que podías ir, pero es un error. Aun así, nos puedes ayudar con otro tema, ya tengo los datos de la tía y las primas de Amelia Vertel. Creía que íbamos a tener que ir Ávila para hablar con ellas, pero las direcciones son de Madrid. ¿Quieres comenzar tú a investigarlas? — Natalia parecía a punto de pelear, pero echando un vistazo al gesto adusto de Roberto, lo pensó mejor y asintió, aunque continuó guardando las cosas en los armarios callada y con más energía de la habitual. Germán e Isabel, en vista de la situación, recogieron la cocina y se despidieron yéndose a acostar.

—Qué desagradable cuando estás en casa de un amigo y discute con su mujer, ¿verdad? —él asintió mientras se lavaba los dientes y miraba cómo ella se extendía una crema por la cara. Le encantaba observar todos los rituales nocturnos que realizaba antes de irse a dormir. Le tranquilizaba, se sentía en casa.

Tenía razón Germán al querer estar a primera hora en el Registro General, una vez allí hicieron la petición por escrito y le comentaron al funcionario que les atendía, que tenían prisa. Media hora después, les dieron dos resultados, ambos en Madrid, una correspondía a la casa que había volado por los aires, y otra estaba en Canencia.

—Lo tenemos—le susurró a su compañera—vámonos—le dieron las gracias al señor que les había atendido, y se fueron casi corriendo.

—¿Conduzco? —él asintió, estaba deseando poder hablar con Catalina, además, esa noche tenían que volver a contactar con Amaro, y esperaba poder transmitirle algo de optimismo.

La carretera, desde que salieron de la A1, era comarcal, y cuando llegaron al pueblo, nadie supo decirles dónde estaba la cabaña. A todos los que les preguntaban por una cabaña, se encogían de hombros y movían la cabeza negativamente. Después de recorrer todo el pueblo un par de veces, se quedaron aparcados ante varias hileras de chalés individuales. Todos tenían una placa con el nombre que le habían dado los propietarios, intentando de esa manera hacerlos parecer distintos unos de otros, aunque sin conseguirlo. Germán observó los tres que veían desde el coche, y recitó en voz alta,

—Skywalker, Triana y La Pelos—sonrió divertido—me dan ganas de pasearme delante de todos para ver los nombres, parece que se han puesto de acuerdo los propietarios, para ver quién ponía el nombre más llamativo—frunció el ceño—estos son los únicos chalés que hemos visto, ¿no? —Isabel estaba volviendo a leer la nota simple. Germán se bajó del coche

—Espera un momento—se paseó por la primera hilera leyendo los nombres, y luego pasó a la segunda, Isabel se impacientó, pero diez minutos después, estaba de vuelta.

—Tercera hilera, vamos, uno de ellos se llama La Cabaña—ella sonrió incrédula, aunque le viera actuar durante veinte años, nunca tendría bastante. Siguió sus indicaciones, y aparcaron justo enfrente del chalé, bajaron, y Germán llamó al timbre. Debían estar esperándolos, porque enseguida contestaron por el telefonillo, preguntando quienes eran,

—Catalina, soy Germán—instantáneamente, la puerta se abrió, y él la empujó dejando pasar primero a Isabel, luego lo hizo él y cerró la puerta con suavidad. De la casa no salió nadie, pero habían dejado la puerta de la entrada abierta. Isabel hizo una seña para coger la pistola, pero él negó con la cabeza y pasó primero.

Catalina estaba de pie, apoyada en una silla, y dio un pequeño grito en cuanto lo vio, un perro de aguas se enredó en los pies del policía, a la vez que

tuvo que aguantar el peso del cuerpo de la mujer, que se echó en sus brazos sollozando sin control. Germán la abrazó intentando consolarla, mientras observaba a la que era su hermana sin duda, ya que también era pelirroja con ojos negros y tenía las mismas pecas. Isabel y ella se saludaron,

—Catalina cálmate por favor, ven, vamos a sentarnos—ella asintió y lo miró. La observó con atención, los pocos meses que hacía que no la veía, no la habían tratado bien, al igual que a Amaro. Cuando se sentaron, su hermana trajo una bandeja con una cafetera y una caja de cartón blanco.

—Os hemos traído los bollos típicos del pueblo, son de hoy, espero que os gusten. Catalina me dijo que vendrías hoy, estaba segura. Yo le dije que con lo poco que te decía en el mensaje era imposible, pero ella me respondió que no te conocía—le sonrió—y tenía razón.

Sirvió café para todos, dejando la leche aparte y el azúcar, para que cada uno se pusiera lo que quisiera. Germán esperó a que se calmara, a pesar de que necesitaba hablar con ella urgentemente,

—Por cierto, yo soy Germán, y ella es mi compañera Isabel—se dieron la mano,

—Yo soy Eugenia—él sonrió

—Las dos lleváis los nombres de una zarina y una emperatriz.

—Sí—sonrió sorprendida por el comentario—mi madre era profesora de historia, le encantaba.

—Germán—se giró hacia Catalina, que parecía haber dejado de llorar, al menos de momento.

—Dime.

—Tenemos que hablar, pero ¿podríamos hacerlo a solas? —él asintió y echó un vistazo a Isabel que se levantó y se fue después de echarle una mirada, siguiendo a Eugenia.

El perro se fue con ellas, no se había separado en ningún momento de la hermana de Catalina, debía ser su dueña.

—Ya estamos solos. Cuéntame.

—Tenía miedo de que no te ocuparas del caso, estaba muy asustada

—Catalina, perdóname, pero es muy importante que me cuentes rápidamente lo que sepas. Seguro que sabes que Amaro lo tiene muy complicado.

—Sí, lo sé, no sé por dónde empezar.

—Si no te importa, prefiero preguntarte yo, así iremos al grano, pero si tienes la necesidad de contarme cualquier otra cosa, me alegrará escucharte, por supuesto.

—Está bien.

—Veamos, Catalina, te voy a preguntar sin pelos en la lengua, ¿lo entiendes?, y si quieres que ayude a Amaro, tienes que ser muy sincera.

—Por supuesto

—Bien, empecemos. He leído en el informe que Vicente Soria, el hombre de cuyo asesinato acusan a Amaro, era compañero tuyo en la clínica dental.

—Sí, éramos compañeros desde hacía años, era una buena persona, se había divorciado hacía unos meses, y...—se encogió de hombros—siempre me decía que me apreciaba mucho, yo sabía que quería algo conmigo, pero tú sabes cuánto quiero a Amaro—Germán esperó a que ella se lo explicara, quería entender bien lo ocurrido.

—Amaro desde hacía tiempo no era el mismo, sólo vivía para el trabajo. Venía muy tarde a casa, y directamente se iba a dormir, todo este tiempo ha sido muy duro—suspiró para no volver a llorar—Vicente comenzó a invitarme a comer, y no ocurrió nada durante unas semanas, pero los dos estábamos muy solos. Él sabía que yo no le quería, pero me dijo que se había

enamorado de mí, y que aprovecharía lo que pudiera darle—se encogió de hombros—sé que fui muy egoísta. Ahora, mirándolo desde la distancia, creo que lo hice para que mi marido reaccionara.

—¿Qué hizo Amaro cuando se enteró? —volvieron a humedecérsele los ojos,

—Tú sabes lo buena persona que es, bajo todos esos gruñidos. Cuando se lo dije, porque no podía soportar seguir engañándolo, me miró con una gran tristeza y se fue a la habitación cerrando la puerta. Yo me quedé en el salón, había esperado escuchar muchos gritos o muestras de enfado, pero no eso. Un rato después salió con una maleta y me dijo que se iba un tiempo, que no quería seguir viviendo conmigo de momento, que tenía que pensar. Cuando salió de casa, me sentí como si le acabara de clavar un puñal en el pecho.

—¿Qué pasó después?

—Nada, hablábamos para cosas cotidianas, normales, yo hablé con Vicente y le dije que no podía seguir con él. Unos días sin mi marido me hicieron darme cuenta de cuánto lo quería. Poco después me llamaron unos compañeros vuestros para hablar conmigo, y vinieron a casa, eran de Asuntos Internos, y me dijeron que Amaro había matado a Vicente. Yo no lo creí por supuesto, entonces me explicaron todas las pruebas que había contra él. Llegaron a enseñarme fotos de las pruebas, incluso de su pistola para que la identificara, aunque me dijeron que le habían borrado el número de serie, pero que no había duda de que era la de Amaro. Querían que yo testificara en el juicio, aunque solo fuera para decir que tenía una relación con Vicente.

—Me imagino que, al final, te convencerían de que era culpable—ella se irguió y le miró atentamente.

—Al contrario, al ver su pistola supe que no era la de mi marido—le cogió por el brazo—Germán, esa no es el arma de Amaro.

—¿Cómo puedes saberlo?, si tiene borrado el número de serie, todas las pistolas que tenemos los polis son iguales—ella sonrió irónica ante su afirmación.

—Porque la de Amaro tiene una marca junto al gatillo, aunque nadie sabe que la tiene, ni siquiera él mismo.

—¿Y eso? —Germán tenía los ojos como platos, y más al ver que ella parecía avergonzada.

—Fue una época terrible, poco antes de que le cambiaran a la brigada de homicidios,

—¿Cuándo era negociador? —Germán había oído hablar de esa época, le habían dicho que Amaro fue una estrella entre los negociadores, pero que hubo un incidente que hizo que le trasladaran al puesto actual.

—Sí, le avisaron para que fuera a una comisaría, uno de los detenidos, nunca supieron cómo, había robado un arma, y tenía retenidos a dos agentes novatos. Desgraciadamente, llamaron a Amaro. ¿No te lo ha contado?

—No. Sé que le ocurrió algo, pero nunca he sabido qué, si él hubiera querido decírmelo lo hubiera hecho, pero ahora cuanto más información consiga, mejor.

—Fue a trabajar como tantas otras veces lo había hecho, pero, aunque estuvo varias horas hablando con el delincuente y le intentó convencer para que entregara el arma, mató a los policías y luego se suicidó. Mi marido nunca se perdonó por ello, estuvo de baja muchos meses, y finalmente, cuando se incorporó al trabajo, pidió dejar de ser negociador. Esa época, mientras estuvo en casa de baja, fue horrible—suspiró recordando—un día que acabábamos de discutir, él se fue a dar un paseo para intentar tranquilizarse. Yo estaba muy enfadada con él y con su trabajo, así que cogí la pistola de la caja fuerte donde la guardaba descargada, y la lancé contra la pared del salón con todas mis fuerzas, esperando que se rompiera en mil

pedazos y tuviera que justificarlo ante sus jefes—le miró arrepentida—ya lo sé, fue una niñería—resopló—pero a la puñetera pistola no le pasó nada, y, sin embargo, menudo boquete me dejó en la pared. Cuando fui a recogerla, la puse bajo la lámpara con la que suelo coser sin creerme que no le hubiera pasado nada, y vi que le había quedado una marca, casi no se notaba, pero estaba junto al gatillo, aunque Amaro nunca se dio cuenta. Esa marca no está en la pistola con la que mataron a Vicente, me fijé muy bien en las fotografías.

Germán sonrió como hacía días que no lo hacía, ¡por fin una buena noticia!

DOCE

—**P**ero entonces—Isabel estaba indignada, después de que le contara lo que le había dicho Catalina— no entiendo nada, ¿para qué le quitan la pistola si no van a matar a Vicente con ella?

—Esa es una excelente pregunta y si encontramos la respuesta adecuada, estaremos muy cerca de resolver el asesinato. Pero hay más cosas inexplicables en este caso, como que los de Asuntos Internos supieran dónde estaba el muerto, por lo que me has contado fueron directamente a mirar en el coche de Amaro—tenía el entrecejo fruncido—voy a llamar a Samaniego para que me ponga en contacto con su yerno, a ver si consigo enterarme de por dónde les llegó la información. Y otra cosa, necesito los expedientes antiguos de los dos polis muertos, en aquel incidente del que me ha hablado Catalina—Isabel asintió mientras conducía—pero no creo que los pueda conseguir Leo, ¿puedes pedírselo a aquel amigo que tienes en la otra comisaría?, no quiero que sepan que hemos entrado en ellos—se pasó la mano por el pelo—por cierto, que habrá que pasarse por la oficina en algún momento, por lo menos para aparentar que vamos a darle información a Samaniego, se supone que estamos trabajando bajo sus órdenes.

—Podemos ir ahora y le pides el teléfono del yerno.

—De acuerdo, luego vamos a ver al Depredador, a ver si está tan enfermo como parece.

Una vez en la comisaría, mientras subían en el ascensor, Germán le dijo,

—No se te ocurra decir dónde estamos viviendo

—Me jode mucho que me tomes por tonta—Germán sonrió, era como un reloj, con la frase adecuada se cabreaba. Y él disfrutaba demasiado

viéndola, como para dejar de pincharla de vez en cuando. Se dirigieron al despacho de Samaniego, pero antes de llegar, a través de los cristales, pudieron ver que estaba hablando con los de AAI, Isabel se giró hacia él y le susurró, mientras ambos ralentizaban sus pasos

—¿Qué hacemos?

—Tranquila, continuemos como si nada, si cuando nos vayamos nos quieren seguir, tendremos que despistarles, pero ahora no podemos dar marcha atrás porque nos han visto el resto de los compañeros—ella echó un vistazo alrededor, los seis u ocho polis que estaban con el ordenador o al teléfono, habían dejado lo que estaban haciendo para observarlos. Sonrieron, y continuaron andando hasta llegar al despacho acristalado de Samaniego, donde Isabel llamó a la puerta y esperaron. El jefe los miró con cara de desconcierto, Germán se había dado cuenta de que ir había sido un error, pero ahora solo les quedaba echarle cara. Samaniego gritó la orden de que entraran y lo hicieron,

—Buenos días, perdón por la interrupción—Germán, al contrario de lo que solía hacer, pasó primero, intentando proteger inconscientemente a Isabel con su cuerpo. Los tres hombres se habían levantado y los miraban atentamente, José Luis Peña con el ceño fruncido y su compañero Kiko y Samaniego con una sonrisa—todos respondieron a su saludo—jefe, cuando quieras, veníamos a comentarte algunos datos sobre la investigación de Ávila.

—Por supuesto.

—¿Te parece que esperemos fuera? —hizo ademán de salir, pero Kiko, el más joven de la pareja de los de AAI, se levantó y dijo

—No os preocupéis, nosotros hemos terminado—miró a su compañero que no se movía—vamos Pepe—José Luis Peña finalmente se movió, aunque claramente en contra de su voluntad.

—Os lo agradecemos, porque tenemos que volver a Ávila—Germán sonrió mintiendo con desfachatez, y estrechó la mano de Kiko, que se despidió de él y de Isabel, y que se fue casi arrastrando a su compañero. Samaniego se sentó con gesto adusto, y nadie dijo nada, conscientes de los micrófonos que escuchaban. Germán se acercó con su libreta y escribió:

“Necesito el teléfono de tu yerno, tengo varias preguntas imprescindibles para poder avanzar” —Samaniego asintió y le apuntó el nombre, Dani, y un teléfono, que copió del móvil.

“Muchas gracias, nos vamos, será mejor para ti que no te cuente nada”—Samaniego parecía a punto de decir algo, pero lo pensó mejor, y asintió, entonces Germán comenzó su historia, que iba inventando sobre la marcha:

—Todavía no estamos seguros al cien por cien, pero parece cosa del marido. Aunque hemos descubierto que hay otras personas con móvil, y a quienes no se les ha interrogado todavía, así que es el siguiente paso que vamos a dar.

—¿Crees que podrás resolverlo? —Germán sonrió Samaniego lo preguntaba en serio, y no parecía creer que lo hiciera.

—Creo que sí, en pocos días—Isabel lo miró fijamente, pero no dijo nada.

—Está bien, pues tómate los que necesites, por supuesto.

Salieron enseguida, ya en el ascensor, se inclinó hacia Isabel y le dijo:

—Estoy seguro de que esos dos están apostados en la salida, esperándonos. Esto ha sido un error, pero teníamos que venir a preguntarle lo del yerno, lo que no podíamos hacer por teléfono eso está claro. Los despistaré en la M-30, ¿te importa que coja yo el coche? —ella se pegó a su oído para contestar.

—Lo prefiero—asintieron y salieron al garaje andando tranquilamente, Germán colocó el asiento y los espejos, ya que era quince centímetros más alto que Isabel.

—¿Estás preparada?

—Cuando quieras—los dos se habían puesto gafas de sol, aunque el día no era excesivamente soleado, luego, Germán metió primera e hizo que el coche saliera del aparcamiento con suavidad. Mientras él se encargaba de conducir, ella observó la calle sin mover la cabeza, ayudada en parte por los espejos del coche, hasta que detectó el vehículo que los seguía.

—Es un Megane gris—los vio al pasar junto a ellos—luego siguió observándolos con el espejo de cortesía del copiloto—se han incorporado a nuestro carril, están a dos coches de distancia.

—Tranquila, voy a dejar que nos sigan hasta la carretera.

—¡Qué torpes!, ni siquiera se han cambiado por otros compañeros que no conociéramos.

—Ten en cuenta que no les ha dado tiempo. Seguramente han avisado al equipo de repuesto, pero no les ha dado tiempo a venir, por eso quería que saliéramos pronto del edificio, al menos a estos dos los tenemos controlados. Vamos allá—una de las mejores cosas que tenía la comisaría era que tenía salida a varias carreteras, enseguida se situaron en uno de los accesos a la M-30—vamos a meternos hacia el nudo sur, que estará más colapsado a estas horas. Así lo hicieron, lo que debió complicar mucho la labor a sus seguidores, dada la cantidad ingente de coches que transitaba por allí, Germán, en cuanto pudo, se fue posicionando en el carril de la izquierda,

—¿Siguen pegados a nosotros? —Isabel miró por el espejo y asintió,

—Sí, pero mucho más lejos. Están intentando acercarse, pero con el atasco es difícil, ¿qué vas a hacer?

—Pasarme al carril derecho—se fue moviendo al lado contrario de la

carretera, prácticamente sin avisar, con la consiguiente pitada del resto de los conductores. Así llegaron por los pelos a la siguiente salida, que conducía a un centro comercial.

—¿Dónde vamos?

—Espera, aquí hay un escondite estupendo— dio la vuelta a la rotonda, y se dirigió a toda prisa a la zona de descarga del centro comercial, metiéndose en un largo callejón lleno de camiones. Al final, detrás de todos, aparcó el coche, y lo apagó—ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Este es un escondite estupendo?

—Ya lo verás—sonrió satisfecho—desde fuera no se nos ve, y nadie pensará que nos hemos metido aquí.

—Oye, oye ¡mueve el culo, que aquí no os podéis quedar! —Germán apartó la mano que entraba a través de la ventana, y abrió la puerta, saliendo del coche para enfrentarse a un camionero enorme, que parecía tener ganas de jugar, antes de que le dejara la cara como un mapa, el camionero a él por supuesto, le enseñó la placa,

—Somos policías, estamos trabajando—el bocazas se quedó rígido, se dio la vuelta y siguió a lo suyo, observando cómo bajaban los palés de su camión.

—Hace un par de años le hubieras dado un puñetazo—él la sonrió

—Me estoy haciendo mayor, ya te lo he dicho.

—Ya—asomando la cabeza, pudo ver que no había nadie en la rotonda, ni en la entrada del callejón—no parece haber nadie esperando, creo que les hemos dado esquinazo, ¿nos vamos? —Germán se sentó ante el volante, y dijo en voz alta,

—Vamos a ver al Depredador, luego decidiremos qué hacer a continuación.

—Está bien.

Al principio pensó que la dirección estaba mal, pero Natalia no había conseguido sacar su título de detective privado, y además vivir de ello, sin tener algo de olfato, y decidió llamar a las puertas de la congregación religiosa. Le abrió una mujer de unos sesenta años, pero sin hábito, al contrario de lo que esperaba,

—Buenos días,

—Buenos días—miró la hoja que tenía en la mano donde había apuntado el nombre y la dirección—quisiera hablar con María Vertel,

—Soy yo—la mujer frunció el ceño—¿nos conocemos?

—No, necesito hacerle unas preguntas sobre su sobrina Amelia Vertel —sonrió sin añadir nada más, en la mayoría de las ocasiones ese sistema le funcionaba.

—¿Es por el seguro? —los ojos de la mujer se agudizaron, pensando en el dinero.

—Digamos que estoy haciendo un informe, pero es confidencial hasta que no se sepa quién es el asesino, ¿podríamos hablar en otro sitio donde estemos más tranquilas?

—Sí, por supuesto, pase—la condujo a una sala junto a la entrada, donde había una mesa de madera y unas sillas, antiguas, pero bien cuidadas, además de una virgen sobre una peana que presidía la estancia. Natalia y la mujer se sentaron frente a frente.

—¡Pobre Meli!, mis hijas y yo sabíamos, cuando ese tipo consiguió engancharla, que no pararía hasta quedarse con su dinero, ¡se le veía en la cara, menudo sinvergüenza! —Natalia asintió como si estuviera de acuerdo,

—¿Han consultado con algún abogado los detalles del testamento?

—Sí—se inclinó hacia ella para susurrar, con tanto ímpetu que los rizos color platino que poblaban su cabeza, daban saltos a medida que hablaba—no

es por el dinero como se imaginará, pero no queremos que, si ese hombre ha sido el asesino, se aproveche de mi pobre sobrina más todavía.

—Ya, normal, pero como existe un testamento a favor de él, no hay nada que hacer, ¿no?

—Eso pensaba yo, pero si él fuera culpable, se podría denunciar en el juzgado y entonces lo heredarían todo sus familiares.

—Es decir usted y sus dos hijas—la mujer la miró achicando los ojos, pero enseguida sonrió.

—Incluso el seguro de vida, también me dijeron que tampoco lo cobraría él. ¿Es cierto?

—Lo siento, pero no le puedo decir nada sobre ese tema, ya le he dicho que es confidencial, pero entre nosotras—susurró como si estuviera conspirando— si todo estuviera claro, yo no estaría aquí.

—¡Es verdad!, estupendo, pues dígame qué necesita saber.

—Como es tanto dinero—miró en la carpeta que llevaba como si buscara algún papel—perdone, tenía la póliza aquí pero no la encuentro...

—Tres millones de euros—completó la mujer, Natalia la miró incrédula, ¡la gente estaba loca!

—Sí, cierto, pues como le decía, como es una póliza tan alta, nosotros hacemos nuestra propia investigación.

—Por supuesto,

—Necesitamos saber cuál es su coartada, dónde estaba usted cuando asesinaron a su sobrina.

—Mis hijas y yo estábamos en nuestra casa, viendo una película. Luego cenamos y nos fuimos a dormir, no salimos ninguna a la calle para nada—Natalia apuntó todo como si estuviera llevando un expediente, y confirmó

—Está bien, creo que eso es todo, ha sido usted muy amable, muchas gracias—la mujer pareció desconcertada, pero se levantó y la acompañó a la

puerta.

—Claro, claro, pero oiga ¿cuándo podremos cobrar el dinero?

—Mandaré mi informe hoy mismo a mi superior, así que no creo que tarden mucho en conocer los resultados.

—Estupendo, pues muchas gracias—Natalia salió de allí a punto de dar saltos, le encantaba cuando conseguía información que, a priori parecía muy difícil. Mientras conducía para volver a casa, llamó a Isabel para comentarle los resultados de la entrevista,

—¡Agarraros chicos!, sabe que si lo declaran culpable cobran ellas, y otra cosa, hay un seguro de vida a favor del marido, de... ¡tres millones de euros! —Isabel no se lo podía creer,

—¡Qué dices! —miró a Germán que escuchaba atentamente la conversación, gracias al altavoz del teléfono de Isabel.

—Sí, sí, esta mujer sabía muy bien lo que decía, así que se complica algo más la cosa, porque a ver a cuanta gente encuentras tú que no mate por cuatro millones de euros, los tres de la póliza, más el millón del fondo de inversión, y eso sin tener en cuenta la casa y las tierras.

—Sí, desgraciadamente tienes razón. Muchas gracias Natalia, luego nos vemos.

—Sí, hasta luego

Isabel colgó y observó a Germán conducir, mientras su cerebro iba a mil por hora.

—¿Qué opinas? —él se encogió de hombros.

—Como dice ella, esto complica todo un poco más.

—Sí.

Los dos se quedaron en silencio dando vueltas en la cabeza a los nuevos datos que les había proporcionado su amiga.

TRECE

La zona de Madrid que visitaron a continuación era la antítesis del barrio donde vivía Leo, o cualquiera de ellos. Los niños, que estaban jugando en la calle, se enfrentaron a ellos cuando les vieron aparcar, gritándoles “que se fueran, que no eran del barrio”, como unos pequeños macarras. El jefe de la banda de futuros delincuentes se acercó a Germán, no tendría más de doce años, y se le puso chulo, casi empujándolo,

—¿Qué haces aparcando ahí so capullo?, aquí no queremos extraños— los niños son un reflejo de las actitudes que ven en sus padres, o en el resto de su comunidad, y Germán sabía que sería mejor no decir que era polis, sino querían tener que quedarse uno de los dos a vigilar el coche, y no pensaba dejar sola a Isabel.

—Venimos a ver a Tobías, ¿ves a esta chica tan guapa? —el chiquillo miró con el entrecejo fruncido a Isabel, pero pareció estar de acuerdo en que era muy guapa—es familia suya, y hace mucho que no la ve, ya sabes que está enfermo, ¿no? —el chico asintió, serio, e hizo un gesto con la cabeza a los demás para irse de allí, y todos salieron corriendo. Habían decidido dejarles en paz.

—¡Vaya futuro que tenemos por delante! —Isabel siempre se asombraba de encontrar chicos así, aunque los hubiera visto muchas veces—a éstos dentro de unos años los estamos enchironando—Germán asintió algo entristecido. Se dirigieron a la casita baja donde vivía el “Depredador”, y llamaron con los nudillos a la puerta, ya que no encontraron ningún timbre. El hombre que los abrió, después de llamar dos veces, no era como habían esperado.

Los largos años en la cárcel y la enfermedad, habían transformado al

hombre joven de las fotografías rubio y musculoso, en un viejo delgado y casi calvo, que los miraba con los ojos entrecerrados, como si le molestara la luz. Germán enseñó su identificación, y Tobías compuso una sonrisa burlona y se dio media vuelta dejando la puerta abierta. Ellos se miraron y entraron tras él en la vivienda.

Lo siguieron hasta un salón minúsculo, donde el dueño se sentó en un sillón y se tapó con los faldones de una mesa camilla pegándose a una estufa. En la habitación hacía un calor insoportable, pero al parecer él seguía teniendo frío.

—¿Qué queréis? —delante de ellos comenzó a prepararse un porro, Isabel lo miró seria, sabía que los estaba provocando

—Queríamos preguntarte por Amaro Iglesias, sabemos que, mientras has estado en la cárcel, lo has amenazado en más de una ocasión.

—¿Ese hijoputa? —siguió liando su porro tranquilamente—pues claro que lo amenacé, ese cabrón me destrozó la vida. Me he pasado quince años en la trena, por una tontería...

—No creo que fueran tonterías—él miró a Isabel, que era la que había hablado, de arriba abajo—no, supongo que para ti no lo fueron. Pero yo hacía lo que los demás hombres solo se atreven a soñar—Germán decidió terminar cuanto antes, era eso o no se podría controlar con aquel monstruo.

—En cuanto al inspector Iglesias—el Depredador, por fin, pareció entender por qué estaban allí, y soltó el porro sobre la mesa. Volvió a temblar, pero en esta ocasión los temblores estaban producidos por la emoción, y le preguntó a Germán como un poseso,

—¿Se lo han cargado?, ¿es eso? —miró a Isabel al ver que el poli no respondía—decidme que se ha muerto, ¡alegradme el día por Dios!, ¡joder, no me jodas!, ese pedazo de cabrón—levantó los brazos que temblaban por el esfuerzo, y soltó un grito de victoria. Germán miró a Isabel y salieron de allí,

dejando a aquel engendro gritando feliz.

—Es evidente que no tiene ni idea de lo que ocurre, y encima le hemos alegrado el día—se lamentó.

—A veces me cuesta creer la degradación a la que puede llegar un ser humano—susurró ella, mientras caminaban hacia el coche, que afortunadamente estaba intacto.

—¿Y ahora? —le preguntó, porque Germán volvía a tabalear sobre el volante, pensando.

—Vamos a quedar con el yerno de Samaniego, pero como no debemos comunicarnos con él con nuestro teléfono, ¿qué tal si nos acercamos a ver a Leo?, seguro que se le ocurre algo.

—Por mi estupendo, estoy deseando saber cómo arreglaron lo del satélite—Germán rio con ella,

—Nos reímos, pero deberíamos ser conscientes de que su inteligencia, seguramente, dobla la nuestra.

—Yo soy consciente—contestó ella sonriente—y tú también, y de la suerte que hemos tenido conociéndolo.

—Cierto.

Leo les abrió la puerta desgredado como si lo hubieran despertado, a pesar de que eran casi las dos de la tarde. Les echó una mirada malhumorada y se dio la vuelta entrando en la cocina, Germán susurró en el oído a Isabel,

—Este tiene el mismo buen despertar que tú—ella lo miró sonriente, y entró, seguida por él, que cerró la puerta.

El genio estaba haciéndose un café en algo que parecía más una nave espacial que una cafetera, en el aire flotaba un olor que hizo que Germán inspirara con fuerza.

—¡Qué bien huele! —él siempre reconocía que el café era de sus pocas adicciones.

—¿Quieres uno? —se encogió de hombros aceptando, y Leo le pasó el suyo, lo que le sorprendió, no parecía de los que te dan su bebida y se preparan otra.

—Sé que te estás despertando, y lo duro que es, pero necesitamos que...

—Ya tengo la información que queríais de la tarjeta—anticipó

—Estupendo, pero necesitamos otra cosa—Leo se sentó con otra taza en la mano, y lo miró por encima del borde mientras bebía, esperando sus palabras.

—Tenemos que mandar un whatsapp, sin que se sepa dónde estamos,

—¿Os están buscando? — esa información consiguió que se despertara del todo, dejó la taza a medias en la mesa emocionado—imagino que son otros polis, porque si no los detendríais, ¡esto es la bomba!

—Ya te digo—confirmó Germán con toda la ironía que pudo, y que pasó desapercibida en la cocina. Miró a Isabel a ver qué opinaba, pero había abierto la nevera, evidentemente buscando comida, ¡no se lo podía creer!, ¡tendría cara! Ella, que debía tener ojos en la nuca, se dio la vuelta y le dijo en voz alta,

—¿Qué quieres?, me muero de hambre—Leo la observó y su expresión cambió, Germán entrecerró los ojos al verlo, ¡otro que había caído!, pero que se olvidara...Por muy genio que fuera, no iba a dejar que le levantara la chica.

—¿Quieres que pidamos comida?, hay un indio aquí cerca, que está muy bien.

—No me gusta. Italiano sí, o como mucho, chino, pero sólo si es un chino bueno, sino no. Soy muy especial para la comida—Leo buscó la aplicación en su móvil, e Isabel se sentó a su lado y eligieron la comida. Germán suspiró y rogó por tener paciencia,

—Cuando terminéis, Leo, ¿puedes mandar ese mensaje sin que puedan localizarnos?

—¿Quieres que sea con tu número de teléfono o sin él?

—Con mi número mejor si puede ser, claro.

—Ahora mismo—cogió su portátil, y tecleó algo, que le llevó un par de minutos, luego le pidió su número y la persona que tenía que recibir el mensaje, y qué querían poner en el whatsapp. Cuando hubo terminado apartó el ordenador.

—Ya está—Germán tenía una curiosidad,

—Leo, una pregunta, ¿siempre te llevas el ordenador a todas las habitaciones dónde vas? —él sonrió como si estuviera hablando con un niño

—Claro que no, es que tengo cuatro, son todos iguales y están conectados en red. Solo los reconozco yo por alguna marca que tienen, por una caída, o simplemente por el uso. Los tengo repartidos por las habitaciones, para tener siempre uno a mano—Germán miró a Isabel que le observaba con los ojos muy abiertos, sabía que había descubierto algo.

—Ya sé cómo hicieron lo de la pistola, ¡qué idiota soy! —se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación, porque le faltaba un detalle muy importante para cuadrar su teoría. Mientras, Leo e Isabel le observaban asombrados, pocos segundos después, Germán sacudió la cabeza y volvió junto a ellos.

—Leo, tengo que dejar de pensar en esto y distraerme con otra cosa, así me vendrá antes a la cabeza la solución, cuéntame lo de la tarjeta por favor— volvió a sentarse frente a él.

—Sí—carraspeó—bien, he estado trabajando en ello esta madrugada, después de que se solucionara lo del satélite. No os creeríais lo que había pasado allá arriba,

—Luego nos lo cuentas,

—Sí, claro—volvió a coger el ordenador—a ver, el pago fue mediante pin, o clave numérica—siguió leyendo— a la una y cincuenta y cuatro minutos de la noche, a esa hora recibió el banco la petición del cargo— Germán estaba asombrado, Leo era más preciso que los informes de los bancos—y después no he visto cargos de esta tarjeta.

—¿Qué quieres decir?

—Que el siguiente pago con tarjeta está hecho cuatro días después, y está hecho con otra tarjeta, tiene otra numeración—se encogió de hombros, Germán e Isabel se miraron. En ese momento sonó el timbre, sería la pizza, se levantó a pagar.

—Ya voy yo—Isabel se quedó con él preguntándole algo más.

Germán pagó al repartidor y dejó la pizza en la cocina. Mientras los otros se lanzaban a por ella, él se quedó apoyado en la encimera mirando el suelo. Había algo que no encajaba, pero no sabía qué era.

—Esta noche tenemos que volver a hablar con vuestro amigo, ¿no? — Isabel asintió a Leo, los dos seguían comiendo pizza—jamás me hubiera imaginado que iba a ayudar a la poli, no es lo mío ¿sabes? —hablaba con Isabel porque Germán seguía pensativo.

—Lo mío tampoco—confesó ella—hasta hace pocos años, yo nunca había querido ser policía— Germán sonreía escuchándolos, aunque los escuchaba a medias. Su móvil sonó con un whatsapp, era de Dani, el yerno de Samaniego.

—Quiere que nos veamos en diez minutos, dice que estará en La Cruz Blanca, en el centro. No me gusta—negó con la cabeza—es imposible salir de allí si hubiera una encerrona—volvió a sentarse frente a Leo—¿puedes conseguir llamar a un fijo y que no localicen tu teléfono?

—Claro, pero para eso necesito un poco más de tiempo, comed un poco de pizza, mientras configuro el programa—suspiró—hace años que no hablo

con nadie que tenga un fijo, eso es del Pleistoceno—Germán cogió un trozo de pizza, a él también le había entrado hambre, estaba con la segunda ración, cuando escuchó,

—¡Ya está? ¿Cuál es el teléfono? — se encogió de hombros,

—Ni idea, búscalo por favor, el de la Cervecería La Cruz Blanca, en la calle Mayor—Leo asintió, con los ojos cada vez más luminosos, y se levantó saliendo de la habitación, pero volvió enseguida

—¿Es un teléfono? — llevaba un auricular rojo chillón en la mano con un cable colgando

—Sí, se conecta por USB, en este caso al portátil— lo enchufó y marcó el número, pasándole el auricular a Germán a quien le parecía uno de juguete. Enseguida contestó una voz de hombre, y Germán le preguntó por Daniel, diciéndole que era un cliente. El camarero o dueño, en un principio se negó a pasar el teléfono, hasta que le dijo que llamaba de la policía, entonces preguntó en la barra, y poco después escuchaba una voz desconocida que contestaba:

—¿Diga? —Germán se presentó, y le dijo quién era, el yerno de Samaniego pareció contrariado, debió creer que desconfiaba de él.

—Escucha Daniel, no tengo nada contra ti, pero hay algo que huele raro en todo este caso, y el tufo procede de tu departamento. Aun así, necesito que me ayudes, tengo una duda en el caso de Amaro Iglesias, ¿me podrías decir cómo sabían que debían registrar su coche?, me han contado que teníais un chivatazo, ¿me puedes decir de quién? —se hizo un silencio durante unos segundos, pero luego contestó,

—No sé quién dio el aviso, pero sé que se lo dieron a nuestro Jefe de Unidad.

—¿Y me puedes decir su nombre?

—Claro, se llama Álvaro Juncal—a Germán no le sonaba de nada, no

había escuchado hablar nunca de él, pero no tenían información de los que trabajaban en Asuntos Internos.

—Está bien, muchas gracias.

—¿Seguro que no os puedo ayudar en algo más? —Germán escuchó un sonido extraño en la línea y decidió no alargar la llamada, ya había conseguido lo que quería

—No, gracias de nuevo, adiós—le devolvió el auricular a Leo, que ya había colgado.

Pensó durante unos segundos, y le dijo a Isabel:

—¿Cómo va tu amigo con la búsqueda de los dos expedientes de aquellos chicos que te dije?

—Todavía no me ha avisado, ya sabes que, al ser de hace tantos años, se tarda más tiempo, pero voy a llamarle—se levantó con el móvil.

—¿Necesitas algo más? —Germán observó a Leo sonriendo

—¡Qué cabrón, estás disfrutando! —la sonrisa de Leo se amplió más— está bien, ¿eres capaz—seguro que, si le hacía así la pregunta, él no se podía negar—de entrar en la base de datos del Almacén de Pruebas de la Zona Dos de la policía?

—¿Tenéis varias bases de datos?

—Sí, que yo sepa por lo menos cuatro, pero es muy posible que haya más. Dependiendo lo que necesitemos, entramos en una u en otra.

—¡Dios! ¡qué divertido!

—Lo sabía—era como un niño—si no te importa me pondré otro café, imagino que esta va a ser tarde muy larga, porque, además, tengo que estar delante para ver si es la base correcta.

—¡Mierda! — Leo se levantó con el portátil en la mano—me he quedado sin batería, voy a por otro portátil, espera un momento.

Germán se sentó con su taza de café negro en la mano, y los ojos

cerrados, sintiendo cómo todo se iba colocando en su sitio.

CATORCE

Dos horas y media después, Leo mascullaba entre dientes, y Germán hacía rato que pensaba que no sería capaz de entrar, Isabel, sin embargo, le había dicho que lo dejara tranquilo, porque ella tenía plena confianza en sus capacidades. Ellos, mientras, seguían trabajando en los dos casos, aunque el de Ávila estaba casi solucionado, a falta sólo de una confirmación. Después de volver a comprobar lo que tenía anotado sobre la visita a casa de los padres de Fernando García, y de repasar lo que habían comido Isabel y él en la gasolinera, Germán llamó a Natalia y le pidió que hiciera un viaje al día siguiente a Ávila, de nuevo a casa de los padres, para hacerles una pregunta. Si la respuesta confirmaba su teoría, el asesinato para Germán estaba resuelto. No obstante, necesitaban pruebas, pero no le parecía difíciles de conseguir en este caso, sólo tendrían que preparar bien la escena.

—¡Estoy dentro! —Genio, como ya empezaban a llamarle, levantó un puño en alto estirando el brazo, en un gesto victorioso. Germán lo admiró aún más por conseguirlo, en todas las charlas informáticas del cuerpo les habían asegurado que el ciberataque a la base de datos del Almacén de Pruebas era imposible. Se levantó para ver la pantalla,

—¿Te dejo que lo mires tú? —Germán asintió, era la misma pantalla que la que podían ver ellos desde su puesto de trabajo, y a la que sólo podían acceder con la clave de un Jefe de Grupo. Se sentó en la silla de Genio, mientras este iba a la nevera a por zumo.

Estuvo estudiando las personas que habían entrado el día de la detención de Amaro por si acaso, aunque estaba seguro de que la encerrona que le habían preparado había sido preparada con mucho tiempo. Como no encontró nada, fue retrocediendo día a día, comprobándolos todos.

Comprobaba los nombres de los compañeros que habían firmado en el Registro de Entrada con el motivo que fuera. Había decenas de visitas a lo largo del día, ya que las pruebas que se utilizarían en los juicios se guardaban en uno de los cuatro almacenes de la ciudad. Lógicamente, la entrada era muy restrictiva, y además el que lo hacía para depositar o retirar algún objeto, tenía que firmar un registro que desde hacía un par de años era digital, afortunadamente.

Siguió buscando semanas atrás, hasta que uno de los nombres le llamó la atención, la escritura no era muy clara pero el nombre y el apellido se podían leer. Había entrado en el almacén hacía dos meses aproximadamente, así que empezaría por ver qué había hecho aquel día. La excusa que había utilizado para entrar en el almacén era que tenía que comprobar el arma utilizada en un asesinato, y debía llevar una orden de algún superior que lo autorizara.

Miró la pantalla de nuevo con el ceño fruncido, asegurándose de que el nombre era correcto, esa información daba un vuelco a la investigación,

—Genio, ¿podrías imprimir esta pantalla? —el aludido lo miró sorprendido, pero no se quejó del apelativo. Germán lo había utilizado sin pensar, ni siquiera se había dado cuenta de cómo lo había llamado

—Claro, espera—pulsó a la vez tres teclas, y salió a por la hoja impresa, porque seguían en la cocina. Se habían acomodado allí, y no habían sentido la necesidad de moverse.

—Es imprescindible que hable con Amaro, pero digo hablar, no comunicarnos a través de su televisión, tengo que preguntarle algo muy importante—Leo se quedó pensativo y le dio la hoja, que él guardó en su carpeta.

—Podemos acercarle un móvil con Bond, y cuando termine la conversación que lo vuelva a dejar en el dron,

—O que lo esconda, no creo que le estén revisando la casa continuamente, hay muchos sitios donde esconder algo tan pequeño en un piso.

—Tengo móviles usados y tarjetas prepago, así que por ese lado no hay problema—Germán asintió impaciente, necesitaba los expedientes del amigo de Natalia ya, ahora todo iría muy deprisa.

—Está bien, anochece en una hora, si queréis podemos empezar a preparar las cosas, y salir en media hora, mientras que llegamos será de noche.

—De acuerdo.

Volvieron a salir en la furgoneta, aunque en esta ocasión iban solo los tres, y conducía Isabel. Aparcaron en el mismo sitio, en el parque ocultos por los árboles, porque ya habían visto que seguía habiendo dos coches vigilando.

—Espero que vuestro amigo esté preparado.

—Yo también—la preparación sobre todo consistía en tener puesta en la pantalla del televisor, la pinza de rayos infrarrojos, para poder decirle lo que harían.

Germán cogió la Tablet, y comenzó a teclear,

—Amaro, ya estamos aquí. ¿estás preparado?

—Joder lo que habéis tardado—Germán sonrió, aquel se parecía más a su amigo.

—Vete al baño y enciértrate por dentro, el mismo dron de la otra noche te llevará un móvil, porque necesito hablar contigo. Es importante

—Dejaré puesta la tele para que el policía que está vigilando crea que estoy viéndola—el salón donde estaba el televisor estaba muy cerca de la entrada de la casa.

—Estupendo, y otra cosa—recordó lo que le había dicho Genio, que le

hacía señas desesperado para que se lo dijera—haz lo mismo que la otra vez, solo tienes que despegar el móvil y ya está, el dron luego se irá.

—Vale—cortaron la comunicación, Genio bajó para hacer volar el dron, y Germán bajó con él. Esta vez la ventana estaba abierta, y Amaro enseguida cogió el móvil dejando a Bond libre de volver. Germán pulsó el número grabado en su teléfono para llamar, y le respondió su antiguo jefe y amigo:

—Hola Germán—inspiró hondo porque, hasta ese momento, no se había dado cuenta de las ganas que tenía de oír su voz,

—Hola Amaro, lo primero, quiero que sepas que tu mujer está bien, y lo segundo dime cómo estás—el hombre suspiró emocionado,

—¡Menos mal, estaba muy preocupado!, por mí puedes estar tranquilo, estoy bien hombre. Pero habla rápido, no vaya a ser que nos jodan el invento.

—Está bien, ¿sabes de alguien en Asuntos Internos, que pudiera estar detrás de tu acusación? —al otro lado de la línea se hizo el silencio—Amaro, es muy importante que seas sincero, no necesito decírtelo.

—Hubo una época en la que te hubiera dicho que sí, pero el tiempo cura las heridas. Ahora mismo, que yo sepa, no tengo enemigos en el cuerpo.

—Escúchame bien, necesito que me digas los nombres de los compañeros que cayeron en aquella comisaría, siendo tú el negociador. Siento tener que preguntártelo así, pero no tenemos tiempo—Amaro dudó, pero le dio la información que le pedía, a pesar de que estaba convencido de que ese camino no le conduciría a ningún lado, como le dijo—Germán se puso pálido al escucharlos, pero mantuvo la entereza hablando con él—está bien, no sé cómo lo haré, pero conseguiré demostrar que eres inocente.

—Gracias Germán—Amaro estaba emocionado, si no se contenía, acabarían llorando los dos.

—Te dejo, que tengo mucho que hacer, tranquilo que ya queda poco.

—Adiós amigo.

—Adiós.

Isabel se había girado casi completamente en el asiento de la conductora, y le observaba atentamente,

—¿Qué ha pasado?

—No te lo creerías, ¡menudo follón!, ¡Isabel, necesito esos expedientes ya!, nos van a servir como prueba. Y tenemos que entrar en el Almacén de la Zona Dos—ella suspiró y arrancó la furgoneta sacándolos de allí,

—Contigo es imposible aburrirse, en cuanto lleguemos a casa vuelvo a llamar a mi amigo. Si hace falta iremos a su casa, sé dónde vive—Genio miraba a uno y a otro deseando enterarse de lo que pasaba, pero seguro de que se lo contarían tarde o temprano. Ya empezaba a saber cómo funcionaban aquellos dos.

Finalmente, no hizo falta ir a casa del antiguo compañero de Isabel, porque les envió los dos expedientes a uno de los correos que les había dejado Genio, y que eran irrastreables. Germán, ya estaba en casa de Roberto y Natalia, y leía los informes en su portátil mientras Isabel hacía lo mismo en el suyo. Cuando terminaron, los dos se miraron estupefactos,

—¿Qué vamos a hacer? —Germán ya lo había pensado, pero había esperado a tener las máximas pruebas posibles, porque lo que iba a intentar era muy complicado.

—Mañana voy a ir al Juzgado que lleva el caso de Amaro y voy a pedir una entrevista con el juez, y le diré que tengo información crucial para el caso. Necesitamos acceder al Almacén de Pruebas físicamente, y ver si está la pistola y si tiene la marca que dice Catalina.

—Voy contigo.

—No, necesito que sigas investigando los posibles implicados, como te imaginarás, hay más gente de la que pensábamos, y esto va a salpicar a cargos importantes. Mientras estoy en el juzgado, a ver si te enteras de las relaciones entre ellos. Mira los organigramas de cada Departamento, y fíjate en los apellidos, y sino pregunta a gente que conozcas, es posible que haya más gente en el ajo de la que nos imaginamos. Aunque sinceramente, creo que tenemos a los más importantes.

—Está bien. ¿Conoces al juez?

—Sí, desde hace años, no somos amigos, pero se fía de mí.

—Estupendo.

—Sí, bueno—se encogió de hombros—ya veremos, luego, después de ir al Almacén, hay que solucionar el caso de Ávila. Para entonces Natalia ya tendrá la respuesta que le he pedido, y tendremos que ir hasta allí, pero no creo que tardemos demasiado.

—Claro, lo que haga falta.

Natalia volvió de una vigilancia de su nuevo caso, el del marido infiel, agotada, además de profundamente aburrida. Estaba deseando ir al día siguiente a Ávila, para investigar algo interesante, porque el día de hoy había sido un rollo. Además, esa noche Roberto tenía guardia y no vendría a dormir, así que se sirvió una copa de vino para ella, la necesitaba, y ofreció otra a sus dos amigos, que la aceptaron, sentándose los tres en el sofá, mientras le contaban los acontecimientos recientes. Cuando terminaron, dejó la copa en la mesita que había junto al sofá,

—¡Es increíble!, ¡la que vais a liar cuando esto se sepa!

—Ya, ya, no me lo recuerdes—a Germán no se le iba de la cabeza la que iba a montar la prensa cuando se supiera todo, porque debido a la cantidad de gente que estaba implicada y a los cargos que ostentaban algunos

de ellos, estaba seguro de que se filtraría tarde o temprano a la prensa.

—Me voy a acostar, estoy agotada—se levantó, pero antes de irse a su habitación, Natalia le dijo a Germán—y en el caso de que me confirmen lo que tú crees, ¿luego que vais a hacer?

—Tendremos que ir a Ávila para conseguir una confesión, al fin y al cabo, solo es una teoría, no podemos demostrar nada—su amiga asintió y se volvió hacia el pasillo,

—Buenas noches chicos.

—Buenas noches.

Ellos dos terminaron sus copas, y después de recoger, se fueron a la cama, el día siguiente iba a ser muy duro.

Germán llegó antes que el juez, y se sentó en la silla que había frente a su despacho, había conseguido que lo dejaran esperar allí. Cruzó las piernas y se quedó mirando el ascensor hasta que apareció, mientras planeaba en su cabeza, como le convencería. A su lado tenía la mochila con todas las pruebas que había podido conseguir, pero sabía que lo más importante era, su convicción de que había descubierto la verdad, y que su única finalidad era hacer justicia.

Alejandro Silvano, era un juez joven, defensor de la ley a ultranza, pero que, en ocasiones, dejaba a los policías algo de margen para que pudieran conseguir resolver los casos que tenían entre manos, siempre que ese margen no perjudicara los derechos de ninguna persona. Esto lo hacía únicamente con los policías de los que se fiaba, cuatro o cinco, y Germán, afortunadamente, estaba entre ellos.

Sonó el ascensor, y Germán levantó la cabeza, el juez salió del aparato y se quedó clavado unos instantes mirándolo, luego, le hizo una seña para que lo siguiera a su despacho.

—Pase Germán, y cierre la puerta—a pesar de conocerse desde hacía varios años, se seguían hablando de usted, los dos se sentían cómodos haciéndolo. Se mantuvo en pie ante su escritorio, el tiempo que el juez tardó en sentarse,

—Siéntese por favor, no estamos para perder el tiempo, tengo una reunión en veinte minutos, espero que lo que le trae no sea excesivamente complicado—observó la cara del policía—¡vaya, con el lío que tengo hoy!, bien, empiece, cuanto antes lo haga, antes terminaremos.

—Muchas gracias señoría, necesito una orden judicial para poder sacar un arma del Almacén de Pruebas de la Policía de la Zona número 2—el juez se echó hacia atrás en el asiento como si lo hubieran disparado. Su cerebro, durante un momento, no fue capaz de procesar la petición que le hacía aquel profesional.

—¿De un Almacén de Pruebas de la Policía, donde usted trabaja?

—Sí señor

—Habitualmente ¿quién le autorizaría esa retirada?

—Mi jefe de grupo

—Y ¿cuál es la razón para que comparezca ante un juez, a pedirle una injerencia semejante en los asuntos internos de la Policía? —parecía confundido— creo que lo conozco lo suficiente, para saber que esto tiene que ver con el caso de Amaro Iglesias.

—Sí señor, si me diera unos minutos para enseñarle lo que he encontrado...

—Todo esto es muy irregular.

—Lo sé, pero creo que, al menos parte de los profesionales que están llevando el caso, están contaminados. Tengo pruebas de ello.

—Es una acusación muy grave, y además contra sus propios compañeros.

—Sí señor—el juez lo miró fijamente y luego suspiró, miró la hora en el reloj de su muñeca y le dijo,

—Le doy diez minutos para convencerme—Germán abrió la mochila para sacar la documentación, y comenzó a relatarle lo que había descubierto.

Media hora después, el secretario judicial traía un auto urgente ya impreso, y lo dejaba sobre la mesa. Cuando salió de la oficina, Germán le dijo al juez,

—Señoría perdone, pero es importantísimo que esto no se filtre.

—No se preocupe, mi secretario es de total confianza, está conmigo desde hace quince años, y ya le he avisado de la confidencialidad de este caso — firmó el auto y luego le entregó el documento—¿Cuándo consiga todas las pruebas, como va a actuar?, no puede dejar más tiempo fuera al juzgado, ni a la policía.

—He pensado reunirles a todos aquí, si le parece,

—Sí, los citaremos aquí, así, si todo es como usted dice, alguno irá directamente a prisión provisionalmente, y si no tiene razón, quizás lo mande a usted—Germán sonrió tranquilo—bueno, váyase, no dudo de que tendrá mil cosas que hacer, me gustaría ver la cara del policía al que le entregue ese auto.

Salió de allí hacia su siguiente destino: el Almacén de Pruebas, para demostrar que todo era un montaje.

QUINCE

Como era lógico, los policías que estaban de guardia en la entrada del Almacén de Pruebas, a pesar de enseñarles la placa, le pidieron la autorización firmada de su jefe, y en su lugar les entregó el auto del juez,

—Vengo obedeciendo una orden judicial—los dos lo miraron con el ceño fruncido, aunque tenían claro que debían obedecer. Ya habían visto esos autos antes, pero nunca esgrimido por un compañero, se retiraron para hablar entre ellos, aunque enseguida le hicieron firmar el registro digital, que él había estado cotilleando desde la casa de Genio el día anterior, y le dejaron entrar.

—Tiene media hora—uno de ellos lo acompañó a la zona, era el procedimiento habitual, ya que el almacén era tan grande que sino no sabría por dónde empezar a mirar. El policía miró los detalles de lo que buscaba, y luego le preguntó

—Pero ¿no sabes qué pistola es? —el juez había especificado en el auto, que se le dejara examinar las pistolas que quisiera, y que se podía llevar la que considerara oportuno.

—No, pero tiene que ser una de un poli con el número de serie borrado.

—¿Reciente?

—No tiene por qué, pero empezaré por las recientes, ¿hay muchas así? —él negó con la cabeza

—No—miró una tablet que llevaba en su mano izquierda—espera un momento, hay cuatro con esas características. Ven conmigo, comenzaremos desde la más actual hacia atrás.

Estuvieron buscando durante bastante rato, aproximadamente una hora,

hasta que dieron con ella. Germán las cogía en sus manos en presencia del policía, las observaba bajo su linterna y con una lupa que había llevado y luego las desechaba, pero la que tenía en sus manos en ese momento, la penúltima de la lista, no la desechó. En cuanto la apuntó con la linterna, vio la muesca junto al gatillo, y cuando la observó bajo la lupa la vio mucho más clara.

—Mira—se la enseñó al poli, éste la miró y se encogió de hombros

—Tiene una muesca, estará en la descripción—buscó en la base de datos por el número de identificación de la etiqueta atada a la pistola, pero no encontró ninguna referencia a la muesca.

—¡No pone nada, dice que está usada, pero sin defectos, golpes ni nada, y con el número de serie borrado!, ¡qué raro! —normalmente la descripción de los objetos que había allí era exhaustiva, y además estaban las fotografías...

—Necesito ver la fotografía de esta pistola cuando entró en el almacén —él asintió y comenzó a caminar hacia un ordenador que había en el medio del Almacén. A todos los objetos que entraban allí, se los fotografiaba con todo lujo de detalles, para que no hubiera errores de cambios de unas pruebas por otras.

—Aquí está—solo con escuchar su tono de voz, antes de ver la foto, supo que algo estaba mal, y lo corroboró en cuanto la vio. La marca no estaba —eso no es posible, aquí nadie la ha tocado, no sé qué puede haber ocurrido —el poli se estaba poniendo histérico, quizás pensaba que le iba a caer una bronca.

—Necesito un informe, ahora mismo, sobre todo esto. Y necesito que diga que la pistola que me llevo no coincide con la que entró y a la que adjudicaron este número de registro ¿Puede hacerlo?

—Normalmente tardamos 48 horas...

—El juez espera que se lo lleve, no sé si ha oído hablar de él, no es precisamente famoso por su paciencia—el policía, sudoroso, asintió y salió disparado hacia la entrada, para hacer el informe. Germán, con el corazón bombeándole a mil por hora, llevaba la pistola en la mano dentro de su bolsa de plástico, incrédulo de que no se hubiera presentado nadie para prohibirle sacarla de allí.

Esperó treinta interminables minutos a que redactaran el informe, firmó el escrito que decía que se llevaba la pistola, y se fue, pero no respiró hasta que cogió el coche y salió del garaje. Cuando llegó a casa de Roberto y Natalia, hizo fotos a la pistola y las mandó al móvil de la hermana de Catalina. Isabel le había hecho un gesto al entrar porque estaba al teléfono, y se acercó a darle un beso mientras miraba la pistola que él había dejado en la mesa.

—Así que todo es cierto.

—Sí—suspiró cansado y pasándose la mano por el pelo.

—Era Natalia, dice que tenías razón.

—Lo imaginaba, quiero quitarme ese asunto de en medio lo antes posible, ¿quieres que vayamos ahora?

—De acuerdo, pero habrá que quedar con ellos ¿no?

—Sí, cítales a todos en la gasolinera en hora y media, y llama también a Israel, tendrá que llevarse al culpable.

—Dame cinco minutos.

Para que asistieran, les dijeron que tenían que resolver una serie de dudas que habían surgido sobre la noche del asesinato, y que tenían que hacer una reconstrucción. Llegaron a Ávila poco antes de la hora, y entraron directamente al restaurante donde trabajaba Diana, que los recibió con una

sonrisa.

—¡Buenos días! ¿van a comer aquí?

—De momento no, muchas gracias, con un café es suficiente mientras llegan todos—pocos minutos después, apareció Fernando García, seguido de Israel con un compañero, los dos de uniforme—chico listo pensó Germán. Isabel le susurró:

—Usa tu magia—la sonrió un momento y enseguida se puso serio, mirándolos a todos. Cuando volvió Diana, se dirigió a ellos y saludó también a Israel, pero no a Fernando, Germán se lo presentó,

—Es Fernando García el hombre que, gracias a usted, no fue acusado del asesinato de su mujer—ella abrió los ojos sorprendida, y sonrió estrechando su mano.

—Encantada Fernando, perdone que no le haya reconocido.

—Igualmente—Germán asistió al intercambio divertido—observó a Israel y a su compañero que se mantenían de pie junto a la mesa,

—Diana por favor, siéntese

—No sé si debo, estoy trabajando,

—No se preocupe, su compañera la sustituirá cuando vea que hace falta, siéntese por favor—ella lo hizo mirándolos alternativamente, sin saber qué ocurría.

—Verá es muy llamativo que no haya saludado a Fernando, y que haya accedido a que se lo presentara yo—lo señaló— cuando lo recordaba perfectamente en la rueda de reconocimiento hace un mes.

—Sí, es verdad, pero veo a tanta gente a lo largo del día, que es normal—aún seguía sonriendo.

—Por supuesto, volvamos a la noche del asesinato, ¿sabe que hemos preguntado al resto de los empleados de la gasolinera, y ninguno recuerda haber visto aquella noche a Fernando? Por supuesto puede decirme que, tanto

tiempo después, cómo se van a acordar. Sin embargo, usted sí se acordaba—sacó su libreta—cuando yo le dije que lo recordaba todo de él, me contestó que era un hombre muy agradable, que le contó lo de su mujer, y que lo estaba pasando mal. Sin embargo, hoy se le ha borrado la memoria—Diana estaba pálida, pero apretaba los labios, sin querer contestar. Germán, en ese momento, se concentró en Fernando,

—Y no es solo que ningún empleado lo recuerde, es que no aparece en ninguna de las grabaciones de seguridad de las cámaras de la gasolinera. En cuanto al cargo de la tarjeta, ésta se hizo con el pin, por lo que, estrictamente hablando, alguien podría haberlo tecleado en su lugar, siempre que estuviera de acuerdo con algún empleado de aquí—todos, exceptuando a Fernando, miraron a Diana, que se incorporó indignada,

—¡Cómo se atreve!, ¡todo por ser buena ciudadana!

—Diana, no siga, hemos investigado los movimientos en esta gasolinera tiempo atrás, y hemos visto que, durante meses, Fernando ha estado viniendo tres o cuatro veces a la semana,

—¿Y qué? —le preguntó despreciativa, su actitud había cambiado totalmente,

—Pues que es bastante sospechoso que, ninguno de los dos comentara en sus declaraciones que se conocían de antes, y todavía se sostiene menos que hoy no lo reconociera.

—En cuanto a lo que comió ese día—continuó volviéndose hacia Fernando, que parecía hundido—cuando comí aquí estuve calculando en qué pudo consistir su cena esa noche con los precios de la carta, y solo pudo ser, por los 9,52 € del cargo de la tarjeta, una ensalada con un refresco. ¿Es correcto?

—Supongo que sí, no lo recuerdo—Fernando contestó, visiblemente nervioso.

—Hemos hablado con su madre, quien inconscientemente nos ha confirmado lo que me imaginé el otro día, al ver los restos de su plato de cocido. Usted no es de esos hombres que cenan una ensalada y ya está. Según palabras de su madre si no come algo consistente, como mínimo dos platos, se cabrea. Además de eso, hay que resaltar que esa tarjeta ya no se volvió a utilizar, porque fue al banco para darla por extraviada y a que le hicieran una nueva—Israel no pudo evitar intervenir para preguntarle,

—Entonces ¿qué ocurrió?

—Muy sencillo, la tarjeta la tenía Diana en su poder, siempre la tuvo ella. Él se la dio para que le sirviera de coartada, pero para que funcionara su montaje, tuvieron que aparentar que no se conocían. Fernando García asesinó a su mujer de aquel modo tan brutal por la herencia, ya que la había convencido semanas antes para que testara a su favor—el acusado soltó un sollozo, y la camarera comenzó a darle golpes en la cabeza, muy cabreada,

—¡Malnacido!, ¡lo has arruinado todo!, ¡no tenían nada, pero eres tan inútil que conseguirás que nos encierren y tiren la llave! —Fernando se protegía la cabeza como podía, hasta que Israel y su compañero se los llevaron de allí. Isabel y él se miraron unos momentos en silencio, hasta que volvió el Guardia Civil con una sonrisa de oreja a oreja y le estrechó la mano vigorosamente,

—¡Muchas gracias!, ¡por fin podremos meterles entre rejas!

—Vendremos a testificar si es necesario. No hay demasiadas pruebas, pero si desde la fiscalía presentan bien el caso, saldrán culpables. Buena suerte, y sigue haciendo caso de tu olfato—el hombre asintió y se despidió.

Germán miró a Isabel sonriente, y ella le dijo,

—¡Te has superado!, acabas de descubrir a un asesino por una ensalada. Vámonos, conduzco yo—asintió y se fueron, todavía quedaba mucho por hacer. Fueron directamente a casa de Genio, que quiso saber todo

con pelos y señales, y que se mostró entusiasmado con la escena final que le describió Isabel,

—¡Tío!, ¡es que eres increíble, allí, con los dos culpables, diciéndoles ¡y tú esto y tú lo otro! —Genio señalaba al aire, como si tuviera delante a dos personas a las que estuviera acusando. Tanto Isabel como Germán lo observaban divertidos, definitivamente, era como un niño.

—Genio, cuando puedas, ponte con lo que te he pedido, porque lo necesitamos para mañana—él lo miró como si fuera un aguafiestas—y no te preocupes, porque enseguida te dejaremos tranquilo, mañana se terminará todo.

Había llamado por teléfono al Juez, y le había hecho otra extraña petición, él sabía que cualquier otro magistrado no se la concedería, pero consiguió convencerle. La reunión finalmente sería en una sala privada situada junto a su despacho. El juzgado se encargaría de despachar las citaciones urgentes a todos los implicados, y Germán e Isabel tenían unas horas para prepararlo todo, concretamente hasta las diez de la mañana, entonces tendrían que demostrar que Amaro era inocente.

Habló con Roberto para pedirle una aclaración sobre un tema de ADN en unas huellas, porque tenía dudas y su amigo le respondió que no lo sabía pero que lo consultaría con otro técnico, ya que no era su especialidad. Cuando colgó, tachó lo de las huellas creía que era lo único que le quedaba por comprobar, y siguió con el informe que estaba realizando, para preparar la exposición del día siguiente.

—¿Cómo vas, necesitas ayuda? —ella sabía con cuanto ahínco preparaba siempre las conclusiones finales

—No, no te preocupes, casi lo tengo,

—Es muy complicado

—Sí—se pasó la mano por el pelo, gesto que le informó a ella más que

otra cosa, lo preocupado que estaba por Amaro. Se acercó a él y lo besó en la mejilla, él la observó agotado pero feliz—¿y eso? —Isabel se encogió de hombros y se fue a su propio portátil, porque seguía repasando las posibles ramificaciones de los implicados.

Al final de la tarde llegaron Natalia y Roberto, éste último se sentó junto a Germán, y le dijo

—Es perfectamente posible hacer la transferencia de unas huellas a un arma, con el instrumental adecuado.

—¿Sin tomarlas directamente de los dedos?, es decir imagínate— señaló su taza—que tú me quieres implicar en algo, ¿podrías coger una huella parcial o total de la taza y llevártela en un papel por ejemplo y ponerla donde quisieras? —Roberto asintió

—Sí, de hecho, hay un papel adhesivo especial para eso, el que usan los técnicos de la científica.

—Lo sé, pero pensaba que no se podía hacer con superficies rugosas y curvas como la de la culata de esa pistola.

—Eso es una leyenda urbana, se puede hacer perfectamente, solo que hay que tener algo más de cuidado. Incluso, si quieres que queden verdaderamente reales, se puede hacer un molde de silicona con las huellas, una especie de funda que te pones en un dedo, como un guante, y con él dejarías la huella exactamente como lo haría esa persona.

—¡Es increíble!, no lo había oído nunca

—Ni yo, me he enterado esta tarde, he hablado con uno de los forenses del Instituto con el que tengo bastante relación.

—Ya, muchas gracias Roberto, así tengo todo mucho más claro.

—De nada, una pregunta—miró a su alrededor—¿qué hacéis todos en la cocina? —observó a Natalia que hablaba con Isabel apoyadas en la encimera, esperando que ellos terminaran, y Genio que seguía tecleando

como un loco, buscando respuesta a las últimas preguntas de Germán.

—No sé decirte, desde el principio, nos empezamos a sentar aquí, y estamos muy cómodos—Roberto asintió y se levantó para hablar con las chicas, dejando trabajar a su amigo.

Una hora después había terminado, se estiró sintiéndose algo vacío, todo lo había volcado en esas palabras que acusaban a los culpables desde la pantalla de su ordenador.

—Esto ya está, ¿comemos algo? —todos comenzaron a hablar a la vez, dando cada uno su opinión sobre la comida que les apetecía. Germán se frotó el rostro decidido a disfrutar de la compañía y a distraerse hasta el día siguiente.

CONCLUSIONES

La sala privada del juez no era como se la había imaginado, parecía más bien, el lugar en el que una empresa se reuniría para tomar las decisiones importantes. Había una larga mesa sorprendentemente limpia y reluciente, con no menos de veinte sillas aparcadas bajo ella, esperando ser utilizadas.

Germán estaba de pie ante un ventanal con vistas privilegiadas a la calle, desde donde podía ver los dos coches de policía que había pedido el juez, como cobertura por las posibles detenciones. En ese momento observó también la llegada del furgón policial, acompañado por otros dos zetas, que debía traer a Amaro quien también estaría presente. Respiró hondo, porque imaginaba que el resto también estaría en el edificio, o a punto de llegar. Se volvió al escuchar la puerta, era Alejandro Silvano, había llegado mucho antes, pero se había ido a su despacho a seguir trabajando mientras llegaba el resto, se acercó a él con gesto muy serio,

—Espero que todo esto salga como esperamos, porque si no, me va a traer muchos problemas,

—Estoy seguro de ello, señoría—el hombre mirándole fijamente asintió, luego se sentó en la silla que presidía la mesa, ya casi eran las diez, y este, como casi todos los jueces, era un obseso de la puntualidad.

Se abrió la puerta y entró Amaro, esposado y acompañado por dos policías, se acercó a ellos y les dijo,

—Soltadle por favor, mientras esté aquí, yo me hago responsable—ellos lo miraron, lo conocían, pero pidieron autorización al juez con la vista

—Ya lo han oído, suéltelo, y quédense fuera por favor—le quitaron las esposas, y salieron—Amaro se frotó las muñecas y miró a Germán

sonriendo,

—¡Nunca creí que me alegraría tanto de verte! —Germán lo abrazó con fuerza y le dijo al oído

—Tranquilo Amaro—Amaro asintió con los ojos humedecidos, y se sorprendió al ver al juez a su lado, que le dijo

—Inspector, tiene usted suerte de tener semejante amigo—él asintió

—Sí, lo sé—Germán carraspeó ante la mirada de su amigo, aún no era el momento de ponerse sensibles, todavía tenía que conseguir demostrar su teoría.

Fueron llegando todos, acompañados por Isabel que los iba guiando, hasta que, finalmente, estuvieron sentados de la siguiente manera: el juez, a su lado por su importancia debido a su cargo policial, el Jefe de Asuntos Internos, que miraba a todos muy cabreado, a su lado, los dos policías que, bajo su mando, habían intervenido en el caso, José Luis Peña, y Francisco Juncal, y al lado de este último, Samaniego. Junto a él, su yerno Daniel Martín, a quien también habían convocado. Frente a ellos, se sentaba el que para Germán siempre sería su jefe, Amaro Iglesias, junto a su mujer Catalina, y la hermana de ésta. La mujer de Amaro, en cuanto había visto a su marido, había corrido a sus brazos y todavía no había dejado de llorar, aunque silenciosamente.

Germán se sentó frente al juez, para poder ver bien a todos, y que todos pudieran verle a él, y comenzó su exposición,

—Buenos días a todos, primero quiero pedirlos perdón por la precipitación en esta citación, pero debido a la posibilidad de fuga del culpable, hemos tenido que obrar así—observó cómo todos, especialmente los policías se miraban entre sí extrañados—comenzaré mi exposición con la que demostraré, sin ninguna duda, que Amaro no mató a Vicente Soria, sino que esa imputación es el resultado de un plan perverso y malvado, motivado

por una sombría venganza—su voz se hizo más grave, y su mirada afilada, sabiendo perfectamente a quién tenía que mirar.

—Desde el principio me extrañó que una pareja de Asuntos Internos, departamento que tenemos muy bien representado aquí, fuera directamente a buscar a Amaro a su despacho, y bajaran con él hasta su coche pidiéndole que lo abriera, para que ellos pudieran hacer un reconocimiento visual. Enseguida, como es lógico, llegaron al maletero y encontraron a Vicente Soria, muerto de un par de disparos en la cabeza, y cuyo crimen aparentemente, y luego la científica demostró que era así, había sido realizado estando en el maletero. Posteriormente la autopsia confirmaría que lo habían sedado previamente, por eso no ofreció ningún tipo de resistencia—respiró profundamente antes de continuar—pero no contentos con eso, la pistola con la que se había cometido el asesinato estaba al lado del cadáver, y aunque habían borrado el número de serie, era de las que utilizamos los policías, y al pedirle la suya al inspector Iglesias, él no pudo entregarla porque no la tenía en el cajón de su escritorio, bajo llave, donde la solía guardar. Después, la científica de nuevo afirmó que las huellas del inspector estaban en el arma. Es decir, que el caso prácticamente estaba cerrado. Solo faltaba el móvil—miró a Catalina, que le observaba con los ojos húmedos, pero tenía que explicarlo todo.

—Desde hacía tiempo, su mujer, aquí presente, mantenía una relación con Vicente Soria, dentista como ella, y que trabajaba en la misma clínica dental. Esto había motivado varias discusiones en el matrimonio, que habían hecho que el inspector se mudara a un hotel cercano a la comisaría donde trabajaba. Por eso, cuando le preguntaron dónde estaba en la franja horaria en la que se había cometido el asesinato, él dijo que, en su habitación del hotel, solo, y era cierto, pero claro, eso no servía como coartada, todos lo sabemos, y los participantes de esta conjura, que lo habían organizado todo, también lo

sabían. Yo, al principio, solo por la pistola, pensé que tenían que haber asesinado a Vicente Soria en el garaje de la comisaría, a pesar de lo que decía la autopsia, pero era todo mucho más sencillo. Debido a algo que luego explicaré sobre su pistola, a Vicente lo mataron en el garaje del hotel donde estaba durmiendo Amaro, y así si cuadraba con la hora de la muerte. Cuando él se fue a trabajar al día siguiente, viajó, sin saberlo, con el muerto en el maletero.

—Ahora voy a demostrar, que las pruebas con las que se intenta incriminar al inspector Iglesias, son un burdo montaje—escuchó varios murmullos, y el jefe del Departamento de Asuntos Internos, se decidió a hablar,

—¡No pienso consentir que nadie denigre el nombre de mi departamento! —se levantó del asiento, el juez echó una mirada a Germán prometiéndole la peor de las muertes si estaba equivocado, pero dijo,

—Siéntese señor, aunque no estemos en la sala, están aquí bajo citación judicial, y me deben el mismo respeto que si estuviéramos en un juicio—el policía le echó una mirada desdeñosa y se sentó, no sin antes mirar a Amaro con la mirada más llena de odio que Germán había visto en su vida—Germán, dese prisa, vaya concluyendo,

—Terminaré lo antes posible, señorita—abrió su mochila, que había dejado encima de la mesa, y sacó la pistola y el certificado acompañado de dos fotografías, también firmadas, por los dos policías del Almacén de Pruebas—Catalina, por favor, quiero que mires esta pistola atentamente—la sacó de la bolsa transparente donde la llevaba y se la entregó, a ella le temblaban las manos visiblemente—Amaro le puso una mano encima de las de ella, y le dijo

—Tranquila—ella asintió y miró la pistola, le dio la vuelta, y luego, la acercó más a sus ojos, su piel enrojeció y dijo,

—Esta es la pistola de mi marido.

—Pues claro, la han recogido del Almacén de Pruebas, donde la dejaron dos de mis hombres—hablaba el jefe de Asuntos Internos, pero Germán negó con la cabeza,

—Siento tener que contradecirle, pero, según el número de identificación del Almacén de Pruebas, esta pistola fue utilizada en un atraco hace dos años, y no sabemos a qué policía correspondía originalmente, porque el número de serie está borrado. Y desgraciadamente, ha habido varios policías a los que les han robado las pistolas en este tiempo. De hecho, lo he consultado, en los últimos tres años, solo en Madrid, doce policías han denunciado que les han desaparecido sus armas reglamentarias.

—Entonces ¿por qué dice esta mujer que es de su marido?

—Porque por circunstancias que no vienen al caso, fue testigo de cómo un golpe dejaba una muesca en la pistola de su marido, junto al gatillo, que ni él mismo conocía. Como todos saben, ese tipo de muesca tendría que estar reflejada en la descripción del arma, y si por un error, la descripción estuviera mal hecha, se vería en las fotos. Aquí están las fotos tomadas del arma catalogada con este número de descripción, aumentadas—las tiró encima de la mesa, y únicamente el juez las cogió. Luego sacó las fotos del arma de Amaro, e hizo lo mismo—señoría como usted es el único que tiene curiosidad, aquí tiene las fotos de esta pistola, para que vea la diferencia.

—Puede haber cambiado las fotos, todos conocemos la amistad que le une al acusado—Cada vez le caía mejor el Jefe de Asuntos Internos.

—Esto es un certificado emitido ayer por los dos policías del Almacén de Pruebas, apoyando todo lo que digo, las firmas que hay en los márgenes de las fotos son de ellos, como pueden comprobar.

—Señores—miró a los policías de su izquierda— me temo que esto es

irrefutable, pero continúe, Germán.

—En cuanto a las huellas, existen varios métodos para recoger las huellas de cualquier persona de un objeto, y pasarlas a otro. Y estamos hablando de personas que son especialistas en investigar ese tipo de asuntos, es decir, que conocen de sobra la forma de hacerlo—frunció el ceño—sí debo confesar que me preocupaba al principio, por qué no mataron a la víctima con la pistola del acusado, pero la respuesta es muy sencilla. Porque para poder realizar el crimen como tenían planeado, tenían que tener la pistola con antelación, y en cuanto un policía se va a su casa después de la jornada laboral, siempre se la lleva. Seguramente, pensaron que daba igual que lo mataran con la suya o no, porque todas nuestras armas son iguales, únicamente tenían que borrar el número de serie, pero eso con un punzón es muy sencillo.

—¿Cómo lo hicieron?, les fue muy fácil—continuó hablando y miró a Kiko Juncal, que le observaba con una sonrisa cínica—mientras José Luis Peña, que hacía de poli malo y que no se enteraba de nada, acompañaba a Amaro a la celda, Francisco Juncal, que era el simpático de los dos, subió rápidamente al despacho del inspector, y abrió el cajón sacando la pistola. Todos sabemos, porque a veces no encontramos nuestras propias llaves, que esos cajones se abren con un simple clip estirado. Luego, bajaría y le diría a José Luis que había recibido instrucciones, para que le pidieran la pistola y la placa a Amaro ¿Fue así? —José Luis Peña, pálido, miró a los lados, y al no recibir ayuda, asintió

—Por supuesto, cuando Amaro buscó su arma para entregarla, no fue capaz de encontrarla—entrecerró los ojos observándolos a todos—Pero no tenían bastante con esto, además de asesinar a un inocente para implicar a otra persona por venganza, intentaron asesinar a la mujer de Amaro, provocando un escape de gas en la casa de su hermana, porque ella en varios

mensajes y hablando por teléfono con su hermana había dicho que sabía que su marido no había sido, y que lo podía demostrar. Finalmente, utilizaron su departamento para pinchar teléfonos y poner micrófonos, con una finalidad enteramente personal.

—Pero ¿todo esto por qué? —el juez no lograba entender la razón, Germán sacó el expediente que había conseguido gracias al amigo de Isabel.

—Esto es el informe de un desgraciado suceso ocurrido hace doce años, en él participaron Jorge Juncal y Benito Samaniego, dos jóvenes policías destinados en la misma comisaría, que se vieron envueltos en una situación trágica. Por un despiste de uno de ellos, nunca se ha sabido cuál, un delincuente que habían llevado otros compañeros detenido, les robó una pistola y los tomó como rehenes. La policía envió a su mejor negociador, el ahora inspector Iglesias—Amaro había bajado la cabeza, Germán que lo conocía muy bien, sabía que nunca se perdonaría por aquello—pero por mucho que intentó convencerle no pudo hacerlo, y el secuestrador, diez horas después los asesinó y luego se suicidó. Los padres de los dos policías muertos, aquí presentes, nunca perdonaron. Sé que al principio tuvieron agrias discusiones con Amaro por cómo había llevado el caso,

—Hice todo lo que pude, estaba desesperado por lo ocurrido, les pedí perdón cien veces, pero...—miró a Juncal y Samaniego, unidos en su odio hacia él

—¡Me da igual lo que digas!, ¡quiero que te pudras en la cárcel y que pierdas todo, como yo, cuando asesinaron a mi hijo! —Samaniego permanecía callado, pero Juncal, actualmente jefe de Asuntos Internos, no pudo evitar escupir parte de la rabia que llevaba dentro.

—Pensé que me habían perdonado, durante años he mantenido una relación normal con ellos, especialmente con Samaniego.

—¡Imbécil! —Samaniego explotó—he tenido que aguantar verte la cara todos los días, solo para poder vigilarte y saber cuándo serías más débil.

—Todo estaba preparado, era una conjura en toda regla, Kiko Juncal, se encargó de llevarlo a la práctica, seguramente adoctrinado desde pequeño por su padre, incluso intervino Daniel Martín, el yerno de Samaniego, que creo que fue la persona que provocó la explosión en casa de Eugenia, la cuñada del Inspector Iglesias. Sabían, desde el principio, que Catalina no creía en la culpabilidad de su marido, y al tener su teléfono pinchado, días después conocieron un mensaje en el que le decía a su hermana, que tenía pruebas de que su marido era inocente—Catalina se quedó mirando al hombre que estaba al lado de Samaniego, con el ceño fruncido—Daniel Martín durante un tiempo fue bombero, pero decidió pasarse al cuerpo bajo las órdenes de su suegro, para poder participar en la venganza. Seguramente en todas las comidas familiares se hablaba sobre este plan.

—¡Sí!, ¡es verdad, ahora me acuerdo de él! —Catalina se levantó señalándolo con el dedo— vino a revisar la caldera de mi hermana unos días antes de la explosión, cuando lo he visto me parecía que me sonaba, pero sin el mono azul que llevaba ese día, no conseguía saber dónde lo había visto—Germán asintió.

—Creo que, con estas pruebas, será suficiente para iniciar otra investigación totalmente distinta—el juez asintió,

—Sí, estoy de acuerdo—luego, levantó la voz para decir—por favor, pasen señores, llévense a estas cuatro personas detenidas—en ese momento entraron una docena de agentes, ya avisados por el juez con antelación, y todos los implicados se levantaron, quedando sentado José Luis Peña que miraba alrededor asustado. Samaniego y Juncal miraron despectivamente a Germán, antes de ser llevados por agentes de la Policía Judicial a las celdas que se encontraban en los sótanos del juzgado.

—Tengo una larga y complicada mañana por delante—el juez lo miró con fingida severidad, luego observó a Amaro que se había puesto pálido y no parecía creer lo que acababa de ocurrir ante sus ojos—Inspector Iglesias, permítame felicitarle por lo que ha conseguido Germán, no creo que ningún otro detective hubiera sido capaz de hacerlo.

—Yo tampoco—Amaro tenía la voz sospechosamente ronca, se levantó y abrazó a su amigo, Catalina por su parte, hizo lo mismo con Isabel que se había mantenido en un segundo plano, contra la pared, frente a Germán y con los brazos cruzados. Sonrió mientras abrazaba a Catalina que no cesaba de darle las gracias.

Germán se acercó al juez, dejando a Amaro junto a su mujer.

—Juez, si no necesita nada más, nosotros nos vamos.

—Bien, en cuanto a Amaro, hoy mismo estará en libertad, ahora mismo le digo al secretario judicial que redacte el auto de libertad—alargó la mano para estrechársela y Germán, asombrado, lo hizo, porque era la primera vez que un juez estrechaba su mano—Germán, es un honor conocerle, espero que, si alguna vez alguien comete una injusticia conmigo, lo tenga a usted a mi lado para ayudarme.

—Es usted muy amable señoría, solo tiene que llamarme.

—Llámeme Alejandro, por lo menos cuando no estemos en la sala—Germán asintió.

—Claro, Alejandro, muchas gracias—Isabel y él caminaron hacia el ascensor.

—Es como si me hubiera quitado varios kilos de encima—respiró hondo—este caso ha sido complicado.

—Sí, pero eres un genio—en el ascensor aprovechó los escasos segundos que tardaron en bajar, para acariciar su mejilla—puede que Leo lo

sea con un ordenador, pero tú lo eres con la gente, que es más importante.

Salieron del edificio de los juzgados sonriendo al ver los rayos de sol, y la gente caminando por las calles de Madrid con normalidad.

EPILOGO

Germán estaba bebiendo del botellín directamente, totalmente relajado dos días después, en la terraza de Amaro. Les había invitado a todos, incluso al Genio, a una cena en su casa que había preparado Catalina. Pero él necesitaba estar unos instantes a solas, y había decidido salir a que le diera un poco el aire. Observaba las luces de Madrid frente a él, sintiéndose por fin en paz, cuando notó cómo alguien le acariciaba el cuello, sonrió sin volverse.

—¿Qué quieres brujita? —ella rio por lo bajo sin contestar, y se dejó caer encima de él, quitándole la cerveza y echando ella misma un trago, se limpió los restos con la mano y lo miró, luego abrió la boca mientras él la observaba expectante. Tardó unos segundos, pero al fin lo dijo,

—Te quiero, solo quería que lo supieras—la abrazó con fuerza y la besó apasionadamente. Cuando se separaron para no morir por falta de aire, sus cinco amigos, incluido Genio, estaban silbándolos en el umbral de la terraza, y después comenzaron a aplaudir. Isabel rio sonrojada, y Germán los miró divertido,

—¿Qué pasa? ¿os aburríais o qué? —todos rieron a carcajadas y salieron junto a ellos sentándose a su alrededor. Finalmente, se quedaron en silencio observando la belleza nocturna de la gran ciudad, y sintiendo entre ellos los lazos invisibles pero firmes, que se habían formado para siempre.

FIN



¡Gracias por leer esta historia!

A continuación puedes leer el primer capítulo de EL MISTERIO DEL MARIDO DESAPARECIDO, primer libro de esta saga.

Espero que hayas disfrutado de EL MISTERIO DEL MUERTO EN EL MALETERO

[opinión](#)

Si quieres puedes ponerte en contacto conmigo a través de [Facebook](#), [Instagram](#), [Twitter](#), o de margottechanning@gmail.com

Gracias de nuevo y un beso,

[Margotte Channing](#)

**EL MISTERIO DEL MARIDO
DESAPARECIDO**



“La mejor receta para la novela policíaca es, que el detective no debe saber, nunca, más que el lector”

Agatha Christie

“Cuando se ha eliminado todo lo que es imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad”

Sir Arthur Conan Doyle

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTO

Me gustaría dedicar esta novela a mi escritora favorita, Agatha Christie, con mi más sincero respeto y agradecimiento hacia su genial pluma, que consiguió que me enamorara de la lectura con tan solo catorce años, cuando leí *Sangre en la Piscina*.

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

EPILOGO

UNO

Natalia Bolaños estaba harta de su mala pata, y nunca mejor dicho, en los dos meses que llevaba de inactividad, había organizado todos los papeles que tenía en casa, había visto las películas que tenía pendientes, incluso había empezado a escribir una novela, que había dejado a medias, por supuesto.

—Señorita por favor—levantó la vista de las agujas de hacer punto, y miró a la asistente que no había tenido más remedio que contratar. Con la pierna derecha escayolada hasta la ingle, había muchas cosas que no podía hacer sin ayuda. Sonrió a Francisca, que era un encanto y le aguantaba el malhumor sin una mala cara,

—Por favor te lo repito, llámame Natalia, si me llamas señorita no me doy por aludida—la otra muchacha asintió, pero ella sabía que a la próxima vez la volvería a llamar así.

—Mire, es que según las instrucciones que dejó el médico, aquí pone que hoy tiene que comer filete con patatas fritas y sopa, tengo el caldo hecho, pero no hay filete, ¿habrá algún problema si come otra cosa de segundo?

—Tranquila, a mí me da igual las instrucciones que dejara el pesado de Roberto—estaba más que harta de que se metiera en su vida— ¿qué te parece si pedimos una pizza para las dos? —Francisca le lanzó una sonrisa como si fuera una niña, cuando sonreía, Natalia era consciente de lo joven que era, solo tenía 22 años.

—¡Ah! Veo que te gusta la pizza, ¡bien! —alargó la mano hacia el móvil— voy a pedirla, enseguida la tendremos aquí, ¿de qué te gustan? —la muchacha sonrió valientemente

—Me gustan con todo.

—¡Estupendo, a mí también! —pidió la comida y luego continuó intentando aprender a hacer punto. Cuando llegó la pizza media hora después, ya había decidido que hacer punto, tampoco era lo suyo.

Comieron como dos niñas hambrientas, Natalia tuvo que obligar a Francisca a que se sentara a su lado a comer, y estaban a media pizza cuando sonó la puerta de la calle. Francisca se levantó de un salto, como si el visitante pudiera regañarla por comer con la dueña de la casa. Natalia sonrió hasta que escuchó la voz del visitante y su cuerpo entero se puso rígido pensando en tener que verle otra vez. Respiró hondo, pero daba igual, ya estaba cabreada. Siempre le ocurría.

—Hola Natalia—él no parecía más feliz de verla que ella de verle a él, por lo menos, era un alivio saber que a él también le molestaba tenerla delante. Pero si era así ¿por qué venía?

—Hola Roberto, creía que habíamos quedado en que ya no vendrías más. Si tengo algún problema, avisaré a mi médico, que por cierto...no eres tú—Francisca se fue a la cocina con su trozo de pizza, al ver que empezaba la guerra.

Roberto, al contrario de lo que hubiera hecho cualquier hombre decente, se acercó hasta ella y se sentó a su lado, observando la pierna escayolada que mantenía estirada sobre una silla. Posó con cuidado la mano en los dedos de su pie,

—Tienes los dedos helados—ella frunció el ceño cuando él cerró su mano con suavidad sobre ellos para calentarlos, agitó la pierna para que los quitara, aunque le costó realizar el movimiento,

—Quita la mano Roberto, y déjame en paz, no eres bienvenido aquí, ya te lo dije ayer—intentaba no levantar la voz principalmente por Francisca, ya la había asustado bastante el día anterior.

—Creía que ya se te habría pasado el malhumor—movió la cabeza chasqueando la lengua—entonces, abrió su mochila y sacó un termómetro, y lo dirigió hacia su boca, ella la cerró para que no pudiera metérselo, pero él presionó hasta que consiguió que entrara. Ella levantó la mano para sacárselo, pero él se la sujetó,

—Estate quieta Natalia, no seas niña—por el motivo que fuera, el contacto de sus manos en las suyas, consiguió alterarla más —estás algo roja, puede que tengas unas décimas de fiebre, ¿te duele la garganta? —frunció el ceño pensativo—recuerdo que, cuando eras niña, tenías muchas veces anginas, tus padres se empeñaron en que no te las quitaran de pequeña—por fin le quitó el termómetro.

—¡Eres como el dentista, preguntando cosas que no te pueden contestar!, vale, ya me has metido el termómetro. Si te has quedado a gusto, haz el favor de irte, estoy comiendo—él miró con el ceño fruncido el trozo de pizza grasienta que había en su plato.

—No sé cómo no estás como una bola con semejante alimentación, le dije a Francisca cuál tenía que ser tu dieta para recuperarte antes. Y, por cierto, tienes fiebre, por si te interesa—él había apretado la mandíbula, ella sabía que cuando se ponía así, no se podía con él.

—Roberto, no te aguanto, creo que ya te lo he dicho en varias ocasiones, pero te lo repito. El que nuestros padres sean amigos, no quiere decir que tú y yo, tengamos que serlo. Por favor ¿puedes irte? —por un momento le pareció que había ido demasiado lejos, porque le dio la impresión de que él se había puesto algo pálido, pero enseguida se rehízo y resopló agotada al ver que atacaba de nuevo,

—Tienes que tomar paracetamol e ibuprofeno alternándolo para bajar la fiebre, te traeré las pastillas. ¿Dónde tienes el botiquín? —ella señaló el baño sin hablar y dejó el plato en la mesa, ya sin hambre. Estaba segura de

que no la dejaría en paz si no cooperaba, por lo menos tomándose las pastillas.

—¡Esto es una vergüenza! — se sobresaltó al oírle, Roberto salió del baño con dos cajas en la mano, y ella sintió que se ponía más colorada todavía, había olvidado que los tenía allí—¡tienes todas las medicinas caducadas!, ¡pero si tienes caducados hasta los condones! —miró las dos cajas de colores brillantes, que prometían un alto grado de satisfacción a sus usuarios—¿Tamaño extra-grande? ¿es una broma? —la miró irónico— ¿y necesitas comprar las cajas de 50 unidades? —ahora él también estaba rojo, por lo menos estaban iguales, pensó.

—Roberto, eso es asunto mío, así que si no te importa déjalos donde los has encontrado, Francisca puede ir a comprarme lo que me has dicho—pero él, como ella imaginaba, no le hacía ni caso.

—¡Francisca! ¡tráigame el cubo de la basura! —le miró con el ceño fruncido, pero, aunque le molestaba profundamente reconocerlo, sabía que tenía razón, tendría que haber hecho limpieza en el botiquín años atrás—muchas gracias—Roberto se lo agradeció a Francisca y cogió el cubo de sus manos llevándoselo al baño, desde allí pudo escucharle tirar todo lo que quiso mientras seguía gruñendo. Al menos, cuando salió, parecía más calmado.

—Tenga Francisca—le devolvió el cubo mucho más lleno— dejó aquí mis cosas, bajo un momento a la farmacia—se fue, ignorando la lengua que le enseñaba Natalia, como hacía cuando era pequeña.

—Señorita,

—Natalia, por favor Francisca...

—Sí, Natalia, esto...solo quería decirle que yo creo que debería tratar algo mejor a este hombre, no va a encontrar otro que le quiera tanto.

Y después de soltar semejante frase inexplicable para ella, se fue a la cocina, dejando a Natalia con la boca abierta.

Desgraciadamente, Roberto volvía veinte minutos después, con una bolsa llena de medicamentos que dejó encima de la mesa. Trajo el botiquín del baño y estuvo llenándolo con lo que había traído.

—No te he pedido nada, ni siquiera sé para qué son esas cosas.

—Tiritas, vendas, gasas, desinfectante para las heridas...todo complicadísimo—sonrió irónicamente—

—¡Qué gracioso eres! —ella también podía ser irónica. Él la miró con el ceño fruncido, y ella le imitó.

—¿Quiere un poco de sopa doctor?, hay mucho caldo y no lo hemos probado, con la pizza...—él desvió la mirada de la cara de Natalia para posarla en la asistenta, y la sonrió afablemente. Natalia al verlo se sintió ultrajada, a ella nunca la sonreía así. Desde que podía recordar, con ella era muy antipático.

—Prefiero un poco de pizza, gracias—lo que le faltaba por escuchar.

—¡No me lo puedo creer!, cuando yo como estas cosas me pones verde, ¿y tú si puedes? —Roberto se había puesto cómodo en la mesa y la miraba atento, mientras mordía un triángulo de pizza con ganas.

—Yo no lo como casi nunca, aunque soy humano y me gusta. Pero no podría vivir de este tipo de comidas como tú. No es sano. Y como tu médico, tengo que decírtelo.

—¡No eres mi médico!, no he aceptado que lo seas—¡qué cansancio de hombre!

—Mientras no me presentes a otro que acepte serlo, seguiré siéndolo, necesitas uno a tiempo completo.

—¡No quiero que sigas metiendo las narices en mis cosas Roberto! — se cruzó de brazos, ya no sabía qué hacer para que la dejara en paz. No le soportaba, la enfadaba tanto que perdía el buen humor, ¡eran incompatibles!

—Pero ¿qué narices te pasa? —ella se encogió de hombros, aunque

estuvo a punto de decirle que cada día le aguantaba menos. Para su horror sintió que unas lágrimas asomaban en sus ojos, se las limpió con rabia, odiándose por haber permitido que la viera así, como si fuera débil. Pero él no aprovechó la ventaja, contrariamente a lo que pensaba, y se levantó poniéndose en cuclillas junto a ella, susurrándole,

—¿Qué te pasa cariño? —ella negó con la cabeza, pero se dejó envolver por los fuertes brazos de su archienemigo. Sollozó como hacía años que no lo hacía, en su hombro, mientras que él le acariciaba suavemente la espalda, haciendo que se estremeciera.

Estuvieron así unos minutos perdidos en el tiempo, como si fueran dos personas normales, y no dos que habían nacido para pelear. Él la apartó retirándole el pelo negro que le cubría parte de la cara, y la miró a los ojos marrones y húmedos:

—¿Estás mejor? —ella asintió—¿seguro?

—Sí, lo siento, es que después del accidente no lloré ni nada, creía que lo había aceptado todo muy bien, pero llevo un par de noches con pesadillas.

—Es normal, deberías hablar con alguien.

—Ya, no es nada, no tiene importancia—cogió una servilleta y se limpió las lágrimas sonriendo—perdona, no pensaba echarme en tus brazos hoy precisamente—sonrió, pero su sonrisa murió cuando vio la expresión de él—¿qué te pasa Roberto? —él no contestó, simplemente la abrazó más fuerte contra él y bajó la cabeza lentamente hasta ella, para darle tiempo a retirarse si quería, pero ella no lo hizo. Entonces, la besó.....

Espero que hayas disfrutado del capítulo Uno de EL MISTERIO DEL MARIDO DESAPARECIDO.

Si te ha gustado, y quieres dejar una [reseña](#) de EL MISTERIO DEL MUERTO EN EL MALETERO puedes hacerlo en este enlace:

[Amazon.reseña](#)

¡Muchas gracias y espero que sigas disfrutando de tus lecturas!

Margotte Channing